



UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO

Desafíos a la feminidad: El cáncer de mama

TESIS PRESENTADA POR

María Concepción Lizeth Capulín Arellano

PARA LA OBTENCIÓN DEL GRADO DE

Maestra en Psicología

COMITÉ TUTORIAL

Flor de María Gamboa Solís (Tutor)

Doctora en Estudios de Género

Mario Orozco Guzmán

Doctor en Psicología

David Pavón Cuéllar

Doctor en Psicología

REVISORES

Alejandra Cantoral Pozo

Maestra en Psicología Clínica

Alfredo Emilio Huerta Arellano

Maestro en Psicología Clínica

MORELIA, MICH., AGOSTO DE 2014



Resumen

El presente trabajo aborda la experiencia femenina de dos mujeres, después de atravesar por la mastectomía, debida al cáncer de mama. Con una mirada psicoanalítica y feminista, encontraremos cómo los saberes sobre la feminidad, se encuentran relatados principalmente por y a partir de la masculinidad. Se realiza un breve recorrido por la construcción de la feminidad, especialmente en la cultura occidental, así como en las posibles consecuencias, que los tradicionales establecimientos normativos patriarcales, pueden generar en las mujeres cuando una parte del cuerpo, como los senos, se ven afectados por una situación como la mutilación. El capítulo final rescata los testimonios de las participantes, que nos permiten una aproximación a su experiencia y nos narran cómo su representación de feminidad se vio transformada con la aparición del cáncer de mama y la mastectomía.

Palabras clave: Feminidad, cuerpo, castración, cáncer de mama, mastectomía

Abstract

This paper approaches the female experience of two women after going through a mastectomy, due to breast cancer. From a psychoanalytic and feminist perspective, we will acknowledge how femininity is mainly stated by and from masculinity. A brief overview of the construction of femininity, especially in the western culture, is presented, as well as the possible consequences that traditional and normative patriarchal patterns may affect women when a part of their body, such as breasts, face mutilation. The testimonies of the participants are issued at the final chapter. These testimonies allow us an approximation to the women's experience and tell us how their representation of femininity was transformed with the appearance of breast cancer and with the mastectomy.

Keywords: Femininity, body, castration, breast cancer, mastectomy.

Índice

INTRODUCCIÓN.....	1
 CAPITULO I	
Hablando de feminidad-es	9
1. El lugar de la feminidad.....	9
2. Feminidad y castración: ¿Qué han dicho las mujeres?	12
3. Género ¿construcción biológica o social?	16
4. La heterosexualidad y su efecto de normativización.....	18
5. Duelo por un pecho	23
6. La pregunta por el ser y la develación del drama.....	24
7. Entre lo ominoso y la muerte: ellas.....	26
8. Cacería de brujas: un mecanismo político de dominación.....	31
 CAPITULO II	
Mitos de la belleza y cuerpo femenino.....	37
1. La manzana de la discordia.....	38
2. El concepto de belleza se modifica.....	42
3. La belleza femenina en la pintura: un espectáculo para contemplar.....	45
4. Mujeres y/o prendas de ornamento: ¿Sexo débil?	49
4.1. Vejez & feminidad.....	50
4.2. El planeta de la belleza.....	55
4.3. Más que sólo ropa.....	59

CAPITULO III

Cáncer de mama: re-imaginarizando la feminidad.....	64
1. Cáncer de mama y la importancia de la autoexploración.....	66
2. Un cuerpo ¿de quién?.....	71
3. ¿Es desprendible la feminidad?.....	74
3.1. Maternidad y sacrificio: ¿se somete la feminidad?.....	82
4. El mal y las condenas del cáncer.....	86
5. Vergüenza: ocultamiento de la voz de la experiencia femenina.....	93
CONCLUSIÓN.....	100
DISCUSIÓN.....	105
REFERENCIAS.....	107

Introducción

El cáncer de mama se presenta como una irrupción brutal en el orden de la cotidianidad, que reta a la mujer a reconstruirse, pero hacerlo representa antes deshacerse. Y ese movimiento implica renombrar todo lo que se encontraba aparentemente concebido y darse cuenta que quizá toda consideración previa sobre su propio significado como mujer, había sido tan solo virtual, tanto así que fue rasgada la pantalla de su proyección, pues el cáncer se presenta en la vida de quienes lo padecen de forma regularmente inesperada provocando el surgimiento de la incertidumbre hacia todo lo que rodea, principalmente de la vida y de lo que una misma es. Puede pensarse el cáncer de mama como un desafío al nombramiento o renombramiento de lo femenino, a su reconstitución a partir de otro lugar que para muchas mujeres se encuentra situado en una relación de cercanía a la muerte.

Hablar de cáncer parece ser en un primer registro una aproximación a la muerte, pues se parte de la concepción que se ha generado de él a causa de experiencias cercanas sea por vía de familiares, una amiga (o), o una conocida (o), donde el miedo y el peligro radica no sólo en el propio tumor canceroso, sino en el tratamiento que ha de llevarse, así como en la posibilidad de la extirpación de la mama como una opción, que puede servir de forma emergente para la conservación de la vida. Hay que agregar que, pese a que el cáncer de mama puede desarrollarse tanto en hombres como en mujeres, son ellas quienes se encuentran más expuestas a presentarlo, considerándolas, incluso, como se ha de mencionar en el desarrollo de este trabajo, un factor de riesgo, el solo hecho de ser mujer. Y ya que es justamente esta categoría la que queda puesta en cuestión con la pérdida de uno o ambos senos, es posible pensar que las experiencias que pasan a tal grado por el cuerpo suelen revolucionar los significados que tradicionalmente lo acompañan.

La organización Mundial de la Salud (OMS, 2012) refiere que el cáncer es una de las principales causas de muerte en el mundo; causando en el año 2008, 7,6 millones de defunciones, un 13% del total. Entre los tipos de cáncer que más muertes causan al año son los cánceres de pulmón, estómago, hígado, colon y mama. De acuerdo al INEGI (2011), el cáncer de mama se encuentra asociado al envejecimiento, inicio tardío de la vida reproductiva y al estilo de vida. Señala que mundialmente, el cáncer es una de las principales causas de mortalidad. En el desarrollo de la patología, interactúan tanto factores genéticos como ambientales que producen la degeneración de las células, originando lesiones precancerosas y finalmente tumores malignos. Estos suelen ser localizados, pero pueden diseminarse a otros órganos, lo que se conoce como metástasis.

“En 2008, la incidencia de cáncer de mama en el país fue de 7.57 casos por cada 100 mil habitantes, afectando principalmente a las mujeres, quienes presentan una incidencia de 14.63 frente a la de 0.27 de los varones” (INEGI, 2011). Sexenio (2012), publica que en el país desde el 2006 el cáncer de mama constituye la primera causa de muerte por cáncer en la mujer. Mientras que en Michoacán de acuerdo a Hernández y García (2011) refiriendo al Centro Estatal de Atención Oncológica (CEAO) se reportaron en 2009 un total de 6,680 casos de cáncer de mama.

Ante tales datos surge el cuestionamiento por la subjetividad, pues, pese a que las cifras dan cuenta de la importancia de dicha patología como un problema de salud que debe ser atendido medicamente orientándose a la prevención a través de la autoexploración y exploración clínica para la detección temprana, también denota cómo la mujer, a raíz de su cáncer, es transformada en un número que aumenta las estadísticas sobre su padecimiento, dejando suspendido su decir. La intención de éste trabajo, a través de una mirada psicoanalítica y feminista, será precisamente, el intento de ceder la palabra a mujeres que han sido diagnosticadas con cáncer de mama, ya que a partir del diagnóstico algo en su existencia comienza a transformarse, además de su cuerpo y que irremediablemente se encuentra relacionado con la constitución de su feminidad, y

sobre esto, solamente cada una de ellas, puede dar cuenta. Del mismo modo se abre el espacio para escuchar el reclamo que no encuentra destinatario, pues, ¿a quién se culpa en caso de ser diagnosticada con cáncer de mama?, ¿contra quién debiera ir la queja? quizás hacia una entidad divina, a la propia naturaleza, a los factores hereditarios, o a ellas mismas. Pero un reclamo en estas circunstancias, lanzado hacia una misma implicará tal vez todo un reajuste en lo que se tenía imaginado como vida, lo que se esperaba de ella y todo lo que en ella se implica. Un repensarse nuevamente en lo que se ha aprendido a llamar ‘mujer’ y ‘femenina’ y en lo que como sujeto femenino se representaba como propio.

El cáncer de mama pone en un vilo la identidad femenina, pues la mujer queda a partir de la mirada médica reducida a un cuerpo enfermo que debe ser rescatado de la metástasis y de la muerte; surge la interrogante de ¿hasta qué punto algunas mujeres pueden llegar a percibirse, casi toda como un seno enfermo y no como una mujer con una parte de su cuerpo enferma? Al respecto, Wilkinson (2008), señala cómo pacientes a las cuales les ha sido removido un seno, llegan a expresar que tienen la sensación de ser menos mujer ante esa pérdida, frase que se escucha también en las mujeres que han participado en esta tesis, dando su testimonio de la experiencia. Vale la pena cuestionarse ¿qué representa ser mujer y qué la feminidad en ellas? Pues, incluso cuando no puede hablarse de un significado, como Soler (2010) lo explica al decir que, aunque “La mujer escrita con mayúsculas es imposible de identificar como tal, ya que no ‘existe’, eso no impide que la condición femenina exista” (p.27), y es justamente de esto sobre lo que las participantes hablan, es decir, su propia experiencia femenina en relación con el cáncer. Soler, refiere también la crítica que Lacan hacía sobre el “forcejeo” freudiano al intentar hablar de la feminidad y no hacer más que “trasladarla a la talla masculina” (p.23); pero no puede pensarse en la feminidad, como lo diferente a lo masculino solamente, puesto que se encuentra en otro sitio y no parte precisamente del mismo lugar, es decir de lo masculino. Las mujeres, están llenas de sentidos, la feminidad se anclará en su andar, considerando que no se nace femenina o masculino, hablando desde una perspectiva de género. Pero el significante mujer está contenido de significados culturales fuertemente amarrados

a lo imaginario de las sociedades, frecuente y especialmente en lo relacionado a la conyugalidad y a la maternidad.

La niña, empieza a hacer uso de vestidos y tonos pastel porque eso es lo que marca simbólicamente la delicadeza y la suavidad de un primer significado, ya que la mujer “debe ser” sutil, dulce, cuidadosa de sí y de todo lo que hace, al usar el vestido se le enseña a no abrir las piernas para no dejar ver lo que hay debajo. La adolescente, en la que empiezan a mostrarse las características más visibles específicas de su sexo, y que la harán portadora del característico “sostén”, como un rito de paso para pertenecer a la comunidad femenina, como si a partir de ese momento, del moldeamiento del cuerpo, donde destaca el surgimiento de los senos, fuera posible aceptarla como parte del gremio.

Hablar de la mujer y lo femenino lleva a la apertura de un espacio de encuentro entre estos significantes con lo real de su cuerpo, en el que se dibujan, líneas que no sólo ella, sino otros/as tatúan también y escriben palabras que se apropia o no, que la hacen ensayarse, imaginarse, simbolizarse. La cultura la esculpe dentro de un marco de señalamientos ideales para cumplir la función de señora de la casa, la esposa, la madre. Pero ni la belleza, ni dulzura, ni delicadeza, ni bondad, ni todos los adjetivos de absoluta suavidad que se han plasmado en el imaginario de muchas sociedades, pueden cubrir por completo lo que como femenina se expresa, pues lo negativo también la enfrenta, y puede hacerlo cruelmente cuando necesita ver su reflejo y corroborarse ella misma, cuando por algún motivo es preciso constatar que aquel discurso en el que se encuentra inmersa es realmente el suyo, pero no siempre encuentra correspondencia, así la incongruencia es percibida también como parte de ese cuerpo y de esa imagen.

Cuando la mujer afronta el cáncer de mama, puede toparse con lo anterior, pues de pronto se encuentra bajo el riesgo, que la haría perder parte de lo que ha aprendido que la hace mujer y que le ayuda a exteriorizar su belleza femenina, es decir, se topa, en primer lugar con la pérdida de salud en uno o en ambos senos y además con la incertidumbre de ser mutilada. Puede comentarse aquí, la manera en que algunos cirujanos plásticos argumentan que reconstruir las mamas de

mujeres que sufren mastectomías, “les permite recuperar su feminidad”. Pero ¿dónde queda después de un diagnóstico y una mastectomía, la congruencia entre lo que se experimenta como cuerpo y lo que se reconocía como parte de lo femenino? ¿Cómo puede recuperarse la feminidad al implantar una nueva protuberancia? Parece que se le adjudica (a la feminidad), una posibilidad de desprendimiento, pero si se desprende solo con remover un seno, entonces ¿qué categoría corresponde a estas mujeres sin uno o ambos senos?

Duele saber que la salud se ha perdido, que la enfermedad que desafía puede ganar la batalla a la vida, duele la familia, los seres amados, pero también duele distinguir cómo el cuerpo puede deshacerse y en cierta forma romper con aquello que se concebía como completud.

Las mujeres intentan semejarse a esa imagen que desde su infancia les ha sido proyectada por una sociedad, pero esa pintura contiene pincelazos marcados desde tiempos muy remotos a ella, huellas de letras y frases completas que han sido pronunciadas y rellenadas de sentido a partir de una mirada masculina. Se vive en una sociedad predominantemente patriarcal, la que por cierto, señala Irigaray (2009), funciona como “monopolización de la propiedad privada en beneficio del cabeza de familia” (p.61), donde cada ser humano al nacer queda nombrado en base a éste, es decir el padre, siendo reconocido por su apellido y dejando constancia de eso en un acta que asegura, se es de tal persona y de tal familia.

Conforme se desarrolle la vida, irá adentrándose en un discurso familiar caracterizado por normas que de no ser acatadas le harán merecedor(a), de una sanción que se previene será impuesta por el padre. Estas sanciones tienen frecuentemente para la mujer una connotación un tanto más radical, ya que está constantemente en el foco de la mirada de otros/as que de alguna forma vigilan que su comportamiento sea el correspondiente a lo esperado para, en algún momento poder encontrar un hombre que quiera pasar la vida con ella. Lo femenino será por tanto determinado, señala Irigaray (2009), por y para lo masculino. Y para esto es necesario acatar ciertos lineamientos que son bien

vistos por la parte masculina; la mujer debe ir derecha, usar ropas que dejen ver, pero no demasiado; maquillaje que la haga resaltar sus facciones, pero que no la hagan parecer una “cualquiera”; dar muestra de ternura y afecto que hagan saber que será una buena y comprensiva esposa y madre. Se le enseña a asumir un rol, que preferentemente, en algún momento deberá desempeñar al lado de un varón. Simbólicamente aprende cómo debe ser una mujer, pero siempre pensando en encontrar y ser el complemento de un hombre. Al respecto, Irigaray (2009) comenta que “lo femenino es definido como el complemento necesario para el funcionamiento de la sexualidad masculina...” (p. 52).

Pero en ese intento de pretender “ser”, encauzado por el discurso masculino que le presenta una representación “adecuada” a partir de su perspectiva (mirada masculina), ella posiblemente suele llegar a “no ser” precisamente eso que se le ha planteado y entonces se topa con la contradicción en ella misma. Construida entonces a partir de lo masculino, en esa aparente armonía de cuerpo y pensamiento, que ensaya constantemente a posicionarse como lo que él (hombre) desea, queda dado en su imaginario un concepto de organismo completo, es decir una especie de organización entre aquello que debe anhelar y manifestar como suyo, y el cuerpo en tanto tal que debe lucir y caracterizar la belleza de lo femenino. Pero el espejo se estrella y ¿dónde queda todo esto cuándo el cáncer irrumpe en ella? queda siendo parte de aquello que se moviliza y se re-crea en la mujer. Una realidad así atravesada, desafiará toda franca sensación de congruencia.

Necesariamente surge un choque con algo que pareciera invisible, la noticia, son las palabras del médico, y ella se moviliza tal vez, casi instantáneamente, se hace preguntas, tal vez cuestiona al oncólogo, pero no hay posibilidad de respuestas, ¿Podrá seguir existiendo? ¿qué nueva feminidad (o ¿qué cosa?) aparecerá en ella? Es importante destacar la fractura que puede efectuarse entre los registros simbólico e imaginario dejando tambaleante el “sostén” de la estructuración corporal en que se encontraba la ilusión de feminidad.

El objetivo principal de esta tesis es describir la relación entre la irrupción del cáncer de mama y la posible movilización estructural imaginaria y simbólica de lo femenino en mujeres diagnosticadas con dicha patología.

Persiguiendo lo anterior se ha de indagar en los significados que se dan al cuerpo, especialmente a los senos femeninos en mujeres que han sido diagnosticadas con cáncer de mama. Es importante, también explorar los efectos subjetivos de los mitos de la belleza femenina en las mujeres que sufren la mutilación de sus senos y describir la relación entre vergüenza femenina y el encuentro de la mirada con el cuerpo mutilado. Para encauzar tales búsquedas se han definido: 1. Construcción de la Feminidad; 2. Cáncer y Feminidad; 3. Experiencia femenina de la vergüenza y 4. Mitos de la belleza y cuerpo femenino, como ejes temáticos que permitan la orientación en el desarrollo de este tema. Y que como capítulos darán sostén al contenido de ésta tesis.

Dado el impacto que llega a significar la irrupción de una patología en el cuerpo como el cáncer de mama y las diversas consideraciones acerca de la conformación representacional de lo femenino que dan como resultado la creación de la mujer a partir de un discurso generacional masculino, surge la interrogante a la que se pretende dar respuesta en el desarrollo de esta investigación: ¿Cómo posibilita el cáncer de mama la apertura a una re-significación simbólica de lo femenino?

El supuesto teórico que se propone es que el cáncer de mama puede movilizar el orden fantasmático de la representación de feminidad construido a partir de un discurso masculino.

En el desarrollo de esta tesis, han participado dos mujeres, la señora M. y la señora J., ambas han tenido la experiencia de la mastectomía y se interesan en participar, esperando que su decir, pueda tener algún efecto en otras mujeres que han padecido el cáncer de mama. Es posible pensar que la experiencia relacionada entre el cuerpo, la feminidad y el cáncer de mama, comience en el tocamiento. Dejarse tocar por otro/a, también implica el reconocimiento de la

erotización del cuerpo, el miedo de ser tocada y la respuesta que como cuerpo sexuado se suscite. Esto no solamente ante la presencia de manos ajenas, sino del reconocimiento propio del cuerpo. Acostumbradas al sometimiento de la vergüenza, primero desde una concepción tradicional cristiana, como lo mencionará Sanyal (2012) más adelante, que nos enseña cómo el cuerpo de las mujeres, en su desnudez y erotismo, debe ser considerado vergonzoso; pero también Lipovetsky (1999) lo señala, al hablar del sometimiento al que los estereotipos de belleza conducen, generando la vergüenza y hasta el odio al cuerpo, cuando las exigencias demandadas por el estándar no se alcanzan. Pues bien, quizás sea posible pensar, que uno de los efectos de tal vergüenza al que se ha sometido el cuerpo de las mujeres, sea que algunas no se permiten realizar una auto-exploración, no es el caso de las mujeres que aquí participan; sin embargo ambas dejan claro que se tocaban, únicamente por fines de salud, ¿A quién debe quedarle clara esta justificación?

Pero tocarse cuando se hace bajo la consigna de la salud, también puede acarrear el miedo a encontrar algo que desajuste, que mueva y haga perder el control del cuerpo. El cáncer suele tener esa característica, desequilibrar de manera rápida y cruel no sólo el cuerpo, sino, frecuentemente, la ideología predominante.

Capítulo I

Hablando de feminidad-es

1.- El lugar de la feminidad

Para iniciar este capítulo, es importante plantear primero la pregunta, ¿cuál es el sitio desde el que la feminidad se inserta en la mujer? Al pensarlo, surgen, en primer lugar, las categorías de género, sobre esto, Lamas (2008) menciona que en la actualidad se equipara sexo y género para la diferenciación entre ambos, pero el primer término se refiere a las diferencias biológicas, mientras que el segundo reúne los procesos sociales y culturales de la distinción entre lo femenino y lo masculino. Esta descripción lleva a pensar en la feminidad no sólo como en la posesión de un sexo, sino como algo que caracteriza a cada mujer, ya que a pesar de los procesos culturales que intervienen en la construcción de identidad, existe también la forma subjetivada de hacer suyos o no, ciertos contenidos de la herencia generacional y cambiante que las culturas, a través de las sociedades va dejando plasmada en cada una de ellas, como una huella en lo imaginario.

La feminidad que va tejiéndose en la mujer irá constituyendo desde el inicio cierta posición que se le ha asignado por la cultura, tiene de antemano un lugar asignado ante los otros, que se espera debe representar mediante un rol, que en la normalidad tiende a conducirla hacia el otro, al deseo de ser conquistada y de encontrar un complemento. Las normas de género dice Mérida (2002) operan exigiendo el cumplimiento de ideales, tanto para lo masculino como para lo femenino, lo que orienta hacia la idealización de la unión heterosexual.

Tales normas se ponen en operación desde el ingreso a la cultura, puesto que la y el sujeto se encontrará desde su inicio marcado/a por el lenguaje que le irá introduciendo a lo que deberá representarse como propio, y es que como señala Rosales (2006)

“cada cultura cuenta con un universo simbólico eficiente apoyado en una ideología dominante para sustentar un orden social en el cual se conciben modelos ideales o hegemónicos de ejercer la feminidad... los cuales se plasman en prácticas y rituales” (p. 26).

Estos, tienen el propósito de afirmar un tipo de identidad de género que sea armónico con pautas sexuales normalizadas. Las feminidades hegemónicas aluden a un tipo de ser mujer en determinada sociedad considerando ciertos valores, creencias y prácticas que deben imponerse a su papel. Y las feminidades rebeldes que se resisten y se rebelan ante esas formas dominantes y contribuyen a otras formas de representarse. Sin embargo, señala que las formas de sentirse mujer no son estáticas, sino dinámicas por lo que en la misma mujer puede haber resistencias y sumisiones. Esas resistencias, en cierta forma son las que han permitido abrir paso a la diferencia en el andar que se construye, el reconocimiento en la persona misma de su ser mujer y su deseo de expresar lo que como femenina tiene por decir.

Cabe considerar, que esas resistencias a la homogeneidad, encontrarán sus múltiples topes cada vez que realizan un movimiento que las hace aparecer en la diferencia, es, como si una cuerda, llamada cultura, colocara en cada extremidad, incluso en el propio pensamiento, sus extensiones y movilizara a cada una como en una escena de títeres. Funcionar así es lo normal, pero cuando un hilo del pensamiento se rompe, se da entrada a una forma distinta de conducirse, sin embargo, el conflicto puede aparecer, ya que observar el caminar de las y los otros y darse cuenta de que algo en el interior de ella misma no se está dirigiendo en la misma dirección, puede provocar la inquietud de que quizás algo está mal en ella, pues como Aliani (2010) menciona, lo normal alcanza “una significación prescriptiva: ‘como son todos es como se debe ser’” (p.25), por lo tanto menciona él mismo:

...la normalidad se circunscribe a las posibilidades de inscribirse en lo común, de adherir a las prescripciones sociales, y responder a un deber ser. Se instauran conductas esperadas, deseos esperados, amores esperados, odios

esperados, aprendizajes esperados, hijos esperados, porque expresan la medida de todas las cosas: la normalidad es la medida del mundo... (p. 25)

¿Cómo salir de esa prescripción, donde aparentemente todo se encuentra ordenado en su justo sitio? Si la expresión de la mujer no tiende en esa dirección de la norma, entonces es observada con recelo por desviarse. Por lo tanto es preciso que observe y ensaye constantemente cómo debe posicionarse respecto de su lugar ante el/la otro/a.

Desde el nacimiento la mujer comienza a ser sumergida en un estatuto de múltiples adecuaciones que permitirán que en el transcurso de su desarrollo se vaya representando como el personaje que se le irá reafirmando que es. En primer lugar, se dice: “es niña”, y a partir de ese momento los significantes comenzarán a estructurarla, iniciando por el nombre que ha de llevar la nueva integrante de la familia, los colores con los que ha de ser vestida y el diseño de la ropa que deberá usar, y especialmente el comportamiento que como niña, señorita, mujer ha de expresar. Pero anterior además, está el reconocimiento de quien la ha de nombrar simbólicamente, el padre, quien ha de dar su apellido para que socialmente sea reconocida como parte de una familia. Irigaray (2009) señala que el nombre del padre decreta la apropiación de la mujer y los hijos, pero también lo que se espera y exige de parte de éstos. De la esposa se esperará plena lealtad, de los hijos que contribuyan al orgullo de la familia.

Las mujeres, al convertirse en madres y cuando tradicionalmente se han dedicado con total fervor solo a ellos (esposo e hijos), quedan ahí significadas, mientras que el hombre, que también es padre, señala Irigaray (2009), “nunca se ha visto reducido a una mera función reproductiva a causa de su participación efectiva en los intercambios públicos” (p. 62).

La hija, aprenderá la forma en la que deberá conducirse en el medio social, con suavidad, con reserva para ser respetada por los hombres, y para, en algún momento, ser seleccionada por alguno, como especie de “mercancía rival” (Irigaray, 2009, p.36), rival puesto que dentro de ese mercado tendrá que competir

con otras mujeres. Con regularidad, es educada para la vida marital, para contribuir con el orden socialmente preestablecido, educando a otros hombres y mujeres en la misma dinámica falocrática. La feminidad así concebida, no es más que la práctica de un “rol, una imagen, un valor impuesto a las mujeres por los sistemas de representación de los hombres. La mujer se pierde en la mascarada de la feminidad, y se pierde a fuerza de representarla” (Irigaray, 2009, p. 62).

Es notable que el lugar que se ha dado a lo femenino haya sido a partir de un sitio que no corresponde a ello, es decir, no es lo femenino que habla sobre la complejidad en su devenir, sino que podría pensarse en una especie de cerco imaginario, donde ellas han permanecido dentro, atendiendo a lo que se les dice deben interpretar, a partir del discurso androcentrista que parece resistente al reconocimiento de la otredad femenina.

Freud (1996), nos señala en sus escritos sobre feminidad que ésta tiene inicio con el cambio de zona erógena que prevaleció como rectora durante la fase fálica, cediendo el clítoris su sensibilidad, (toda o en parte), a la vagina. Pero además, nos dice que tiene un final, y que el recorrido que la mujer inicia para realizar su feminidad culminará con dar a luz un hijo, ahí es donde termina su evolución libidinal. Y luego ¿qué sigue entonces?

2.- Feminidad y castración: ¿Qué han dicho las mujeres?

Antes de ceder la voz a aquellas mujeres que, siendo discípulas o no de Freud, intentaron hablar acerca de la feminidad, es preciso comenzar por el propio Sigmund Freud, quien al explicar el complejo de Edipo y su solución por parte del niño, se encuentra de pronto ante la cuestión de ¿qué sucede con la niña? A lo que informa que es el mismo tránsito por dicha etapa, pero el objeto de amor se vuelve el padre en lugar de la madre, y como la niña se ha reconocido castrada desde el inicio, entonces su temor es hacia la pérdida del amor de éste y por supuesto la envidia del pene, que hace que la niña volteé la mirada a él, esperando que se lo dé en algún momento.

Freud busca saber ¿qué es una mujer? Y en su intento de responder, comenta que la niña debe pasar por todo un proceso más complejo que el del niño para que pueda devenir la feminidad.

En ese proceso el autor describe que la niña debe atravesar por dos modificaciones en su devenir mujer, en primer lugar debe cambiar de objeto de amor, es decir de la madre al padre, pues se da cuenta que la madre no tiene pene, pero el padre si. Así que decepcionada cambia la mirada hacia el padre esperando que él pueda proporcionárselo. Con esta modificación, viene otra, pues además tendrá que cambiar de zona erógena como primordial de satisfacción, en el transcurso de su desarrollo hacia la sexualidad normal, pues habrá que ceder la importancia que el clítoris tenía en este aspecto y otorgar mayor importancia a la vagina, realizando con esto un paso de la actividad a la pasividad.

Todo este recorrido en el desarrollo de la niña, para Freud culmina en el aparente cumplimiento de deseo de aquella, que es, el de ser madre, y de la mano explica la diferencia que existe en la vivencia de la castración, pues como ya se mencionó la niña al darse cuenta de la diferencia de los sexos, reconoce que no tiene pene, pero esto no significa, para Freud, que no desee uno, así que la niña lo envidia y espera recibirlo de su padre.

Otras psicoanalistas como Lou Andrea-Salomé, Karen Horney, Helene Deutsch, Melanie Klein, entre otras, intentaron contribuir con hallazgos al respecto. Tendlarz (2000) comenta que es Karen Horney una de las primeras en entrar al debate respecto de la castración, argumentando lo opuesto a Freud, es decir que la feminidad antecede a la envidia del pene, y no como Freud plantea, la envidia del pene como punto crucial para la salida hacia la feminidad. Explica que la envidia del pene se da por la feminidad herida ante su amor decepcionado por el padre, lo que la lleva a identificarse con éste y a reanimar la envidia y al consiguiente complejo de castración.

Un punto muy importante a destacar además de la diferencia que marca en la teoría hecha por Freud, es que habla de cómo la mujer se adhiere al pensamiento

masculino, captándose a ella misma a partir de los señalamientos hechos por el hombre. Un dato más es la superioridad que tiene la mujer, desde su punto de vista, por su posibilidad de ser madre y amamantar, lo que ocasionaría entonces una envidia al útero por parte de los hombres. Sin embargo a pesar de la brillante y valiente oposición a la teoría del padre del psicoanálisis, Horney finalmente deja a la mujer reducida nuevamente al lugar de madre.

Del mismo modo que lo hace la psicoanalista Helene Deutsch quien, de acuerdo con Tendlarz (2000), responde a la pregunta ¿qué es ser una mujer? Diciendo que es ser madre, además de definir la feminidad como una mezcla de pasividad, narcisismo y masoquismo. No modifica la teoría de Freud sobre la feminidad, y al parecer tampoco sobre la castración, al contrario, llama la atención que parezca reforzarla, prestando un singular interés al masoquismo femenino, argumentando que existe una identificación con la madre en este sentido, pues ella es víctima masoquista del padre y en cada momento referente a la reproducción existirá un placer de tipo masoquista, justifica además esta tendencia en la diferencia anatómica. Es como si diera por hecho que la mujer solamente por serlo, estuviera destinada a esperar el sufrimiento y a someterse al designio masculino, sin ninguna otra posibilidad, otra vía a la feminidad.

Tendlarz también habla acerca de Joan Riviere, quien da una visión muy interesante acerca de ser mujer, y que resulta relevante para esta tesis. Ella propone la mascarada femenina como una invención propia de cada mujer, en su manera de serlo. Explica que cada mujer se construye un ser, para parecer-ser lo que no es, y ese parecer-ser es la mascarada. Al cuestionarse sobre la verdadera feminidad y la que funciona como disfraz, llega a la conclusión de que es lo mismo.

Verhaeghe (1999) pone especial énfasis, al hablar de la castración en cómo Freud la presenta a manera visual, es decir lo que el niño observa es la falta de un pene, y la niña por el contrario ve el pene y quiere uno. Por ello, afirma, de ahí parte el complejo de castración, de haber visto un pene que falta o porque le falta crecer, o porque se lo han quitado. Esa falta señala el autor, va más allá del orden fálico. El

niño entiende la ausencia de pene en las mujeres y eso lo hace renunciar, en todo o en parte, a la satisfacción de la pulsión. Al ser asumida la castración de forma simbólica se crea la condición para el deseo y el placer. Lo simbólico es incompleto hay no todo y es ahí donde se introduce la mujer, pero la mujer en lo simbólico no existe, así que por ese lado, Verhaeghe (1999) retoma a Lacan al mencionar que no hay relación sexual posible entre los sexos y la única posible es la que posibilita la palabra.

Soler (2010) explica que el deseo, en tanto tal, es fenómeno del sujeto, que está ligado a la castración. Para Freud dice la autora, la mujer se distingue en que no tiene como propósito autoprocursarse el sustituto fálico, sino que lo espera del hombre en forma de un hijo, pero, el hijo para una mujer es un posible objeto *a*, y sólo a veces clausura la cuestión del deseo, definido como un objetivo de goce específico, que se exceptúa del “carácter discreto y limitado del goce propiamente fálico” (p.53).

Irigaray (2009) por otra parte, hace una crítica importante a la cultura falocrática en la que la mujer se desarrolla, apartándola de la posibilidad de ser considerada como una sujeto propiamente femenina, y en cambio sí, como un mero objeto, como una mercancía que rivaliza con otras mercancías compitiendo por un hombre. Competencia en la que es introducida por el mismo hombre. La feminidad, critica la autora, ha sido reducida a ese nivel de objeto o bien como ser que se reproduce, uniéndola a la maternidad como único papel sexual que le es permitido desempeñar.

No hay lugar para lo femenino, éste se encuentra censurado desde que según Freud, la niña se ve obligada a reprimir sus pulsiones para poder avanzar a un estado de sexualidad normal, cediendo la importancia primordial a la vagina con meros fines de albergue del pene y por lo tanto reproductivos. El camino de lo femenino señala Irigaray puede verse destinado a la mimesis de ese discurso masculino que le dice como ser, y en el que la mujer intenta ser.

Sin embargo, menciona algo que salta como sumamente fundamental para la transformación o el devenir de una nueva subjetividad, y es el cuestionamiento, pues si acaso se pretendiera ser igual o asumir mayor poder que los hombres entonces solamente se cae en una especie de nueva trampa que sigue siendo fabricada por el discurso masculino, por ello lo importante es cuestionar el sistema que señala esos ideales en los que como mujer se le pretende educar.

Es importante destacar la importancia de los conceptos desarrollados por Freud, en su intento por explicar la subjetividad, en una época en la que la hipocresía reinaba, negando parcial o absolutamente cualquier sensación o pensamiento que pudiera ligar al sujeto a la vivencia de su cuerpo y su sexualidad. También es cierto que abre un espacio para el decir de todas esas mujeres que contribuyeron a través de sus síntomas al desarrollo de su teoría. No obstante, también da prueba de que no pudo alejarse completamente de sus prejuicios como hombre inmerso en la sociedad, en una cultura, en un orden establecido de antemano, donde incluso él (Freud), debía obedecer a ese sistema que de alguna forma no le permitió ver un tanto más allá, acerca de lo que, lo femenino tenía por expresar.

3.- Género ¿construcción biológica o social?

De acuerdo a Lamas (2008), a partir de los setenta con el resurgimiento feminista se inician una serie de preocupaciones y denuncias en torno a la discriminación a las mujeres basada en la diferencia de sus cuerpos, es así que a través de una profunda reflexión en las diferencias entre hombres y mujeres se generalizó el uso de “género”, para representar cómo las culturas simbolizan la diferencia entre los sexos, otorgando ciertas normas que se espera sean asimiladas por los cuerpos, de acuerdo a su anatomía. Y llevándolos, como se ha mencionado más arriba, hacía la normatividad que tiende a la heterosexualidad y por consiguiente a la ilusión de complementariedad entre un él y una ella, como si dicha situación pudiera suturar así, las posibilidades que la subjetividad humana manifiesta. Sin embargo, es posible pensar que el desarrollo del pensamiento a través de dicha propuesta, solo puede desembocar en la desigualdad y la violencia hacía quienes no se ajustan a tales formatos, cabe señalar por ejemplo,

“el sexismo y la homofobia, que son la expresión más negativa y violenta del esquema cultural de género” (Lamas, 2008, p.65).

Debe recordarse además, que esas normas que nos constituyen “conllevan deseos que no se originan en nuestra individualidad” (Butler, 2006, p. 14), lo que en algún momento lleva a ciertos/as sujetos a esa curiosa sensación de no pertenencia, dada por la experiencia de no concertar con el resto de la sociedad, bajo esos lineamientos atribuibles a cada sexo. Pese a esto, señala Butler (2006), puede ser mejor ese extrañamiento, pues “la capacidad de desarrollar una relación crítica con estas normas presupone distanciarse de ellas”... (p.16). Si bien señala la autora, “soy constituida por un mundo social que nunca escogí” (p.16), entonces he de tener la capacidad de hacer algo con eso que han hecho conmigo.

Y surge la pregunta de aquello que las mujeres hacen con lo que se les dice que son, especialmente cuando la imagen en la que tienen que encajar, es puesta a prueba en el espejo y deja de adecuarse a la concepción tradicional de un cuerpo femenino. Si resulta que con el diagnóstico algo comienza a movilizarse y con el transcurrir del tratamiento van surgiendo dudas sobre el propio cuerpo, su fortaleza y fragilidad, sobre la vida y sobre la muerte, también aparece el efecto desestabilizador de la imagen certera de feminidad.

Pero esa imagen que parece infalible y que va tejiéndose con el pasar del tiempo, al haberse asumido en un género, no alcanza a representar lo que es ser hombre o mujer, pues como Butler (2006) menciona, “el género no es exactamente lo que uno es, ni tampoco precisamente lo que uno tiene” (p. 70). El género finalmente, como se ha mencionado, parece someternos a un orden normativo de los cuerpos, ella misma menciona que

“el género es el aparato a través del cual tiene lugar la producción y la normalización de lo masculino y lo femenino junto con las normas intersticiales hormonales, cromosómicas, psíquicas y performativas que el género asume” (Butler, 2006, p.70).

Esa imagen que a través del género se inserta en cada mujer, implica una especie de completud, donde los senos forman parte de una condición femenina de suma importancia dentro de un terreno que pertenece a lo erótico para una gran cantidad de mujeres (y también de hombres cuando de mirar mujeres se trata). Incluso hay quienes se divierten realizando encuestas a los varones, para saber en qué es lo primero que se fijan cuando ven a una mujer, entre algunas respuestas comunes aparecen los pechos. Y es que “el pecho femenino... está ligado al cuerpo materno, a su color, incluso a los cuidados del amor. No es esto dar una razón suficiente de su valor erótico...” (Lacan, en posición del inconsciente, versión electrónica).

Por lo tanto, si esa parte del cuerpo debe ser resignada, algo en su imaginario comenzará a fragmentarse, buscando una respuesta en el médico que de alguna forma pueda devolverle un poco de certeza, ¿por qué a mí? es una pregunta que surge al inicio, así lo señala la señora M: “una se pregunta ¿por qué a mí?, si en mi familia no ha habido cáncer”. ¿Es posible pensar en este cuestionamiento como una de las preguntas desencadenantes de la desestructuración de certeza y completud imaginaria?

4.- La heterosexualidad y su efecto de normativización

Al intentar corresponder a las normas, y ser lo que la sociedad dicta, cada hombre y mujer se sumerge en distintos roles, para los cuales él tiene una función jerarquizada superior, dedicado a proveer y proteger el hogar, es fuerte y dominante, mientras que ella, será relegada al cuidado de los hijos y de la casa (como si eso fuera cosa simple). El cuerpo femenino desde esta perspectiva, es valorizado a partir de su capacidad reproductiva, en tanto que puede albergar y permitir el desarrollo de una nueva vida; así que se da a entender, que habiéndose convertido en madre, ha cumplido ya con la realización de su ser mujer.

Dicha situación cobra un alto nivel de importancia puesto que algunas sociedades de nuestra cultura occidental, otorga mayor valía al cuerpo de una mujer por su potencial de madre. Y sus pechos, por lo tanto recibirán una significación, no solo

erótica, sino nutricia. Como puede notarse, la mujer va quedando reducida a lo que a partir, de su categoría femenina, se le adjudica. Es importante agregar que además existe el deber de la heterosexualidad. Davidson (2004), en la *Aparición de la sexualidad*, señala que en la modernidad “las categorías de la sexualidad han determinado en parte lo que pensamos de nosotros mismos, la forma de nosotros mismos como sujetos” (p.68), pues bien una persona categorizada como femenina habrá de pensarse y asumirse dentro de los roles que la sociedad le indica que debe acatar, en los que además de ser esposa y madre, tendrá que ser una mujer competitivamente atractiva para los otros. Por lo tanto, puede que resulte claro que, a algunas mujeres que se enfrentan a una nueva realidad de su cuerpo, se les dificulte seguir percibiéndose como una mujer.

Davidson (2004), señala que “nuestra experiencia de la sexualidad es un producto de los sistemas de conocimiento y las modalidades de poder sin aspiraciones de inevitabilidad” (p.67), a partir de este planteamiento, es posible observar al igual que se ha hecho con Butler, que el cuerpo pertenece a un sistema, que no es propiamente nuestro, sino un cuerpo entregado a la cultura y puede notarse también, como el mismo autor menciona, que esos sistemas son normativos y tienen efectos determinantes en la constitución de la experiencia de la sexualidad.

Hacer alusión a la sexualidad en términos de experiencia, da la impresión de ir más lejos de los límites que impone el sexo en tanto órganos reproductivos, hablar de experiencia implica, de acuerdo a Davidson (2004), que la sexualidad abarca mucho más que el propio sexo, se extiende al cuerpo entero; incluso menciona cómo algunos descubrimientos realizados a fines del siglo XIX dejaban por conocimiento, que al extirpar los ovarios, no se aniquilaba la sexualidad en la mujer, por lo mismo argumenta que “la sexualidad de una mujer no es reducible a las realidades, o a la existencia, de su sistema reproductivo” (p. 74); este argumento puede servirnos también para entender que cuando se corta un seno, lo que se va con ese fragmento del cuerpo, puede ser un conjunto de atribuciones culturales y políticas, de significaciones que se le han dado, pero no la sexualidad que sigue siendo parte de su experiencia. Esto recuerda un comentario hecho por

la señora J. ella tiene un novio, y expresa sentirse sexualmente satisfecha con él, no le importa no tener un seno, sin embargo, sí espera recuperar la sensibilidad de esa zona una vez que la reconstrucción de mama esté realizada. Mientras tanto, ella sonríe y señala no tener problema en disfrutar del resto de su cuerpo.

Al mencionar con anterioridad que la sexualidad normativiza el cuerpo, intento referirme a cómo ese aspecto experiencial del que habla Davidson (2004) es adquirido, como él mismo lo dice, a partir de un sistema de conocimiento, es decir la forma en que las mujeres aprenden a sexualizarse, erotizarse y a nombrarse mujer. Soler (2010), señala que Lacan hace una diferencia entre identificación y sexuación, pues sucede que no siempre, el hombre o la mujer suelen identificarse con su género; así la sexuación puede describir mejor la experiencia que como ser sexuado es vivida por cada sujeto.

La sexualidad debe vivirse además, señala Katz (s/f), a partir de una categoría heterosexual, que es establecida a partir del siglo XX, como culminación de un desarrollo maduro en los sujetos. En dicho desarrollo interviene Freud, menciona el autor, con sus etapas de desarrollo psicosexual, que deberán llevar al niño a un estado de normalidad sexual, es decir, la heterosexualidad. Ésta en algún momento de la historia, durante el siglo XIX y principios del XX era concebida como un escándalo en la sociedad puesto que indicaba que los sujetos se declaraban libres para relacionarse sexualmente con sus parejas, sin la intención de procrear. Sin embargo con el paso del tiempo, llega a convertirse en normativo para los sujetos.

Dicha situación, sin embargo no clausura el deseo de aquellos/as que no encontraban cobijo bajo el término heterosexual, con lo que surgen también los homosexuales, no porque no existieran antes, señala Katz, sino porque lo hetero necesitaba un opuesto. Federici (2010) señala que entre 1350 y 1450 en ciudades y aldeas de Italia y Francia el gobierno abrió numerosos burdeles públicos, que eran financiados con impuestos, todo con la intención de hacer de estos sitios un remedio contra los homosexuales, además de que

“en 1403, la ciudad prohibió a los «sodomitas» acceder a cargos públicos e instituyó una comisión de control dedicada a extirpar la homosexualidad: la Oficina de la Decencia” (p.81).

Este combate inicia, nos cuenta la autora, después de la Peste Negra, pues era considerada, causa de despoblación. Lo que deja ver, cómo la heterosexualidad ha sido una invención bastante eficaz para la reproducción de las fuerzas de trabajo.

Pero la heterosexualidad, no sólo no lograba amparar a aquellos que sentían inquietud por el mismo sexo, sino que no era equitativo con el sentir de algunas mujeres, pues aunque, gracias a Freud, se reconoce que existe en ellas también un deseo sexual, éste opta por pensar que ellas necesariamente responden al estímulo creado por los hombres; y mujer que no lograba sentir excitación ante una búsqueda tal, entonces fracasaba en sus sensaciones genitales tendientes a la búsqueda del placer.

Pero la heterosexualidad no solamente trajo consigo ese reconocimiento a medias del deseo de la mujer, sino que también, puede decirse que desató una tendencia en la rivalidad femenina, puesto que ahora era colocada como un objeto que debe competir en gracia y belleza con otras mujeres, para poder realizar su heterosexualidad. Existe un predicamento histórico comenta Katz (s/f), para las mujeres “poco atractivas” con el “reinado de la heterosexualidad en el siglo XX” (p. 141).

Además, hay que mencionar como asunto de importancia el hecho de que, con el surgimiento de la homosexualidad y el rechazo hacia esta categoría, el mismo autor relata, cómo los padres y madres de 1960, compraban manuales para educar hijos heterosexuales, en los cuales se insistía, por el bien del hijo/a, en la adopción de roles muy específicos, el padre en su papel de proveedor y protector y la madre en su papel de ama de casa. Así que desde muy pequeños se marcaba a los niños y niñas, las diferencias en sus actividades, los niños jugaban con carritos y ellas con muñecas.

Parece increíble y hasta escandaloso, que existieran aquellos que se atrevían a redactar una guía tan pretenciosa en el ejercicio de control sobre el deseo de los sujetos, para ir modelando a futuros heterosexuales. Es como presumir que se tiene la verdad del camino del ser, y para descubrirla sólo hay que seguir unos sencillos pasos.

Llama la atención que todavía puedan encontrarse ese tipo de manuales, titulados ahora como “guía para padres” o “cómo ser buen padre”, pareciera que aun hay algo que insiste en el tipo de personas que deben ser educadas, en una especie de producción en masa. Con esto recuerdo una frase en la pared de una iglesia en días previos a la semana santa que decía: “Dios no me hizo en serie, me hizo en serio”, y de pronto leo ahí una especie de reclamo de alguien que cree sentirse seguro que Dios también se encuentra en la diferencia y que el amor que puede sentirse a quienes parecen reproducir de una y mil formas un sistema cultural, también es merecido por aquellos que parecen quedar excluidos de ese sistema.

A partir de las descripciones mencionadas, considero que es posible observar la forma como la heterosexualidad, a partir de las categorías que con el paso del tiempo la sociedad ha establecido, normativiza el cuerpo desde un imaginario en el que las mujeres y hombres se encuentran sometidos a lo que el reflejo de los otros les dice que debe ser. Las mujeres por tanto, son instruidas en la funcionalidad de sus cuerpos, donde sus dos senos, hacen símbolo de completud y erotismo, que le permite además ser parte de la heteronormalidad. Por lo tanto si en algún momento este símbolo llega a faltar, el cuerpo de la mujer denuncia con su cicatriz, y con la vergüenza que llega a sentir, la intolerancia de los sujetos para representarse en falta.

Las mujeres, atraviesan por constantes devenires en la manifestación de su ser que emerge de las palabras, no sólo con las que es leída por lo demás, sino por aquellas con las que ella misma se intenta definir. Su cuerpo sexuado, seguirá la pauta de su deseo, incluso cuando algo parece haberse detenido en su devenir, es posible que esa sensación de falta de un lugar para ella, señale transformaciones en su subjetividad, que le muestran que es una sujeto distinta.

Los cortes en su pecho, que quedan como cicatrices arman el recuerdo de una diferencia, además de su aproximación a lo real de su experiencia con la muerte, de la cual sin embargo, padeció algo, puesto que finalmente puede decirse que una parte sí, murió, pues ella misma se nombra como menos mujer, empero, algo diferente surge de su experiencia en el cáncer, y los testimonios nos permitirán aproximarnos un poco a esto.

5.- Duelo por un pecho

Es propicio en este momento, pensar en Freud (1917/2006), con *Duelo y melancolía*, y recordar lo que señala al respecto del duelo definiéndolo como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (p.241) y que se resuelve mediante lo que él llama trabajo de duelo, el cual dentro de lo normal, para él, pasa por una especie de pasos, donde se realiza un examen de la realidad que muestra que el objeto ya no existe, así que ese examen exhorta a retirar la libido de todo vínculo con el objeto, sin embargo la persona que experimenta el dolor muestra renuencia a hacerlo, así que este trabajo requiere de gasto de tiempo y energía de investidura, mientras el proceso continua, el objeto aún existe en lo psíquico; recuerdos y expectativas se clausuran y son sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido. Cumplido el trabajo de duelo, el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido. Puede entonces ocurrir un desplazamiento hacia un nuevo objeto.

Parece claro que las mujeres que han sufrido la mutilación, pueden atravesar por un duelo, tanto por el seno que se les quita (objeto), como tal vez, principalmente por la imagen de su cuerpo que se pierde parcialmente.

Pero la pregunta a Freud sería ¿cómo se sustituye un pecho? Partiendo de que esa parte puede ser en cierta cultura tan significativa en la erótica femenina. Al parecer, no es únicamente la percepción de la falta real de un seno, lo que lleva a algunas mujeres a llamarse menos, y es en este planteamiento, donde se encuentra lo que Freud refería como una rebaja en el sentimiento de sí, que

atribuye sin embargo, no al duelo, sino a la melancolía, caracterizada por la pérdida no precisamente de un objeto, sino de un ideal. Pero ¿qué se pierde con el pecho? Porque como se ha mencionado, no sólo es un trozo real de sí, sino algo de simbolización que habla del ser y que ha de tener diversos significados para cada mujer y en mayor o menor medida, importancia.

6.- La pregunta por el ser y la develación del drama

“¡Qué difícil es ser mujer!”, es una frase que continuamente se escucha en las mujeres, como si serlo estuviera implicando, al menos, para quienes la expresan un cansancio de la carga que supone llevar el género auestas. Pero frecuentemente la frase no viene sola, sino que tras ésta, se acompañan una serie de quejas, respecto al trabajo, al dinero y a los hombres, seguido además de la aceptación por la naturaleza dramática de las mujeres, que se presume con una sonrisa. ¿Qué devela ese drama que se imputa a las mujeres? Quizá sea importante señalar que ese drama no es el mismo, en una mujer adolescente, que en una mujer llamada madura, sin embargo, considero que algo dicen en eso que ellas señalan como “drama”, una queja, ¿de qué? Tal vez del sistema que absorbe, e insiste en el sometimiento, cosa de la que ellas mismas, se encuentran constantemente tratando de salir.

Espina (s/f) menciona, respecto a Soler y su libro “Lo que Lacan dijo de las mujeres”, que:

Las nuevas libertades colocan a estas mujeres en posición de “juez y medidoras del padre” en un discurso que transmite una metáfora paterna invertida y hace evidente “la carencia paterna propia de nuestra civilización, en la medida que instituye la mujer-madre en posición de sujeto supuesto saber del ser padre (Busco) a un padre (significa que) no lo hay, al menos digno de mi exigencia” (versión electrónica).

En primer lugar, de lo anterior resulta curioso que se hable de la búsqueda de un padre para un hijo, y no de un compañero, por ejemplo. ¿Será esto una pequeña

muestra, de la importancia que ejerce la maternidad para las mujeres? En segundo lugar, ¿Qué son esas nuevas libertades? En ocasiones pareciera que lejos de una liberación de las cadenas invisibles que representan las imposiciones sociales, la pretendida liberación femenina, se ve encubierta por una especie de disfraz que implica la exigencia de sentirse libre, pero bajo ciertos rubros, donde ahora no sólo tiene que dedicarse al hogar, sino que ha de contribuir al ejercicio laboral fuera de casa; la mujer ahora es madre, ama de casa, esposa, empleada y al mismo tiempo lucir siempre dispuesta, sonriente, atractiva y además, asumir que es libre.

Pero sigue siendo señalada, si en algún momento decide asumir el control de su cuerpo, si opina a favor del aborto, si renuncia a tener hijos o un compañero, si expresa su ejercicio sexual, “se estigmatiza a las mujeres que tienen una conducta sexual activa y libre, o sea, similar a la masculina” (Lamas, 2008. P.65), ¿dónde se encuentra entonces, la liberación? ¿En la sola elección del padre para un hijo? Y ¿qué sucede entonces con aquellas mujeres que deciden tener hijos por inseminación artificial? ¿Qué es ahí lo que representa un padre? Pues pareciera que en este caso la función del hombre como padre, quedara reducida a la donación de ADN, da la impresión de que hay mujeres que si pudieran optar por la partenogénesis, lo harían.

El género, como se ha mencionado ya, no alcanza para poder simbolizar lo que es ser mujer y lo que es ser hombre, estas cuestiones, tendrán que resolverse en la subjetividad de cada hombre y de cada mujer, pues parece ser, que cada quien se encargará de llenar de significación dichas palabras, cuando la pregunta por lo “que soy” es realizada. Cornaz (2007) refiere que:

Cuidar de sí, ayer con un maestro de sabiduría, hoy con un psicoanalista, sería entonces plantear la pregunta por su ser. Freud hacía de la pregunta ¿quién soy yo? El motor del cuidado que el histérico tiene de sí. Pero Freud reducía esta pregunta al terreno de lo sexual, ¿soy hombre? ¿Soy mujer? ¿Qué es ser hombre? ¿Qué es ser mujer? (p. 33).

Surge respecto a este párrafo, la interrogante de si es acaso, sólo en el análisis, donde el sujeto se plantea esa pregunta por el ser. Pues infiero que existen situaciones, especialmente las que ponen en ciertos límites, que permiten el surgimiento de esta cuestión. Considero que el cáncer de mama abre una posibilidad de hacerlo, pues entrama otra experiencia de la mujer con su cuerpo.

Balmès (1953-1960), haciendo alusión a Lacan, señala que el ser es de incumbencia de lo simbólico, por lo que se puede decir que al momento en que un cuerpo llega al mundo y se nombra: “es niña”, se le ésta dando una simbolización a partir de lo correspondiente a lo femenino, pero sigue encuadrando, no está ahí todo capturado su ser; sino que va más allá de las ataduras que el lenguaje pueda darle en esa categoría, no obstante crecerá simbolizándose, nombrándose ella misma como una mujer, anclándose a significaciones desde un lugar imaginario que a construido gracias al reflejo en los otros. Y será entonces, solo a través de las palabras y sus propias palabras, que su ser pueda ser dicho de algún modo, y como el mismo Balmès menciona, será justamente en la palabra que se expresará también una verdad.

Cuando una paciente con cáncer y extirpación de mama se relata “menos mujer” ¿qué es lo que se oculta y des-oculta de su ser? El mismo Balmès (1953-1960), citando a Lacan, escribe que “toda entrada del ser en su morada de palabras supone un margen de olvido...” (p.38), es decir que, al manifestarse a través de palabras, se supone ya una inexactitud en la verdad que se pretende enunciar. Decir “menos mujer”, puede suponer, que hay una mujer completa, que no es ella; quizás, esa es parte de su verdad des-oculta; mutilada, ya no es aquella mujer imaginariamente completa y que hace símbolo a lo que como fémica se debería ser.

7.- Entre lo ominoso y la muerte: ellas

Hablar o escribir acerca de la feminidad, resulta problemático para quienes intentan hacerlo, no es sencillo ni posible, describir lo que es una mujer. Pues bien, partiendo de que es el hombre quien se ha encontrado en el centro de la

atención y que se vive en un mundo creado prácticamente por y para ellos, es lógico pensar entonces, que siendo ellos la medida de todo lo demás, resulte complicado pretender hablar de aquello a lo que no se ha prestado suficiente atención. Sin embargo, resulta llamativo, que en la búsqueda de saber algo sobre las mujeres en distintos campos, aparezcan como las protagonistas de grandes dramas, acusadas de brujas y quemadas en la hoguera, místicas entregando su corazón, mujeres míticas que asesinan a sus hijos, o que rompen reglas y reciben el peso del castigo más cruel, incluso que sostienen en su cabeza serpientes y en sus ojos contienen la muerte, siempre señaladas y duramente juzgadas, acompañadas por ese drama que se encuentra frecuentemente presente en la muerte y en el amor.

Pareciera que la mujer en distintas versiones y momentos de la historia ha representado en cierta forma algo temido, quizá por la imposibilidad del varón de atraparla por completo. En el cuerpo de la mujer se alberga la contrariedad irreversiblemente, la posibilidad de dar vida, de traer un nuevo ser al mundo, de alimentarlo a través de su cuerpo, pero al mismo tiempo condena a la muerte.

Orozco, Huerta y Quiroz (s/f) refieren cómo resulta interesante, tras la revisión de las figuras femeninas de la muerte en la Grecia, realizada por Vernant, que antes de Pandora no existía la muerte para los varones, y citan del autor que “la muerte y la mujer surgieron al mismo tiempo” (p.56), surgiendo entonces como otro “incomprensible y temida”.

La muerte y la mujer son comparadas atribuyéndoles un parentesco y al respecto podemos mencionar a la desobediente Eva, a quien se acusa de ser la causante de perder el paraíso, aceptando la manzana que una serpiente asociada con el diablo, le ofrece; y la despreciada Lilith, quien por no ceder a mantener una sola posición en el acto sexual, es expulsada también del paraíso y condenada a la soledad. Y qué podemos decir de medusa, mujer castigada con portar serpientes en la cabeza y una mirada que petrificará a cualquier hombre que se atreva a mirarla. Pero, encontramos en Sanyal (2012), datos importantes respecto a Eva por ejemplo que al parecer

...tiene su origen en la diosa palestina Hawwa, Heba o Hebe, cuya pareja se llamaba Abdiheba (Adán). Originalmente la manzana que ella le daba a su pareja era la manzana de la vida o de la muerte, que, al ser cortada, simbolizaba con su corazón el órgano sexual femenino. Después... de que se uniera a la diosa en el acto sexual, moría, y Heba le regalaba la juventud y la vida eternas en su paraíso de manzanos (p.50).

Sin embargo, en la versión cristiana, a causa de que Eva, comiera y ofreciera a Adán la manzana (que además de todo representaba el conocimiento), ambos son expulsados a la mortalidad, además se dan cuenta de su desnudez, reconocen sus genitales y deben taparlos, como si fueran vergonzosos, especialmente el de Eva que “oculta su sexo, el origen de toda vida, en vez de descubrirlo” (p.51).

Una relación más que se encuentra en esta misma autora, es referente a las serpientes que aparecen tanto con Eva, como con Lilith, -al ser conocida como la serpiente violeta,- y que también se puede encontrar en el mito de medusa; nos señala la autora que la serpiente, es portada por las divinidades más antiguas, como corona o diadema, sin embargo “se desplaza en la iconografía cristiana bajo los pies de María” (p.50); pero María es ya una representación patriarcal de la imagen femenina ideal inalcanzable, puesto que será la única capaz de concebir un hijo, que nace sin el pecado original.

La muerte, se pronuncia en femenino, el lenguaje le da la huella de mujer y la mujer tiene la huella de la muerte, pero también, como lo señala Sanyal (2012), la del origen de la vida.

Pero la muerte es aparentemente, lo más temido y como lo expresa Rubén Darío (1997, p. 128), en su poema titulado “Lo fatal”:

...no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo...

Y el espanto seguro de estar mañana muerto...

...y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,

Sin duda, la única certeza humana es la muerte, pero ante eso, se abre el terror de dejar de ser, que engendra la angustia ante lo imposible de esa representación. Sin embargo, la experiencia de cercanía a la muerte puede ser también, el recuerdo de estar vivo, de dejar la pasividad y la postergación.

Pero la muerte no sólo es una certeza, Lacan (2009), en *función y campo de la palabra*, menciona que el instinto de muerte expresa:

“el límite de la función histórica del sujeto. Ese límite es la muerte, no como vencimiento eventual de la vida del individuo, ni como certidumbre empírica del sujeto, sino según la fórmula que da Heidegger, como `posibilidad absolutamente propia, incondicional, irrebasable, segura y como tal indeterminada del sujeto’, entendámoslo del sujeto definido por su historicidad” (p.305).

De lo anterior se entiende, que la muerte entonces, es también una posibilidad, pero segura, lo que hace tener una perspectiva distinta de ésta, pues no sólo es hablar de la muerte, sino de que a cada sujeto le corresponde una como posibilidad innegable, irrebasable e indeterminada.

La muerte suscita sin duda, esa sensación de pena, pero al mismo tiempo de curiosidad y horror. No todos toleran ver un cuerpo sin vida, pero a veces, preguntan cuál era el aspecto antes de enterrarlo, es como cuando los niños se tapan la cara, fingiendo no ver. Un cuerpo mutilado puede desencadenar reacciones parecidas; al saber de la mujer mutilada, la mirada que intenta evadir la zona del corte, hace finalmente contacto ahí, lo que en cierto modo trae a colación ese estado ominoso que de acuerdo a Orozco, Huerta y Quiroz (s/f) Freud plantea como

“el resultado de una moción de sentimientos que se transmuta en angustia por obra de la represión y que retorna, es decir, el efecto angustioso de lo ominoso no sería causado por algo nuevo, sino por algo desconocido, algo familiar que retorna, algo de la vía infantil que se presenta de nuevo” (p.56).

Podría pensarse en esa pulsión de ver que insiste en investigar, los secretos que se creen ocultos tras las ropas en el sexo. Un asunto que se encuentra en relación con la castración.

Por otro lado, dice Pacheco (2010), la finalidad de la ciencia “fue buscar el bien, destruir todas las amenazas cernidas contra lo humano y lograr un mundo confortable” (p.27), pero tal empeño, trajo como una de sus consecuencias el miedo a la muerte, el deseo de olvidarla. Nos volcó en una lucha constante que nos incita a evitarla, nos indujo a olvidar nuestra mortalidad, a temerle, a procurar escapar de todo lo que recuerde la enfermedad, cuando alguien está enfermo/a de gravedad, muchos/as prefieren no acercarse, y si alguien murió, pueden ser pocos/as, quienes aún buscan acompañar a los/as dolientes. Todo lo referente a la enfermedad y a la muerte parece crear aversión en los sujetos. Señala la autora que “la medicina con bases científicas intenta eliminar el dolor y la muerte en lugar de integrarlos culturalmente a la explicación de la vida” (Pacheco, 2010, p.41).

La misma autora, citando a Foucault menciona que “la ciencia convierte al mundo en objeto de conocimiento, lo cual es una precondition del ejercicio del poder” (Pacheco, 2010, p.27), tal cita, inmediatamente hace pensar en la medicina como un ejemplo importante, pues las mujeres que son tratadas, son convertidas también en objetos que deben someterse a la manipulación necesaria de médicos y enfermeras mediante agujas y medicamentos. Además de que la ciencia, menciona la autora, siendo relacionada con el progreso, marcó una cierta línea entre aquellos que podían hacer uso de sus beneficios y los que no; nuevamente puede pensarse en los avances médicos en cuestiones de salud-enfermedad, con los tratamientos de altos costos, y de los que la industria farmacéutica se ha visto beneficiada; las quimioterapias por ejemplo, pese a su enorme riesgo también están dentro de los productos de menor y mayor calidad, lo que se reflejará en los efectos secundarios a su aplicación en las y los sujetos que se encuentran en tratamiento.

Pacheco (2010), comenta también, cómo la ciencia llevó a las mujeres a ocupar un lugar de inferiores en todos los aspectos, pues incluso la propia salud, estaba

dada en función del modelo masculino. Su cuerpo considerado más débil, menos inteligentes, inestables emocionalmente, así como enfermizas, y sobre esto, un ejemplo nos lo da Vega (2009), quien describe que el 85% de las mujeres que desarrollan cáncer de mama, no tienen ningún factor de riesgo identificable más que la edad, por lo tanto *cada mujer debe ser considerada factor de riesgo*.

8.- Cacería de brujas: un mecanismo político de dominación

Años atrás y aún en la actualidad, muchos hombres y mujeres se dedican a trabajar con el conocimiento de las propiedades de las yerbas, sabiendo qué puede curar y qué puede envenenar rápida o lentamente; del mismo modo se valen del culto, heredado de ancestrales rituales, realizados antiguamente a los dioses, y ahora sustituidos por diversos santos; se invocaba, (y se continua haciendo en algunos sitios), a los cuatro puntos cardinales, y a los elementos tierra, fuego, viento y agua, componiendo incluso diversos cantos para realizar noches de velaciones, en las que se invoca a las ánimas para realizar peticiones de ayuda en sanaciones o bien para enfermar a alguien.

Una reciente visita, a una ceremonia realizada por una danza chichimeca, permitió observar algo que sin duda atrajo por completo la atención: sobre la pared había colocado un enorme altar de manera muy artesanal con hoja de cucharilla, que en el centro contenía la imagen de una mujer, parecía una foto muy antigua.



Maria Graciana, Capitana General. Santa Cruz de Juventino Rosas, Guanajuato. Sin fecha.

"Y en gloria esté
el alma de Maria Graciana
ay porque fue conquistadora
de los cuatro vientos..."
Fotografia APAB' YAN TEW

La mujer, fue mencionada durante los cánticos de celebración, que por cierto se realizan con una intención en la voz muy parecida al llanto, la llamaron María Graciana, y la mencionaron como guardiana de la danza de concheros, pidieron su protección, su permiso, y por su compañía. En los relatos que de ella se tienen en el estado de Guanajuato, se conoce como una “bruja” muy importante, por su gran poder, y se le asocia con algunos otros personajes de leyendas propias del estado, se dice que tenía una cueva en la que practicaba sus ritos, además de recibir amantes y guardar una cantidad increíble de oro, que recibía de ellos.

Pero lo que llama la atención, es que sea ella la reconocida como principal protectora y no precisamente el santo que se vela, lo que hace notar la diferencia en el significado que puede existir en “ser mujer”, para las religiones y para aquellos que practican ritos más bien paganos. Ella no es llamada como una madre, sino como una maestra, alguien que poseyó grandes conocimientos para dominar los elementos y de quien se pide ahora autorización y acompañamiento.

Sin embargo, como menciona Cohen (2013) lo más reconocido en la historia acerca de las brujas, es que quedaron asociadas al diablo, gracias al Malleus, un tratado que, ella misma menciona, sólo habla de las debilidades del cuerpo, atacando los placeres sexuales, específicamente los de las mujeres, puesto que eran considerados una herejía, no habiendo un lugar para poder hablar sobre “el cuerpo, el sexo y sus enigmas” (p. 47).

Sanyal (2012), cita, también en su libro “Vulva”, a Barbara Walker que describe en su Enciclopedia del conocimiento secreto de las mujeres que:

Durante un proceso de brujería en el año 1593, el esbirro a cargo del examen (un hombre casado) descubrió evidentemente por primera vez un clítoris y lo identificó como una marca del diablo, prueba segura de la culpabilidad de la acusada. Era un <<pequeño trozo de carne, sobresaliente como si fuera una tetilla, de media pulgada de largo>> que el ayudante del verdugo <<vio a simple vista pero estaba escondido, puesto que se encontraba en un lugar muy secreto que era indecoroso mirar; sin embargo, finalmente, ya que no estaba dispuesto a callar una cosa tan rara>>, mostró la cosa a varios espectadores. Los espectadores no habían visto jamás algo así [*sic*] (p.17).

Nos encontramos ante una manifestación del rechazo y la exigencia del ocultamiento del cuerpo femenino, de los genitales más precisamente, aquel sitio que se vuelve vergonzoso, y que es por lo tanto, como se señala en la cita, indecoroso mirar.

Las brujas, relata Cohen (2013), tenían la capacidad de engañar, no poseían marcas que pudieran hacerlas identificables, por lo mismo eran consideradas sumamente peligrosas, así que, había que desconfiar de todas las mujeres. Su mirada era evitada, pues poseía los ojos “del que no se conoce”, de lo extraño, y podían por lo tanto producir locura, incluso la muerte. Las brujas, señala la autora, carecen de la posibilidad del reflejo, no se reconocen en un punto fijo, no pueden pensarse precisándose. “Carecen de un discurso institucional” (p. 56).

Lo anterior recuerda un fragmento de una novela escrita por Jacques Cazotte en 1772, titulada el “Diablo enamorado”, donde relata cómo un joven vence su miedo al diablo, (al que invoca y se aparece con la forma de un pavoroso dromedario) desafiándolo a servirle. El diablo aparentemente se somete y cobra la forma de una mujer muy hermosa, de rasgos dulces y frágiles. Ella le pide, que la deje servirle y que la ame, asegurándole que esa es su figura real. El joven pronto se encuentra en la difícil encrucijada de creer lo que ve, o de seguir juzgándola y maltratándola por tratarse del diablo:

<< ¡Ah, Biondetta –me decía a mí mismo-, si no fueses un ser fantástico, si no fueses aquel espantoso dromedario! Pero ¿por qué impulso me dejé llevar? He vencido el miedo; extirpemos un sentimiento más peligroso. ¿Qué ternura puedo esperar de ella? ¿Renunciaría, acaso, a su origen? El fuego de sus miradas tan conmovedoras, tan dulces, es un cruel veneno. Esa boca tan bien formada, tan coloreada, tan fresca y en apariencia tan ingenua no se abre más que para engaños e imposturas. Ese corazón, si lo fuese, no se encendería sino para una traición. >>

Notamos entonces, la comparación que se hace de la mujer con el diablo, se le teme, se cree que engaña fácilmente y por lo tanto hay que tener cuidado con ella, de su seducción, el cuidado para extirpar un sentimiento más peligroso que el miedo, ¿de qué sentimiento estará hablando? Parece que se siente en riesgo de caer enamorado, se ha convertido en causa de su deseo y eso conlleva el apuro de evidenciar su falta. ¿Será un miedo similar, el que llevó a tantas mujeres al maltrato y a la muerte?

Por otro lado, Pérez-Rincón (1998), nos comenta que el cristianismo, introduce un enfoque alejado de las nociones naturalistas y además...

Si por un lado la fragilidad emocional de las mujeres, su aparente mayor dependencia a la corporalidad y a la sensualidad cuadraba muy bien con la misoginia de los grandes representantes de la patrística, por el otro resultaba escandaloso recurrir al ejercicio de la sexualidad como medio terapéutico. La

humanidad era el sitio de un combate entre Dios y su adversario y los síntomas somáticos se convirtieron en el signo de un triunfo de las fuerzas del mal. Una buena parte de la histeria fue considerada posesión diabólica (p. 52).

Asociadas al diablo, constriñendo su cuerpo, acusándolas de peligrosas por encontrar en ellas lo desconocido de la diferencia femenina, lo no masculino, además de la imposición en hacer callar su cuerpo, en ocultarlo por considerarlo una maliciosa tentación, las mujeres fueron violentadas hasta devastar lo que quizás habían obtenido de poder, sus habilidades en el reconocimiento de su cuerpo y la naturaleza. Así mismo señala Federici (2010):

Desde que la iglesia se convirtió en la religión estatal, el clero reconoció el poder que el deseo sexual confería a las mujeres sobre los hombres y trató persistentemente de exorcizarlo identificando lo sagrado con la práctica de evitar a las mujeres y el sexo. Expulsar a las mujeres de cualquier momento de la liturgia y de la administración de los sacramentos; tratar de usurpar la mágica capacidad de dar vida de las mujeres al adoptar un atuendo femenino; hacer de la sexualidad un objeto de vergüenza...tales fueron los medios a través de los cuales una casta patriarcal intentó quebrar el poder de las mujeres y de su atracción erótica (p. 62).

La caza de brujas ha sido entonces un medio de represión política a las mujeres, un medio de aniquilamiento de la alteridad, de lo extraño, de lo que no se alcanza a comprender, y se teme por provocar al mismo tiempo angustia y deseo; sirviéndose de pretextos como el discurso de que el “mal” habita con mucha mayor facilidad en sus cuerpos, poseyéndolos sin que ellas puedan ejercer alguna resistencia, se ensañaron con miles de mujeres para salvarlas de la condenación al infierno. Pero no hubo quien pudiera salvarlas del infierno que se las hizo padecer en vida.

Hemos visto cómo en distintos momentos, la mujer ha sido posicionada en un sitio que parte del discurso masculino. Su cuerpo es hablado a través de un lugar que

no corresponde propiamente a ellas. Sin embargo, intentan situarse y encontrarse a través de la lectura que de ellas se hace. Buscan apropiarse de aquellas palabras que aparentemente señalan cómo es que debe estructurarse. Pero el recorrido que se transita para intentarlo, involucra el sometimiento a una palabra ajena, puesto que ellas han sido silenciadas violentamente. Por otro lado, está la resistencia, que implica un camino, quizás más espinoso y más frecuentado por la soledad.

Pero basta de sólo quejarse por lo sucedido, lo femenino –como podrá leerse en otro capítulo- no suele someterse con facilidad. Eso es quizás, lo más asombroso y maravilloso al encontrarse con los discursos de aquellas que luchan por apropiarse de un lugar distinto en el sistema patriarcal. Reconocen que no es ahí donde pertenecen, pero quizás no se quiere pertenecer a un sitio en particular, no se trata de crear un matriarcado y continuar esa especie de rivalidad hombres contra mujeres. Es más bien, buscar el reconocimiento de ser otra, y no un sexo incompleto que parte del masculino. Las mujeres que participan en esta tesis, pueden enseñarnos, con sus testimonios, las formas distintas y a veces de encuentros, en que puede experienciarse la feminidad.

Capítulo II

Mitos de la belleza y cuerpo femenino

Retomando la frase *qué difícil es ser mujer*, mencionada en el capítulo anterior, recordaremos a Soler (2010), quien haciendo referencia a ejercicios de su práctica clínica, argumenta que suele escucharse una queja “de la hija frente a la madre, a quien le reprocha no haberle transmitido ningún saber hacer con la feminidad” (p.43), pero me pregunto si acaso hay una clave de ésta, que puede encontrarse en un discurso de generaciones a generaciones, como un secreto que se encuentra encriptado y del cual se transmite sólo lo que se percibe. Pareciera que huellas de feminidades distintas pudieran heredarse. No como una esencia propiamente dicha, sino como leves trazos que se articulan y tejen distintas figuras en cada artesana que modela su feminidad.

Sumamos aquello que Kristeva (2000) menciona, diciendo que el destino del erotismo femenino se encuentra asociado al de la maternidad. Toda la lista de complicaciones asociadas a lo femenino, es dirigida por un sistema falocentrista y capitalista que hace uso del cuerpo femenino como un producto de aparador, cuya función más reconocida y sobresaliente es la de ser madre. Un cuerpo en venta, con la importante tarea de traer nuevos/as humanas al mundo que puedan continuar reproduciendo sistemas. Qué difícil es ser mujer, cuando parece imponerse así, como una demanda implacable proveniente del Otro, que destina para algunas, irremediablemente, su cuerpo con un valor de uso.

En este capítulo intentaré desarrollar brevemente cómo la concepción de belleza femenina va transformándose con el paso de la cultura en el tiempo, reinventándose en cada determinado período de tiempo, lo que corresponde a hombre y mujer; algo así como lo que Soler (2010) menciona: “la mujer es una invención de la cultura ‘hystórica’, que cambia de aspecto según las épocas” (p.44). Quizás convenga preguntarse por el aspecto que en el 2014 la cultura ha

otorgado a las mujeres. Es de imaginar que el aspecto de los senos puede variar, pero en ningún momento desaparecen de la imagen que de ellas se tiene. Pequeños, grandes o casi imperceptibles, simétricos o asimétricos, con regularidad aparece en mente un cuerpo con dos senos, cuando se piensa en una mujer.

Actualmente y desde hace algunos años, se escucha sobre la supuesta liberación femenina sobre lo que la autora señala que ésta, da a las mujeres mayor alcance a diversas formas de goce fálico, sólo que “hacerlo tan bien como los hombres, eso no te hace una mujer” (p. 82), y con esto comienzan a surgir cuestionamientos a mujeres sumamente competitivas con el afán de obtener, que suelen asimilarse a la imagen de “la mujer moderna” propuesta por un modelo que no deja de ser masculino y al cual optan por apegarse con una idea de feminidad.

La mujer moderna, nos dicen, trabaja no sólo en el hogar sino en una institución o por su cuenta, aportando económicamente a la casa, viste como ella decide hacerlo, ¿será esto cierto?, goza de una mayor libertad para moverse socialmente, para hacer y deshacer, pero eso sí, sin dejar de aparentar la tan vendida imagen de feminidad que la industria fabrica. Entonces se sigue perdiendo en zapatos de tacón cada vez más elevados, el maquillaje, las uñas, la piel y sus cremas para contrarrestar las arrugas, (porque se ha enseñado que la vejez es indeseable), productos de aseo íntimo, accesorios, ropa, cabello, olores, toallas sanitarias, sostenes, ¿sostén de qué?, pantaletas, encajes, algodón, amigas, amigos, (compañeros/as, novios/as, traiciones, heridas, cólicos, menstruación, dolor de cabeza, dolor de senos, las piernas y sus varices, abdomen, celulitis, estrías - Libertad, ¿dónde está entonces? Ellas tienen razón *¡qué difícil es ser mujer!*

1. La manzana de la discordia

Encontramos en la mitología griega un ejemplo que revela diversos matices que colorean la imagen de las mujeres hasta nuestros tiempos, presentándolas como seres celosas y presas de la envidia, incapaces de solidarizarse con otras mujeres, la belleza perfecta encarnada por el engaño y el soborno. Nos muestra

también la imagen de un pobre hombre víctima de las promesas de la belleza, cautivado por sus propias pulsiones.

En la boda de Peleo y Tetis, Eride arrojó una manzana de oro en la que estaban inscritas estas palabras: “para la más bella”. Zeus omnipotente, no quiso decidir la siguiente disputa entre Hera, Atenea y Afrodita, y dejó que Hermes llevara a las diosas al monte Ida, donde Paris, el hijo perdido de Príamo, actuaría como árbitro... Hermes le entregó la manzana de oro y el mensaje de Zeus:

- Paris, puesto que eres tan bello como sabio en los asuntos del corazón, Zeus te ordena que juzgues cuál de estas diosas es la más bella.

Paris aceptó la manzana dudosamente y contestó:

-¿cómo puede un simple pastor como yo, hacerse árbitro de la belleza divina? Dividiré la manzana entre las tres.

- ¡No, no, no puedes desobedecer a Zeus Omnipotente!

- Se apresuró a replicar Hermes-. Y tampoco estoy autorizado para aconsejarte. ¡Utiliza tu inteligencia natural!

- Qué así sea- suspiró Paris-. Pero antes ruego que las perdedoras no se ofendan conmigo. Sólo soy un ser humano, expuesto a cometer los errores más estúpidos. Las diosas convinieron en acatar su decisión.

-¿Bastará con juzgarlas tal como están –preguntó Paris a Hermes- o tienen que desnudarse?

-Tú debes decidir las reglas del juego- Contestó Hermes con una sonrisa discreta.

- En ese caso, ¿Tendrán la bondad de desnudarse? Hermes les dijo a las diosas que lo hicieran y él se volvió cortésmente.

Afrodita no tardó en estar lista, pero Atenea insistió en que debía quitarse su famoso ceñidor mágico, que le daba una ventaja injusta, pues hacía que todos se enamoraran de quien lo llevaba.

-Esta bien, -dijo Afrodita con rencor-, lo haré con la condición de que tú te quites tu yelmo; estas horrible sin él.

- Ahora, si no os importa, os juzgaré una por una – anunció Paris – para evitar discusiones que me distraigan. ¡Ven, divina Hera! ¿Tendrán las otras dos diosas la bondad de dejarnos un rato?

- Examíname concienzudamente – dijo Hera mientras se daba vuelta lentamente y exhibía su magnífica figura-, y recuerda que si me declaras la más bella te haré señor de toda Asia y el hombre más rico del mundo.

- Yo no me dejo sobornar, señora. Muy bien, gracias. Ya he visto todo lo que necesitaba ver. ¡Ahora ven, divina Atenea!

- ¡Aquí estoy! -Dijo Atenea, avanzando con decisión-.

Escucha Paris: si tienes el sentido común suficiente para concederme el premio, haré que salgas victorioso en todas tus batallas y que seas el hombre más bello y sabio del mundo.

-soy un humilde pastor, no un soldado- replico Paris-. Puedes ver que la paz reina en toda Lidia y Frigia y que nadie discute la soberanía del rey Príamo. Pero prometo considerar imparcialmente tu aspiración a la manzana. Ahora puedes volver a ponerte tus ropas y tu yelmo. ¿Estas lista Afrodita?

Afrodita se acercó a él despacio y Paris se ruborizó porque casi se tocaban.

-examíname atentamente, por favor, sin pasar nada por alto... Por cierto, en cuanto te vi, me dije: A fe mía, este es el joven más hermoso de Frigia. ¿Por qué pierde el tiempo en este desierto, cuidando un ganado estúpido?... ¿Qué puedes perder casándote con alguien como Helena de Esparta, que es tan bella como yo y no menos apasionada? Estoy convencida de que... ella abandonará su hogar, su familia y todo para ser tu amante... Helena tiene una tez bella y delicada... al llegar a la mayoría de edad todos los príncipes de Grecia fueron sus pretendientes. Ahora está casada con Menelao... puedes conseguirla si quieres.

- ¿Cómo es eso posible si ya está casada?

- ¡Caramba, qué inocente eres! ¿Nunca has oído que es mi deber divino arreglar esa clase de asuntos?...

- ¿Juras que lo harás?- preguntó Paris, excitado.

Afrodita juró solemnemente y Paris, sin pensarlo dos veces le concedió la manzana de oro.

Pero con esta sentencia incurrió en el odio encubierto de Hera y Atenea, quienes se alejaron del brazo a preparar la destrucción de Troya, mientras Afrodita sonriendo pícaramente, se quedó pensando cómo podría cumplir mejor su promesa (Graves 2005, pp. 363-366).

Y así es como se culpa a Helena de la batalla de Troya, habiendo sido, el pobre de Paris sobornado por una de las diosas más hermosas. Pero consideremos varios aspectos, entre ellos los detalles relacionados con las tres diosas. Al parecer nos dejan ver un trio de mujeres vanidosas y frívolas, que pelean entre sí por obtener no sencillamente una manzana, sino el título de “la más bella”. Nos muestra cómo la desnudez se hace importante para poder realizar una mejor evaluación, cual certamen de belleza, en el que Paris aparece como el juez elegido por Zeus; importa el cuerpo completo, -aunque no se mencione qué es lo que Paris tomaría en cuenta para decidir-.

Se pone en escena la discusión entre ellas para hacer que la otra luzca menos atractiva, la competencia por el título les impide llevarse bien. Pero no solamente eso, sino que cada una, hace uso de diversos ardides para sobornar a quien ha de otorgar el premio, no se conforman con mostrar su belleza desnuda, sino que es necesario atrapar con palabras de ofrecimientos al que las juzga, cada una ofrece lo mejor que puede, gloria, fama, fortuna, pero es el relato de la promesa del amor de Helena, cuya belleza es equiparable al de la diosa, el que finalmente le hace caer en la tentación del soborno. Ve en Helena a su objeto deseado, dibujada por las palabras que la diosa describe. Observamos una versión más, de lo engañosas que pueden resultar las mujeres, del peligro al que pueden someter a los hombres, pero no se debe olvidar que estos relatos, siguen siendo versiones masculinas ante lo otro, lo femenino. ¿Cómo queda Paris? ¿Por qué los hombres quedan siempre resueltos como víctimas de una engañosa imagen femenina? ¿No existe acaso engaño en la imagen de masculinidad?

Este mito, introduce bien a lo que continuará desarrollándose en el contenido de este capítulo, que pretende abordar un poco sobre las formas que ha tomado la belleza y cómo ésta ha permanecido fuertemente arraigada a la imagen femenina, hasta llegar a convertirse en un deber que se lleva consigo por el sólo hecho de haber nacido mujer. Además de la aparente consideración de su posesión como una eficaz herramienta de dominio, una llave que abre las puertas al mundo masculino, bajo condición claro está, de mantener las normas que éste mismo

género ha producido y que durante largo tiempo las mujeres se han encargado de irse apropiando hasta creer que son suyas.

Un largo camino ha llevado a relacionar íntimamente la belleza con la feminidad, dejando consecuencias para la diversidad de mujeres que existe y han existido. Especialmente cuando se considera que muchas de aquellas que han tendido a esforzarse por alcanzar el *título*, pertenecieron en algún momento histórico a cierta posición económica y social, apartando entonces a las mujeres que formaban parte de una clase económica baja; aunque esto no implica necesariamente, que la noción de belleza no haya existido en dichos sectores sociales.

2. El concepto de belleza se modifica

Si bien es cierto, la belleza no ha tenido el mismo significado en la historia, sin embargo, sí es posible observar, cómo han sido las mujeres las más destacadas para representar dicho concepto. Aunque, es sabido que entre los griegos cuando se trata de belleza, es el cuerpo masculino el que más figura mostrando en su arte la desnudez de hombres bien esculpidos, luciendo músculos perfectamente trabajados. Sobre tal situación, Eco (2010) comenta que la belleza en la antigua Grecia no tenía una disposición única, sino que ésta era expresada según las artes, es decir, la poesía, la retórica, la escultura, etc. Manifiesta el autor, que lo que se “pone en primer lugar es la visión subjetiva” (p.42), así la escultura no idealiza un cuerpo abstracto, “sino que busca una belleza ideal efectuando una síntesis de cuerpos vivos en la que se expresa una belleza psicofísica que armoniza alma y cuerpo” (p. 45).

Para los griegos, lo reconocido como belleza también fue experimentando modificaciones en sus significados, así por ejemplo mientras que para Heráclito, nos dice Eco, “la belleza armónica del mundo se manifiesta como desorden causal” (p.56), para Platón, la verdadera belleza no puede ser captada por todos, sólo por aquellos instruidos en la filosofía, para él, el arte solo intenta copiar la belleza auténtica, por lo tanto no debía ser enseñado a los jóvenes y en su lugar aprender la belleza de las formas geométricas y “la concepción matemática del

universo” (p. 50). Los pitagóricos, para explicar la belleza de una joven alegaban que ésta consistía en “el equilibrio justo de los humores que le daban una expresión agradable y porque sus miembros tenían una relación exacta y armónica”... (p. 73).

Armonía y proporción

Platón (siglos V-IV a.C.)

Timeo, V

Como el Dios quería asemejarlo lo más posible al más bello y absolutamente perfecto de los seres inteligibles, lo hizo un ser viviente visible y único con todas las criaturas vivientes que por naturaleza le son afines dentro de sí. [...] el vínculo más bello es aquel que puede lograr que él mismo y los elementos por él vinculados alcancen el mayor grado posible de unidad. La proporción es la que por naturaleza realiza esto de la manera más perfecta (Eco 2010, p. 49).

Lipovetsky (1999) menciona que desde el Cantar de los cantares de Salomón, se inicia un reconocimiento a la belleza femenina, al respecto Eco (2010), señala que puede encontrarse en textos doctrinales menciones a la belleza femenina basándose en el Cantar, como una de Hugo de Fouilloi donde describe cómo debían ser los pechos femeninos: “Bellos son, en efecto, los senos que sobresalen poco y son módicamente abultados... contenidos, pero no comprimidos, sujetos suavemente y no agitándose en libertad” (p. 154).

Podemos ver con este pequeño ejemplo, una referencia al tema de esta tesis, que lleva a nociones antiguas acerca de los senos femeninos y su forma ideal que en las mujeres se plantaba. Sin embargo, es a partir del Renacimiento, afirma Lipovetsky (1999), que la belleza femenina toma un distinto significado al mantenido por mucho tiempo, equiparando a las mujeres con lo diabólico; la belleza se convierte en una manifestación de Dios, lo que conduce a la lógica de que si es bello, es bueno, dado que se asume como una manifestación divina. E inicia así, menciona el autor, “la consagración del bello sexo” (p.107); parte de estos efectos, nos dice, es la propagación de un nuevo género literario: los

blasones, dedicado a enaltecer algunas partes del cuerpo femenino; en este género las mujeres francesas también participaban maravillándose de sí; un ejemplo lo da Lipovetsky (1999), citando a una mujer llamada Marie de Romieu, quien escribe: “No existe materia de carne más bella que la que formó sin modelo este cuerpo de doncella” (109).

Cómo no iban a asombrarse de su cuerpo, si durante tanto tiempo el derecho a mirarse estaba vedado. Sin embargo, este asombro y encuentro consigo, no debió haber sido así para todas las mujeres, o no del mismo modo, puesto que éste, era una manifestación y un reflejo divino por lo que, una vez sacado del pecado en el que se le había mantenido, ahora era preciso mantenerse pura. Pero la pureza, señala Castellanos (2012), es en este caso, también sinónimo de ignorancia, la ignorancia del cuerpo y sus sensaciones, pues de él, solo averigua a través del varón, que dependiendo de sus habilidades y generosidad, la inicia en el conocimiento de las posibilidades que su cuerpo femenino le ofrece, en muchas ocasiones, de manera limitada, o sólo hasta donde al varón le era conveniente. Nos dice que: “la señorita se desplaza a tientas en una anatomía de la que tiene nociones equivocadas...la inocencia o virginidad es susceptible de prolongarse durante largos años y a veces durante una vida entera” (pp.13-14).

Esta inocencia, es sostenida por una rigurosa moral que impide investigar sobre sí misma, sobre ser una mujer, como si ser mujer, fuera un “término que adquiere un matiz de obscenidad y por eso debiéramos cesar de utilizarlo. Tenemos a nuestro alcance muchos otros más decentes: dama, señora, señorita”... (Castellanos, 2012, p. 13). Nos comenta también que, en una mujer la educación que le es dada “trabaja sobre el material dado para adaptarlo a su destino y convertirlo en un ente moralmente aceptable, es decir, socialmente útil” (p.14). Y es que lo útil ha sido también una consideración de belleza, por ejemplo, Eco (2010), menciona que para:

Tomás de Aquino, una cosa es bella además en cuanto es adecuada a las funciones que le son propias, en el sentido de que un cuerpo mutilado – o

excesivamente pequeño- ... debe considerarse feo, aunque este fabricado con materiales preciosos (p. 111).

¿Y a qué corresponde esa utilidad para la que se solía o suele educar, sino para fines reproductivos, de obediencia y servicio? Y así, discute Castellanos (2012), “la única actitud lícita de la feminidad es la espera” (p.14).

3. La belleza femenina en la pintura: Un espectáculo para contemplar

Lipovetsky (1999) relata, cómo habiéndose modificado las nociones acerca de la belleza femenina, ésta comenzó a manifestarse también en la pintura y los grabados, ahora en cada oportunidad se desnudaba el cuerpo de las mujeres, invirtiendo aquella tradición griega en la que la admiración era otorgada con mayor frecuencia al cuerpo masculino desnudo; en esta nueva expresión de la belleza, el cuerpo femenino puede quedar completamente al descubierto, mientras el masculino incluso puede encontrarse totalmente vestido, un ejemplo se deja ver, en la siguiente imagen propuesta por el autor.



Concierto campestre: Giorgione. Siglo XVI

Una pieza que Lipovetsky menciona como importante influencia en la historia de la pintura, es también de Giorgione, presentando a *Venus dormida*, nos dice el autor, se enfatiza “el significado del bello sexo” (p. 111).



Venus dormida: Giorgione. Siglo XVI

Pero es importante agregar las lecturas que pueden encontrarse junto a la imagen de la mujer desnuda y en posición tan pasiva, el autor menciona:

Exaltada en posición lánguida o dormida, la mujer se entrega más que nunca como el ser destinado a que lo contemplen y deseen... la Venus dormida angeliza la belleza femenina, la apacigua y por añadidura le confiere un toque añadido de sensualidad... es la manera, en suma, de ofrecer la mujer que sueña, desposeída de sí misma, a los sueños de posesión de los hombres (Lipovetsky, 1999, p. 111).

Tal argumento muestra una nueva diferencia entre las representaciones griegas de hombres desnudos pero siempre en movimiento, mientras que en las mujeres

continúa mostrándose como un objeto para el disfrute de la mirada masculina, tal proposición es también sostenida por García (2008), quién menciona cómo para el siglo XIX en México, el desnudo era aún visto con cierto escándalo y reprobación, así que los aprendices de este arte se encargaban sólo de reproducir copias de grabados, esculturas o pinturas traídas de Europa, esto con la finalidad de “preservar la moralidad y no atentar contra la virtud del estudiantado” (p.424). Pero, de acuerdo a la autora, fue haciéndose más recurrente la representación erótica del cuerpo femenino, poniendo énfasis en senos y piernas y dejando alguna parte al descubierto, así el artista “conmina al espectador a descubrir los encantos ocultos de la mujer, pues despertar la libidinosidad masculina era otra misión de la pintura” (p. 425).

García (2008), refiere la pintura *La cazadora de los Andes* como un desnudo que vino a causar polémica entre la sociedad de aquella época, puesto que las ideas sobre la mujer, su cuerpo y su posición social estaban centradas en la reproducción y su deber de crianza hacia los/as hijos/as; además de que la educación estaba regida por fuertes cánones morales y religiosos donde cualquier manifestación de placer sexual en ellas era fuertemente castigado, dado que ella debía ser un templo de pureza.



La cazadora de los Andes: Felipe Santiago Gutierrez. 1891

Siendo aquellas las ideas imperantes en la sociedad Mexicana del siglo XIX, *La cazadora de los Andes* representaría el lado contrario a esa mujer inmaculada que debía corresponderse, no hay en ella, dice la autora, un mínimo de recato en su vergonzosa desnudez colocándose así como una transgresora que además cometía la osadía de provocar a los hombres, tentándolos a caer en el pecado de la carne mediante trampas basadas en liberales poses seductoras o bien a través de su aparente inocencia.

No había escapatoria, eran culpables de ser asediadas por la lujuria masculina, de convertirse en objetos para el placer de otros, la única aparente solución estaba en la constante vigilancia religiosa, imponiendo crueles sentencias como mujeres perdidas, pero especialmente dividiéndolas como género, convirtiéndolas en enemigas, las buenas contra las malas, las dignas contra las impuras, las manchadas.

¿Qué representaba para aquellas modelos, la desnudez de sus cuerpos? ¿Sería acaso una rebelión, una manifestación del saberse finitas, conocer de la muerte que a hombres y mujeres nos acecha y nos convierte en la tumba, sólo en cuerpos putrefactos? ¿O la manifestación del agrado de permitir mostrar sus cuerpos? Quizás, es importante pensar en la diferencia que existía ya en ellas, en la manera de concebir sus cuerpos, de pensarse y de sentirse como mujeres pese a las rígidas imposiciones moralistas.

Pero no es posible dejar de lado, que poco a poco, fueron colocadas como absolutas responsables de la agresividad de la mirada, acusaciones y acciones de otros y otras también. Puesto que pese al respeto a la diversidad de ideas, que en la actualidad se presume, la desnudez del cuerpo femenino sigue siendo objeto para algunas de vergüenza, especialmente cuando éste no se encuentra dentro de las especificaciones de belleza: las estrías, pequeños gorditos y celulitis se convierten en los principales defectos que no son dignos de mostrarse con la luz del día, o artificial de una habitación. Del mismo modo, puede ser signo de transgresión, tanto para aquella que contando con los requisitos señalados se lanza a mostrar su cuerpo, como para aquellas que aun con esos llamados

desperfectos e incluso con una parte faltante, se atreven a posar para una cámara. ¿Por qué tan castigado ha sido el cuerpo femenino, llegando a convertirse en un escenario de espectáculos, en su mayoría fascinantes, con ropa o en su desnudez, pero siempre en la vigilancia constante de un Otro?

4. Mujeres y/o prendas de ornamento: ¿sexo débil?

Lipovetsky (1999) menciona que el cuerpo femenino, desencadenaba una enorme curiosidad entre estudiosos e intelectuales, que incluso llegaron a establecer tratados que normativizaban las características específicas para que una mujer pudiera ser considerada perfectamente bella, enumerando y clasificando cada detalle que debía encontrarse presente. Tal parece que se convirtieron no sólo en objetos hermosos de contemplación, sino en cuerpos fragmentados para su estudio, lo que además denota una especie de alejamiento de aquel que interviene en tal, lo que la coloca a ella como alguien completamente ajena, un objeto nuevo y extraño para desentrañar.

Muñiz (2011), señala que en el siglo XIX se afianza la idea de la feminidad “ligada a la belleza, la fragilidad y la delicadeza del cuerpo de las mujeres” (p. 53), se imponen de forma casi totalizadora patrones estéticos que hasta nuestros tiempos continúan haciendo ruido en los estándares imaginarios de perfección, como la piel tersa y blanca, el cabello rubio, los cuerpos esbeltos, las facciones finas, los ojos claros, excluyendo a todas/os aquellas/os que posean otras características, de las normas de belleza. Normas, que suelen colocar especialmente a las mujeres en la cima, convirtiéndolas en idealizadas, inalcanzables, casi irreales; pero tales cánones no sirvieron, señala Lipovetsky (1999), para modificar las relaciones jerárquicas de subordinación de la mujer al hombre y sin embargo, sí refuerza “el estereotipo de la mujer frágil y pasiva, de la mujer inferior en mentalidad, condenada a la dependencia con respecto a los hombres” (p.115).

Y es que, señala Castellanos (2012), la belleza es un ideal, cuyos atributos han sido impuestos por el hombre y el efecto de satisfacerlos llega a convertir a aquellas que lo logran en “una invalida...una cosa” (p. 10), cómo no ser sexo débil,

propone la autora, si la energía se agota en la adquisición y uso incesante de cantidades de artículos para lograr el objetivo, productos que además, suelen también, en ocasiones, martirizar a quienes los usan, por ejemplo el uso de tacones altos, que no permiten el movimiento rápido, que tienen formas que no siempre se adaptan a los pies y que con el tiempo llegan a producir lesiones en columna y rodillas, incluso en los mismos talones y dedos.

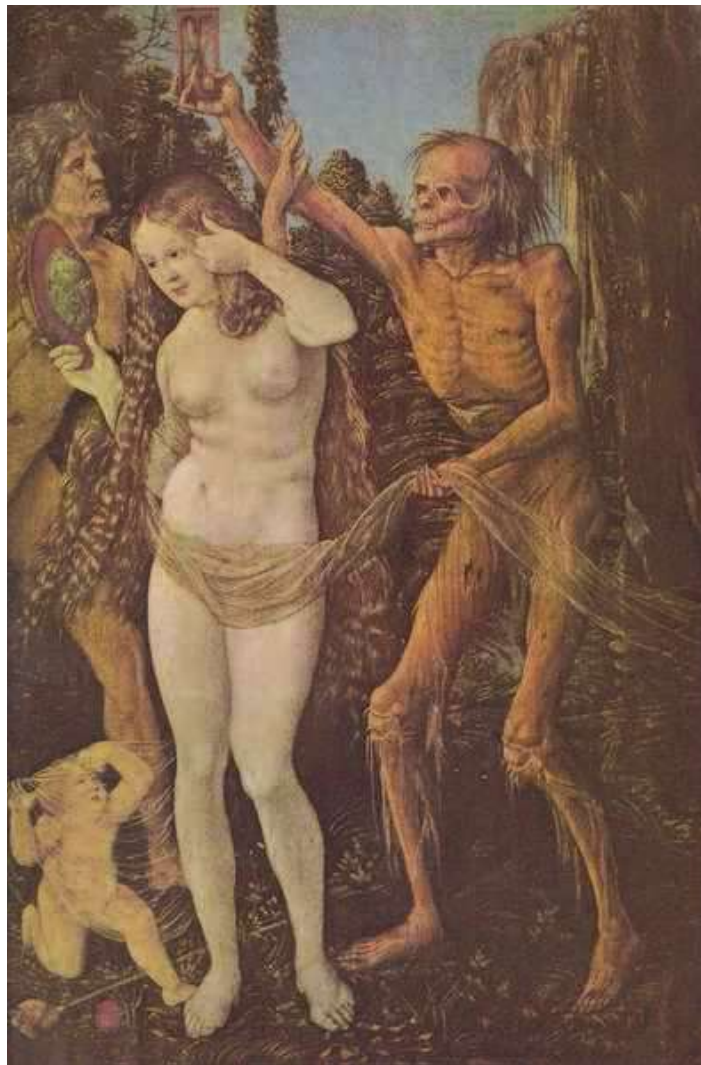
Sin embargo, cabe también pensar en la energía que también se invierte en convertirse en eso que denominan sexo débil, no podemos caer en la misma trampa de dividir a las mujeres en las fuertes por insubordinarse y en las débiles por someterse. Sin duda, aquellas que gastan grandes cantidades de tiempo y esfuerzo en su arreglo, en el intento de parecer, ser, justo aquel ideal que tanto se admira y se desea, no pueden señalarse como sexo débil, es demasiado el peso de esa feminidad que se prescribe como norma para encajar, para ser una mujer.

4.1 Vejez & feminidad

Ese incesante consumo de productos destinados a lograr la belleza ideal, es debida en gran parte a una lucha constante que las mujeres hemos aprendido a sostener en contra de los años y sus efectos. Se privilegia a la juventud, como sinónimo de vigor, de vida, de pasión y deseos, y se asimila la vejez con la pérdida de todos los anteriores atributos, pero además se le desprecia por concebirse muy cercana a la muerte, olvidando nuevamente que ésta nos acompaña a un costado desde el momento del nacimiento. Dichas observaciones parten de la cultura difundida a través de los mass media, donde se señala a la vejez como lo indeseable, o al menos, eso parece manifestarse, a través de los diversos productos que se ofrecen tan imperativamente, cuyo mensaje es siempre el de buscar la juventud eterna y olvidarse del paso de los años.

Pero esta situación no parece tan nueva cuando se observa un poco en los registros que hombres y mujeres han dejado de su propia historia; en la pintura por ejemplo, llama la atención una imagen, titulada *Las tres edades de la mujer y la muerte*, donde puede apreciarse una escena en la que aparecen una niña

pequeña, una mujer joven visiblemente desnuda, sosteniendo lo que parece un espejo entre sus manos, en el que además aparenta reflejarse, su rostro deja ver una suave sonrisa, su piel parece de una textura suave, su cabello largo, ondulado que además expresa movimiento y vida; ayudándole a sostener el espejo, aparece a su lado una mujer anciana, desnuda también, las pinceladas de su cuerpo le dan cierta dureza a su tez opaca, sus senos caídos, rostro arrugado y caído, no sonríe, más bien refleja angustia, su cabello se muestra sin forma, descuidado; salta a la vista, cómo intenta alejar de la joven, el brazo de la muerte que se encuentra al otro lado, sosteniendo sobre su cabeza un reloj de arena.



Las tres edades de la mujer y la muerte: Hans Baldung Grien. 1510

Esta imagen, puede hacer reflexionar un poco, sobre la actitud que los/las seres humanos/as mantenemos ante la muerte. Sin embargo, habiendo comentado ya, las implicaciones de belleza, como parámetros normativos en las mujeres, me centraré en ellas. Y es que ésta pintura, parece reflejar, la aparente despreocupación que durante la juventud muchos/as sostienen, como si se ignorara el paso del tiempo, como si éste fuera a permanecer detenido. Parece hablar de la angustia que con el andar de los años, empieza a sentirse por aquellas a quienes la juventud se les ha establecido como un bien necesario que es preciso mantener; despreciar la vejez, evitando verse en el espejo y sostener mejor, aquel que sigue mostrando una imagen jovial, luchar contra la vejez parece a la vez, hacerlo contra la muerte. El paso del tiempo que todo lo va transformando, termina por reducir la imagen más reluciente de vida, en polvo de recuerdos.

Montero (2008), señala que la vejez es un concepto cuya definición no podría ser universal dado que se encuentra cargado de construcciones sociales y culturales que se modifican conforme cambian también las sociedades, atribuyéndole por lo tanto determinados significados. A cada etapa de la vida, señala la autora, se le otorgan características que marcan su inicio y fin, así como “las actitudes, comportamientos y funciones sociales adecuadas para cada sexo” (p. 284). El concepto de vejez se apoya en bases biológicas que determinan los cambios en las capacidades y funciones del organismo. Para estas variaciones que traen consigo efectos visibles sobre el cuerpo, no parecemos estar completamente preparadas/os.

La historia de las mujeres, señala Montero, “particularmente en el Porfiriato ha privilegiado el ideal de la joven cuya función es casarse, reproducirse, formar una familia y cumplir con los roles de esposa y madre” (p. 286), es en esta época que la burguesía estereotipa de forma rigurosa los roles masculinos y femeninos, estableciendo también el ideal de la mujer perfecta.

Para cada etapa de la vida se señala la oportunidad de hacer o dejar de hacer tales o cuales cosas, la sociedad establece que hay una edad para enamorarse,

para ilusionarse, salir, tener amigos, etc., y todo lo anterior se encuentra asociado a la juventud, y ésta a la belleza, la cual se vinculaba dice la autora “con el despertar de la seducción y la sexualidad” (p.295), pero sin olvidar un elemento sumamente importante, la pureza. Si la mujer radicaba en la belleza, también lo hacía en la juventud.

Montero (2008), rescata algunos extractos de revistas de la época Porfiriana que enseñaba a las mujeres cómo serlo. Además de expresar las duras opiniones acerca de los atributos de belleza que terminan también con el paso del tiempo, de acuerdo a estos discursos, si las mujeres llegaban a los 30 años sin casarse, siendo vírgenes, ya no eran mujeres, ¿qué eran entonces?. Se tenía la concepción de que era hasta la edad de 30 años que las mujeres eran aptas para poder reproducirse, por lo tanto, se entiende que el valor y significado de ser mujer, estaba dado no sólo en su juvenil sensualidad sino en su capacidad reproductiva, como si se hablará de una máquina que pasado el tiempo se oxida y no funciona más.

Un fragmento extraído del artículo mencionado por la autora, refiriéndose a una mujer de la mencionada edad, señala:

Su mano esta lista para arrancar la primera cana, sus ojos se dilatan continuamente para evitar se plieguen los parpados, se aumenta la presión del corsé a cuatro atmosferas, asisten a las iglesias veladas, reciben visitas a media luz y van a diversiones tan sólo de noche, retirándose antes que la claridad de la aurora pueda convertir las rosas en pergaminos y tanto encanto en un montón de basura. Aparecen en los bailes como muertos que se sientan a ver vivir, mirando su presente en el abandono que las rodea oyen la última galantería para la mujer: *está bien conservada* (Montero 2008, p. 297).

Tal parece que se describe a una persona que ha perdido todo derecho de contactar con la ilusión, con la vida y que más bien debe ir haciendo contacto con las sombras del olvido. Se refleja a una mujer que ha perdido toda oportunidad de

enamorarse, pero especialmente de ser elegida por algún varón que quiera darle el honor de ser la prenda viviente, más bella que adorne su casa.

Un ejemplo más, sobre la poca aceptación a la vejez, es el siguiente poema también encontrado en Montero (2008):

- | | |
|----------------------------------|----------------------------|
| - Lllaman a la puerta, abuela | - Echa pestillo y cerrojo |
| - hija mía ¿quién será? | Cierra persianas y cristal |
| Como he padecido tanto, | Y acecha bien, hija mía, |
| Temo que sea algún mal. | Para ver cuando se va |
| - es la vejez según dice, | - ¡Cuánto quiera más yo |
| Y se empeña en que ha de entrar; | Pasar el tiempo en jugar, |
| Pues los años que pasaron | que vivir como una esclava |
| Le han dicho que venga acá. | sujeta a otra voluntad! |

La vejez se manifiesta como algo ajeno, algo que se sabe que llegará, pero al igual que la muerte, se le evita. Parece vivirse como si los años no dejaran huellas en el cuerpo, esperando que una sola edad quede estacionada en el tiempo. Se sabía que llegaría, pero no cuándo. Y las mujeres, menciona Montero (2008), tendían, (al igual que muchas en la actualidad), a sentirse apenadas por el correr del tiempo y por lo tanto a ocultar su edad, aunque cabe señalar, esta situación se daba especialmente entre los grupos sociales económicamente más altos.

Comenta que Severo Catalina quien en 1884 inicia en una revista titulada *La Familia*, un escrito llamado “La edad”, donde emitía críticas a esta costumbre de las mujeres, juzgándola como una costumbre vulgar, dado que, pese a que ellas se esforzaran en mentir, su aspecto físico las delataría, mostrando la decadencia de sus atributos; este hombre “observaba que: apenas existen mujeres de cuarenta, ni de cincuenta años; la gran mayoría vive en los treinta hasta llegar a los sesenta” (p.307). Y como no bastaba mentir sobre la edad, se recurría a los trucos cosméticos y a todos los consejos que las revistas daban para conservar una piel joven y para disimular los efectos de la edad.

Cuando se lee lo anterior, no se puede sentir tan alejada/o del tiempo actual, aún pueden observarse esos desmedidos intentos por negar la edad, y la industria cosmética se ha sabido beneficiar bien de ello, creando nuevas necesidades para la adquisición de productos, insistiendo en lo terrible que son las marcas por la edad en el rostro, las estrías en diversas partes del cuerpo, la celulitis, las varices, etc. Las cremas, maquillaje y fajas siguen prometiendo una apariencia hermosa, una imagen visiblemente más joven.

Todo intenta resolverse en términos del “parecer”, las apariencias pueden mantenerse mientras se está frente a otro/a, pero ¿qué sucede cuando llega el momento de lavarse la cara, quitarse toda esa máscara, retirar las fajas y demás prendas que realzan y dan forma al cuerpo? ¿Qué sucede cuándo se enfrenta la desnudez natural, de un cuerpo natural frente al espejo? No hay poses que mantener, no hay otro a quien tratar de engañar. Pero si acaso es necesario afirmarse a sí misma que la edad no pasa por el cuerpo, entonces existen las cirugías, que corrigen todo lo que las imágenes publicitarias, a través de modelos específicas, señalan que está mal.

4.2 El planeta de la belleza

Lipovetsky (1999) menciona que en el siglo XX, “la prensa femenina, la publicidad, el cine, la fotografía de modas han difundido por primera vez las normas y las imágenes ideales de lo femenino a gran escala” (p. 119), exaltando el uso de productos cosméticos para la belleza por todas las mujeres de las diversas clases sociales, habla así de una nueva etapa de la historia del *bello sexo*, una “fase comercial y democrática” (p. 119), en la que las mujeres se han convertido en una fuente generadora de ventas, en tanto se hace uso de sus “necesidades”, pero también en un producto de imagen que se ofrece en el mercado; sin duda, algo absolutamente reprobable, es la violencia que se expresa en esas imágenes, exponiéndola como un simple objeto sexual que luce poca o nula ropa, mientras otro, generalmente un hombre demuestra su virilidad sometiéndola.

El autor nos señala que los tiempos donde el maquillaje y los artificios de la moda se encargaban de hacer resplandecer la belleza y juventud, ya no son los nuestros, puesto que ahora es el mantenimiento del cuerpo lo que resulta más importante, es decir, “rejuvenecer, tonificar y reafirmar la piel” (p. 121). Si además de no arreglar el rostro, el cuerpo no luce esbelto y tonificado, para algunos/as será señal de falta de actividad, porque trasciende que ahora el ejercicio físico se ha vuelto más una moda que un medio para mantener la salud, y resultan también una gran cantidad de opciones para mantener el cuerpo en movimiento, desde el gimnasio, hasta actividades que mezclan el baile, el yoga, los aerobics y otros movimientos más.

La vejez ha quedado fuera, en la distancia de la feminidad, eso es lo que tantos anuncios masivos de comercio indican, y la sociedad, afirma Muñiz (2011), prepara para procurarse un cuerpo joven y que ostente sensualidad, mientras que insiste en el rechazo del cuerpo que envejece, decadente o discapacitado. Los modelos de belleza que se nos ofrecen a través de los medios masivos de información incitan, nos dice, también a la discriminación y a la exclusión de aquellos cuerpos, como si existiera una visión que totaliza la belleza.

Las mujeres por lo tanto, dentro de ese grito de liberación que asoma sobre el yugo de la opresión, del silencio en el que durante muchos siglos debió permanecer, a causa de no representar más que a la obediencia y al servicio, cree encontrarse en un momento histórico en el que ella decide sobre su propio cuerpo, es decir, mientras que antes debía medir las cantidades de maquillaje para usar, ahora ella elige la intensidad de los tonos y si quiere o no usarlos, hay variedad en prendas de ropa, holgada, ajustada y muy ajustada, pero estas decisiones suelen estar basadas en los colores de temporada y los que se adecuan a su tipo de piel, además de su tipo de cuerpo (reloj de arena, rectángulo, triángulo o triángulo invertido –en el mejor de los casos).

Por un lado el cuerpo femenino se ha emancipado con holgura de sus antiguas servidumbres, ya sean sexuales, procreadoras o vestimentarias;

por otro, lo vemos sometido a presiones estéticas más regulares, más imperativas, más ansiógenas que en el pasado (Lipovetsky 1999, p.125).

Muñiz (2011), refiere que “para una mujer, el concepto de ser se confunde con aquel de parecer” (pp. 9-10), ser y parecer una mujer, una bella mujer, según los estándares establecidos de la época. Nos dice además que las nuevas prácticas encaminadas al mantenimiento del cuerpo, entre ellas, la asistencia a clínicas de belleza, el uso de cosméticos, las modificaciones faciales y corporales, pueden también entenderse como un intento de la “reapropiación de los cuerpos y formas de expresión... de la autocreación de identidad y... como mecanismos disciplinarios en el proceso de controlar los cuerpos” (p.56); al respecto Lipovetsky (1999) señala que “la esbeltez y las carnes firmes son sinónimas de dominio de sí, de éxito, de self management” (p. 129), y que no debería considerarse un intento más de subordinación.

Considero, sin embargo, que vale la pena poner en duda esos discursos de reapropiación y dominio de sí, puesto que la demanda del mantenimiento al cuerpo, proviene igualmente de un sistema mercantil donde los más privilegiados jerárquicamente son los hombres; hombres que ostentan y persiguen poder y que buscan producir mujeres al antojo de sus fantasías. Además es importante no dejar de lado la enorme influencia que ejercen los medios de información masiva en los imaginarios sociales, y bien se cuestiona Muñiz (2011), “¿Hasta dónde tales modificaciones obedecen a las decisiones autónomas de los sujetos? ¿En qué medida podemos considerarlo un acto de normalización más que de embellecimiento?” (p. 57), o de embellecimiento normativo. Tal parece que se trata de una estrategia de mercados, donde se han sabido explotar exitosamente los puntos sensibles de la corporalidad femenina.

Y encontramos una opinión más, que resulta compatible con la nuestra, en Jean-Jacques Courtine (2006), donde expresa que tras los aparentes cambios en las reglas de la moral tradicional, se encubre la misma manipulación hacia las mujeres, la dominación masculina se renueva y avanza, bajo la bandera de la libertad sexual.

Por otro lado, Lipovetsky (1999) argumenta que “el sistema contemporáneo de la belleza no prolonga una lógica primitiva, sino que amplía la lógica moderna del consumo” (p.131), pero no todo queda ahí, él mismo refiere como el feminismo contemporáneo señala en su análisis deconstructivo de la belleza una forma no solo de dominio de hombres sobre mujeres, sino la separación entre ambos sexos y entre mujeres; se convierte en un eterno comparativo de cuerpos donde alguien siempre sale perdiendo, provocando en algunas no solo una herida narcisista, sino el resentimiento y la envidia hacia otras.

Las imágenes superlativas de la mujer vehiculadas por los medios de comunicación acentúan el terror a los estragos de la edad, engendran complejo de inferioridad, vergüenza de una misma, odio al cuerpo (Lipovetsky 1999, p. 138).

Gracias a la cirugía estética, muchas mujeres logran detener el tiempo por un espacio límite considerado, le dan firmeza al rostro, quitan grasa de ciertas zonas para colocarla en otras y levantar el sostén de su feminidad, se convierten en la arcilla o en el trozo de piedra al que el cirujano dará forma con sus manos, éste las mide, marca su rostro y cuerpo buscando señalar las proporciones que puedan comprometer la cirugía en un resultado armonioso. Nueve son los cánones de belleza que según Muñiz (2011), especialistas en cirugía plástica plantean como válidos y son los nueve cánones griegos del arte neoclásico para proporciones del rostro:

Primero, la combinación de la altura cabeza-cara se puede dividir en dos partes iguales; segundo, la combinación de la altura frente-cara se puede dividir en tres partes iguales; tercero, la combinación de la altura cabeza-cara se puede dividir en cuatro partes iguales; cuarto, la longitud de la nariz es igual a la longitud de la oreja; quinto, la distancia interocular es igual a la anchura de la nariz; sexto, la distancia interocular es igual a la fisura de los parpados; séptimo, la anchura de la boca es igual 1.5 veces a la anchura de la nariz; octavo, la anchura de la nariz es igual a una cuarta parte de la

anchura de la cara y noveno, la inclinación del puente nasal es paralela a la línea axial de la oreja (p. 65).

La medicina estética supo emplear la técnica de medición para crear armonía en la reconstrucción o en la elaboración de esos “arreglitos” a los que mucha gente, no solo mujeres, también hombres suelen acercarse para darle mayor valor y realce a su belleza. El cuerpo hace de una especie de rompecabezas que puede armarse con los cuerpos, todas las piezas deben encajar perfectamente para satisfacer la mirada de los/as otros/as. Pero es especialmente la publicidad, señala Lipovetsky (1999), “que dibuja una mujer a trozos, una imagen puzzle de la belleza” (p. 169), es decir, nos muestra modelos en partes, señalando las zonas que deben corregirse, algunas el rostro, otras las piernas, otras más el abdomen, etc.

4.3 Más que sólo ropa...

La belleza no sólo se encuentra asociada a la delgadez, las cero estrías, celulitis o a un rostro libre de imperfecciones, no puede caminar por las calles con el cuerpo expuesto, sería un peligro, un delito y una vergüenza según el espacio en que nos movamos, es necesario cubrirlo y para hacerlo hay que estar atentas/os a las diversas modificaciones que la moda trae consigo con cada temporada, pues, pese a que muchas/os consideran no ser víctimas de la moda, ésta de una u otra forma nos toca, por ejemplo, al momento de ir a escoger un suéter para el frío encontramos los colores que los y las diseñadoras han elegido para las telas, incluso la ropa de aspecto pasado, se define así porque en algún momento fue tendencia, claro que existirán quienes se encuentren más atraídas/os e involucradas/os por estos temas, sin embargo, es verdad que, sea lo que sea que hagamos, a ningún sitio podemos ir desnudas/os y aún más, lo que llevamos puesto será leído por el resto de las personas con las que topamos; por la vestimenta solemos asignar un género a quien encontramos por la calle; se dice masculino o femenino según el color de la ropa puesto en un/a bebé, masculino o femenino si la ropa cumple con ciertas características.

Ésta se encuentra diseñada, en su mayoría, para resaltar la apariencia de cada género. Aunque es sabido también que usar una falda o un pantalón ya no es precisamente señal exacta de que sea un hombre o una mujer quien lleve tal prenda puesta. Entwistle (2002), menciona que la indumentaria esta en vital relación con la creación de la feminidad y la masculinidad puesto que la cultura le añade significados que están vinculados a cada uno de los géneros.

A estos significados no solamente se les encuentra en términos de masculino y femenino, sino que se le añaden términos como *sexy*, *mata pasión*, *atrevido*, *conservador*, *juvenil*, *aseñorado*, entre otros tantos, el estilo y el color que se usa dirá mucho de la persona que se lo pone, y así se cree saber algo de ella o de él.

Se escucha regularmente que las mujeres pasan mucho tiempo eligiendo una prenda o incluso unos zapatos, ¿por qué es que se invierte, aparentemente, tanto tiempo en esa búsqueda? La misma autora relata cómo es que habiendo, antiguamente, puesto tanta atención y vigilancia al cuerpo de las mujeres como un sinónimo de peligro, oculto tras los adornos con que se cubría para engañar a los hombres con su belleza y atraerlos hacía el pecado, se instaurará en ellas con el transcurrir de los tiempos, cierta conciencia sobre su aspecto y el impacto que éste tiene en los otros. Así, ellas parecen poner determinado cuidado en que la prenda que usan sea la apropiada para determinado lugar y momento.

Lamentablemente, todavía se siguen escuchando y leyendo noticias donde criminales sexuales declaran haber atacado a su víctima, porque ellas lo pedían, y justifican esa acción señalando que llevaban una falda o vestido muy corto, ropa muy ajustada o escotes pronunciados. Igualmente terrible, aún existen quienes comentan que las mujeres pueden evitar esos ataques no vistiendo de manera que provoque la lujuria de los hombres. Señalada como una inmanencia de seducción no sólo “se responsabiliza a las mujeres de su propia conducta sexual, sino también de la de los hombres” (p. 184).

Pero esto trae una consecuencia más, puesto que se les atribuye a las mujeres el poder de atraer las miradas y seducir con sus encantos, cuando esto no sucede,

también se genera en algunas de ellas sentimientos de frustración, así que colocada en cualquiera de los dos polos, ella puede resultar culpable. Entwistle (2002) argumenta que para algunos autores como Laver en los cincuenta “la ropa desempeña un papel en atraer al sexo opuesto, especialmente para los hombres que buscan el atractivo en las mujeres” (p. 195), sin embargo podemos observar que en estos días, siguen sosteniéndose esas reproducciones ideológicas.

Resulta absurdo aún escuchar, que se justifiquen violaciones por creer que ellas lo querían, mal interpretando la vestimenta, incluso alegando que les sonreían demasiado. No es natural, pero las mujeres y también algunos hombres, terminan aprendiendo que se vive en una cultura hostil de la que hay que aprender a defenderse con los medios que se poseen, y estos en variedad de ocasiones se refieren a las limitaciones, si se debe o no maquillar y en qué sitios sí y en cuáles no; qué tipo de ropa usar, qué tan corta, cuánto se puede o no sonreír, qué modulación de voz es apropiada, todo esto para no ser mal entendida/o, y no ocasionar una agresión, como si en realidad dependiera de una sola persona, como si la otra parte tuviera de antemano el derecho de agredir.

Y así parece ser consentido por una gran cantidad de personas, entre ellas, responsables encargados del ministerio público, o de algunas otras direcciones, quienes al recibir demandas, preguntan sobre la certeza de los hechos, y de continuar con el proceso de demanda, *ya que es bastante engorroso y normalmente terminan por desistir, deben pensarlo bien, porque hay que presentarse a careos, puede resultar muy afectada la persona demandada, y en caso que terminara presa, al salir puede buscar venganza*. Estos son sólo algunos de los argumentos que emiten en esas instancias las personas encargadas de proteger la integridad física y moral de las víctimas. Ese, es el tipo de seguridad y protección que se brinda.

Resulta lamentable el uso violento que suele hacerse del concepto de belleza en la actualidad, aprisionando el ser mujer en la normatividad estética de un cuerpo, dictada además por un sistema de consumo, donde ya no parecen existir límites, pueden verse en las tiendas ropa para niñas cada vez más feminizada, sus

zapatillas más parecidas a las de las adultas, con un tacón considerable que le permita caminar, y que les son vendidos a las madres y padres sin advertir que el pequeño cuerpo de sus hijas no se encuentra aún preparado para ese tipo de calzado, que su columna puede sufrir desviaciones o adquirir problemas en sus rodillas y postura más adelante.

Pero se crece y se prepara en la noción de que la “belleza cuesta”, y el precio no sólo son las deformaciones que el propio cuerpo puede llegar a sufrir, también las grandes cantidades de dinero que llegan a emplearse en la compra de cosméticos de las “mejores marcas”, de los cuales por cierto, la gran mayoría de mujeres, desconocemos si el tipo de materiales con que se realizan pueden ser nocivos para la salud.

También hay que destacar el uso de imágenes que la publicidad se encarga de difundir, acrecentando la ideología sobre las mujeres como objeto y sobre las cuales, los varones tienen derecho a ejercer poder. Se trata de una aparente lucha de sexos, donde ellas terminan siendo las dominadas sea por la exquisita fragancia de caballero, por haber hecho la mejor elección ética, o sencillamente porque él es un hombre que expresa dominio y seguridad. Como si hubiera un tipo de mujeres educadas especialmente para ser los adornos de esos hombres.

Pero tampoco es posible hablar de que solamente existen las mujeres condenadas a la espera, puesto que hay muchas en movimiento y otras tantas combatiendo sus propias batallas, para renunciar a esa pasividad en la que se les ha encapsulado, buscan puestos profesionales superiores, realizan las actividades que disfrutan, toman decisiones sobre su cuerpo, se deciden a tomar la iniciativa, etc. Se encuentran cuestionando esa aparente posición de subordinación en la que se suele construir la noción de feminidad. Intentan hablar de sí, apropiarse de las maneras en que el lenguaje las deja describirse. Buscan relatar sus cuerpos y la forma como la experiencia las atraviesa. Las mujeres que participan en esta tesis, lo han hecho, han sido escritoras y relatoras de su propia vivencia, de la manera como el cáncer de mama se introdujo en sus vidas y el camino recorrido que involucra devenires, pasando desde la duda, la depresión, la devaluación, etc.

Estados en los que tuvo efecto la manera de percibir la belleza del cuerpo y su relación tan estrecha con las concepciones de feminidad tradicionales. No deja de hacer eco, que ambas participantes pertenecen a un grupo de mujeres que se encontraban en espera de reconstrucción de mama, pero de esto se hablará en el capítulo posterior.

Capítulo III

Cáncer de mama: re-imaginarizando la feminidad

Al hablar de feminidad y la íntima relación con el cuerpo que implica el desarrollo del cáncer de mama, ciertas verdades quedan puestas en cuestión y entonces parece que no todo estaba tan determinadamente dado. ¿Qué duele más, saberse enferma, o percibirse irreal al descubrir cómo una serie de significantes comienzan a chocar contra la imagen que el espejo revela? Y ¿no es esto al mismo tiempo la revelación de la violencia que genera la insistencia en una diferenciación de los sexos? Una violencia hacia el cuerpo de tantas mujeres, que se perdieron en el encuentro con su feminidad; una que es dada como incuestionable, y que tacha como anormalidades o imperfecciones a todo lo que del cuerpo luce diferente.

No hay lugar para la voz de la experiencia femenina, en una realidad que se construye teniendo como punto de partida el falocentrismo, así que lo femenino debe adecuarse a esas concepciones, se vuelve líquida tomando las formas que se le imputan, pero se diluye debajo, sobre y por los lados del molde, habla a través de su cuerpo todo y resiste al sometimiento. Las mujeres que en este capítulo participan, usan también el relato del cáncer como una aproximación a construirse o reconstruirse a partir de una experiencia distinta de su cuerpo y la relación que han establecido con la muerte.

Es importante dar cuenta de que para el desarrollo de esta investigación, se realizó un pequeño taller con duración de 4 horas, al que se convocó a través de una organización civil dedicada a la reconstrucción de mamas en mujeres que han sufrido una mastectomía. No se cuenta con datos suficientes sobre tal organización, puesto que las actividades del cirujano que la dirige, complicaron los intentos de aproximación.

Como dato relevante, quizás convenga señalar que las cirugías de reconstrucción de mama son realizadas en un prestigioso hospital de la Ciudad de Morelia, Michoacán.

Al taller acudieron dos mujeres, la señora M de 45 años de edad y la señora J de 37 años. Ambas expresaron haber aceptado en cuanto se les planteó la posibilidad, puesto que consideran importante poder dar testimonio de su experiencia esperando que a alguien más pueda serle de utilidad, especialmente si se encuentra pasando por una situación similar. El objetivo fue crear un espacio que posibilitara la escucha entre mujeres que han atravesado por la mastectomía y repensar los significados dados a la feminidad a través del encuentro.

Las mujeres participantes construyeron su propia definición de cáncer según la experiencia de cada una. Del mismo modo la han dado, a lo que para ellas representa la autoexploración. Cuestionaron los estereotipos corporales femeninos y analizaron la historia de su imagen corporal antes y después del cáncer de mama. Establecieron a partir de este análisis lo que es su feminidad, para ellas y lo difícil que es darle un sitio en el cuerpo. Es decir, que no está precisamente en los senos. Aunque primero comentan haberse sentido “menos mujer”, o bien no haberle dado importancia a partir de un seno perdido, sino de la posibilidad de “no salir viva”, es decir, de perderlo todo.

Este taller estuvo sostenido en la proyección de videos sobre otras experiencias, que sirvieron para desencadenar más participación. También en un método muy empleado por Françoise Dolto (2010) para trabajar en la clínica con niños y niñas, pero que al tratarse del cuerpo y su imagen puede ser también empleado para trabajar con personas adultas que atraviesan por cambios tan radicales en su anatomía y por tanto en la representación de ésta.

Recordemos entonces, de acuerdo a Dolto (2010), que:

La imagen del cuerpo es a cada momento memoria inconsciente de toda la vivencia relacional y al mismo tiempo es actual, viva, se halla en situación dinámica, a la vez narcisística e interrelacional: camuflable o actualizable en

la relación aquí y ahora, mediante cualquier expresión fundada en el lenguaje, dibujo, modelado, invención musical, plástica, como igualmente mímica y gestual (p.21).

Al respecto, tanto la señora M, como la señora J, realizaron el modelado de una figura cada una, ante la consigna de: modelar o dibujar, cómo es que perciben la representación de su feminidad después de haber atravesado por la mastectomía y la experiencia del cáncer de mama. Ambas eligen el modelado, al que acompañan de un relato sobre lo que ha representado la experiencia y cómo se viven a partir del cáncer. Ambas argumentan que existe un antes y un después, en cuya transición se aloja una experiencia sumamente difícil acompañada de soledad, de miedo, de dolor físico y emocional, así como de la sensación (para la señora M), de no encontrar el camino, buscando (lo que describe como) salidas falsas, entre otras.

Al término del taller, ambas expresan lo importante de espacios de ese tipo, sugieren realizar otras sesiones y animar a otras mujeres para que participen, pues comentan que otras no habían querido asistir porque no se sienten listas.

Sin duda abrir espacios de escucha posibilita el encuentro no solamente con el discurso de otras experiencias, sino con el encuentro y/o reencuentro de las propias palabras que puedan ponerse a la historia, al tiempo que es posible darse cuenta, que cada vez que ésta se relata tiene palabras nuevas y diferentes.

1.- Cáncer de mama y la importancia de la autoexploración en la mujer

Hablar de cáncer puede ser algo común entre las personas, entre los miembros de una familia, un grupo de amigas/os, una unidad de salud, medios de comunicación como diarios, internet, televisión, sin embargo del mismo modo en que circula la información también se van creando en torno a dicha patología diversos mitos sobre lo que es, y su origen. Así que, reconociendo que es un capítulo que intenta relacionar la enfermedad del cáncer de mama con la feminidad se hace necesario un breve abordaje acerca de ¿qué es el cáncer?

De acuerdo a la American Cancer Society (2012), las células normales del cuerpo tienen un periodo de vida donde crecen, se dividen y mueren ordenadamente. Con el crecimiento las células se reproducen rápidamente y al alcanzar la edad adulta, la mayoría de las células solo se dividen para reponer las que se han desgastado, dañado o muerto. Entonces, “el cáncer se origina cuando las células en alguna parte del organismo comienzan a crecer de manera descontrolada” (versión electrónica), pues en lugar de morir, continúan creciendo y creando más células cancerosas, que pueden incluso extenderse a otros tejidos. Cabe destacar que esta acción no la realizan las células normales. Entonces esa posibilidad de invadir es lo que le da la característica de cancerosa, habilitándolas para formar tumores, excepto cuando se trata de leucemia, pues en este caso se encuentran establecidas en la sangre o en la médula ósea. Si las células cancerosas se propagan a otros órganos entonces se le conoce como metástasis. “Independientemente del lugar hacia el cual se propague el cáncer, siempre se le da el nombre del lugar donde se originó. Por ejemplo, el cáncer de seno que se propaga al hígado es aún cáncer de seno, no cáncer de hígado” (versión electrónica). Existen diferentes tipos de cáncer, y cada uno tiene un comportamiento diferente, creciendo a velocidades distintas y responden a diferentes tratamientos. Pueden formarse tumores llamados benignos, que no se propagan hacia otros tejidos y casi nunca ponen en riesgo la vida de las personas, pero sí llegan a causar problemas. El cáncer de mama, es un tumor maligno originado en las células del seno, principalmente en mujeres, aunque los hombres también pueden padecerlo. Vega (2009), recomienda la autoexploración mensual, la exploración clínica anual después de los 25 años, mastografía a mujeres mayores de 40 años de edad, son parte de los factores de prevención que el mismo autor sugiere como substanciales.

Es importante que la mujer encuentre un momento en el que se sienta cómoda para realizar tranquilamente y sin ninguna rapidez, el procedimiento que debe efectuarse cada mes, justo al término de la menstruación. Puede ejecutarse al momento del baño o bien recostada en la cama, eso recomiendan los y las expertos/as. Los pasos para la autoexploración implican, el encuentro de la mirada

con el propio cuerpo, al situarse frente al espejo para observar sus senos y reconocer tanto con la vista, como con el tacto, su textura, su color, sus sensaciones, incluso su movimiento al subir y bajar los brazos.

Sin duda acudir al especialista y realizar la autoexploración, pueden ser determinantes para la salud de algunas mujeres, pero, a pesar de que puede parecer un procedimiento sencillo y que debiera asumirse de rutina, es sustancial señalar, el valor que tocarse o dejarse tocar implica para muchas mujeres; si repensáramos la escena anterior frente al espejo y la imagináramos con los ojos cerrados, podríamos recrear una escena erótica de una mujer con su cuerpo. Y es que existe en los senos un carácter muy erótico que acompaña la representación de algunas mujeres. Tomando además en cuenta, que son una zona en la que existe una gran cantidad de terminaciones nerviosas, y que para algunas será inevitable sentir algo, más que masas anormales o la inexistencia de éstas. ¿Piensan en esto los y las médicas?

Si recordamos también, el valor que se ha dado a los senos, como parte de esa imagen femenina, cuyo cuerpo ha sido estigmatizado y por ende condenado al ocultamiento, para no mostrar la vergonzosa desnudez y el erotismo que proyecta como causa de deseo, podremos también asociarlo a esta complicación que se vuelve para algunas, primero el dejarse ver desnuda y especialmente el permitir que otras manos la toquen. La prescripción médica no se detiene, por supuesto en esto, es posible que se empeñe en pretender separar al cuerpo de su erotismo y asumir que explorar un par de senos, no puede tener repercusiones imaginarias. Pero considero que tanto tocarse, como dejarse tocar puede llevar sujeta para algunas mujeres (pacientes), como para algunos/as médicos/as la experiencia con el encuentro erótico.

Tocarse, o dejarse tocar, no resulta tan sencillo, habiendo considerado lo anterior, sin embargo, ocasionalmente surge el cuestionamiento, en personas cercanas y no cercanas a las pacientes, (por cierto hasta acusante), por la aparente falta de cuidado y atención en que han incurrido pese a toda la difusión que se lleva a

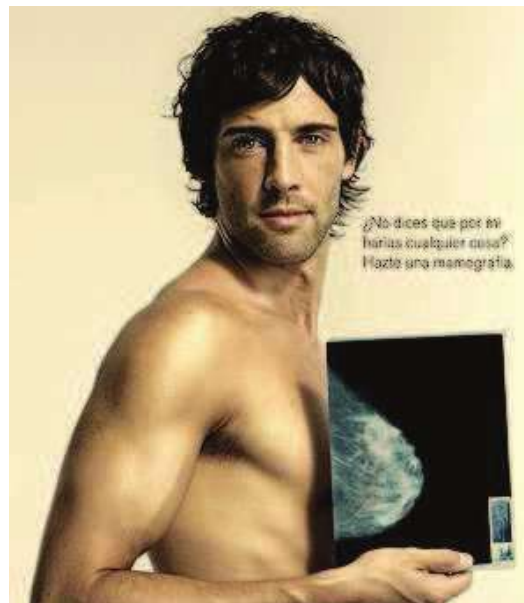
cabo a través de diversos medios. Por ejemplo aquel spot lanzado por las senadoras mexicanas, donde se encuentran simulando que se realizan una autoexploración, y cuyo lema es *“tú como nosotras, vota por la vida. Tócate”* (LXII Legislatura, Senado de la República, 2012). O la frase del sector salud que pregunta: *“¿y tú, ya te examinaste?”*, o bien aquellas imágenes que podían verse tanto en televisión como en anuncios espectaculares con la leyenda: *“¿No dices que por mi harías cualquier cosa? Hazte una mastografía”*, de la Asociación Española Contra el Cáncer (AECC), éste último mensaje se acompaña de quienes se supone hacen del esposo, el hijo y el padre de la mujer a la que se le pide hacerse el estudio.

Como se observa, las revisiones o examinaciones pertinentes que las mujeres se deben hacer se encuentran siendo lanzadas como bombas de contenido moral, que implican salvar lo que se tiene por más valioso, que es la vida, o bien, la familia. Se supone por lo tanto, que las mujeres se encuentran más informadas y pareciera que es más sencillo para ellas prevenir una fase avanzada de la enfermedad. Sin embargo, en aquellas frases, es posible encontrar no solamente un sentido moralista por la vida. Sino un imperativo, un chantaje y lo que parece señalar la autorización social, para (ahora sí), poder tocarse. “Tú como nosotras”, puede indicarnos que, siendo ellas figuras de autoridad nacional, pueden dar permiso, que si ellas lo hacen, pueden realizarlo otras mujeres también; dejan claro que es un voto por la vida, ¿y a quién, sino a las mujeres, se les asocia tanto con la vida?

No podía faltar la pregunta prescriptiva del sector salud, *¿ya te examinaste?*, advirtiendo que lo primero es que exista una autoexploración, una auto-detección y entonces médicos y medicas pueden entrar a diagnosticar y recetar. Sin embargo una testimonio de 27 años (Mariana Ibáñez, fundadora de la campaña “tócate, o te toca”), encontrada en una página muy conocida de videos, da a conocer cómo, a pesar de haberse detectado una bolita y efectuar el recorrido que se indica por las instancias de salud, la juzgan de exagerada, y piensan en remitirla con un psiquiatra por estar inventándose enfermedades. Sin embargo,

después de que esa bolita crece y habiendo recorrido varios hospitales, le detectan cáncer de mama, debiendo extirpar por completo el seno.

En la última frase: ¿no qué por mí harías cualquier cosa? podemos darnos cuenta del uso del chantaje que puede pasar como algo permitido, si se trata de la salud. Pero no es la salud únicamente para ella, sino que nos permite ver, que ésta (la salud, pero también la mujer como ama de casa, como madre, como esposa, como hija, etc.), debe pensarse también en función de otras personas, llámense hijos y esposo en estos videos o anuncios. Como si debiera hacerlo, o tuviera un compromiso, antes que con ella, con otros/as. Es decir que su bienestar debe encontrarse proyectado hacía el bien de los/as demás. Juicio, que se ha visto en los capítulos anteriores, es muy propio del sistema falocrático, por lo tanto, sólo una repetición de lo mismo.



Asociación Española Contra el Cáncer (AECC)

Lo que se pretende señalando todo lo anterior, sobre las imágenes y videos, es cuestionarse, si acaso, ¿habría un sentido más auténtico en realizar campañas que promuevan el autocuidado y la prevención del cáncer de mama, a partir de ellas y para ellas?

Por otra parte, es importante pensar, en las consecuencias que los mensajes, cuando tienen esas implicaciones de valor moral, pueden acarrear en algunas mujeres en las que se llega a desarrollar la enfermedad, y entre estas repercusiones podríamos pensar en un sentimiento de culpa, de encontrarse expuesta por no haber obedecido a la exigencia que se le hacía. Pero también en el acoso, situación en la que hace pensar una de las mujeres informantes que expresa: “una se siente señalada y perseguida hasta con la mirada”. Lo dice, al contar su sentir al inicio de la enfermedad. Ella sí se exploraba, aun así, no hubo posibilidad de salvar su seno. Lo que por mucho tiempo la hizo sentir, que cada persona que la observaba en la calle, estaría viendo hacia su seno faltante.

2.- Un cuerpo ¿de quién?

Tocarse, para algunas mujeres significa una acción cargada de mitos que no le permiten o le dificultan realizarla. Y entre éstos podemos señalar, todo aquello referente al erotismo del cuerpo, que se ha señalado en los capítulos anteriores, como un acceso que para las mujeres fue por mucho tiempo (y lo sigue siendo para algunas), impensable, especialmente al hablar de su cuerpo desde una concepción cristiana, donde -engendrada del pecado y siendo hija de la responsable de perder el paraíso, además de adjudicársele ser la responsable de las tentaciones sexuales del hombre-, sólo puede pensarse para procrear hijos/as con dolor.

Asimismo puede aparecer el temor de sentir algo al encontrarse con su cuerpo, de darse cuenta que en él se generan sensaciones que pueden parecerle agradables y satisfactorias, pero ¿cómo pretender que una mujer toque sus senos a partir de los 25 años de edad, por fines de salud, si durante mucho tiempo atrás, no se le permitió explorar no sólo sus senos, sino su cuerpo entero, enseñándole además que tocarse es parte de prácticas amorales? Pero, que pueda estar prohibido, no significa que muchas de ellas no lo hagan, sin embargo, nos encontramos que al hacer algo que no está permitido, debe entonces resignarse al silencio y por lo tanto plagarse de vergüenza, para algunas.

Por otro lado, la autoexploración también puede implicar el miedo de no querer encontrar ahí, algo extraño que le alerte de un desorden que pueda moverla de cierta zona de confort. ¿Por qué la negativa a reconocer su cuerpo? Es que, pese a moverse cotidianamente con él, parece no ser precisamente suyo y se le trata con cierta extrañeza y desconfianza, sin embargo lo asea y lo decora cada vez que será visto por otras personas.

Si el cuerpo no se asume como propio, ¿de quién es? La filósofa feminista Judith Butler (2006, pp.40-41) refiere en *Deshacer el género*, cómo “el cuerpo tiene invariablemente una dimensión pública...mi cuerpo es y no es mío. Desde el principio es dado al mundo de los otros... es formado en el crisol de la vida social”. Son los otros quienes parecen tener derecho a opinar sobre él, sobre lo que le hace femenino o masculino, un cuerpo atrayente o repulsivo, según la imagen que se proyecta. Señala también en *Cuerpos que importan* que al ser nombrado queda una/o instaurada dentro de un discurso, y al ser llamada/o por un nombre particular, la acumulación de éstos produce un “yo” que no puede despojarse de la “historicidad de esa cadena, ni elevarse por encima de ella y afrontarla como si fuera un objeto que tengo por delante, que no soy yo misma, sino sólo aquello que los demás hicieron de mí” (Butler 2008, p.181). Somos historia armada con versiones de otras, sujetos femeninos y masculinos constituidos a través de palabras.

¿Será tal vez que, por ser construidas en base a otros, es que surge a veces la sensación de ser portadora de una corporalidad ajena? Como el asomo de un saber inconsciente de que ese cuerpo, con el que diariamente una/o se transporta, es a la vez de una/o y de todas/os.

Pareciera que no basta el cuerpo para una misma/o, sino que debe también ser parte del gusto de los otros, quienes sí pueden verlo; podría pensarse en una relación donde unos/as y otros/as nos pedimos, o exigimos poder ver y compartir nuestros cuerpos de tal forma que sean gratos para todos/as. Conviene tal vez recordar ahora, que es sólo a través del otro que se tiene un nombre que

acompaña, insiste la psicoanalista francesa Françoise Dolto (2010), primero en la relación con los padres “y luego con el otro, desde el nacimiento hasta la muerte” (p.40). Nombre dado a partir de masculino o femenino. Menciona Butler (2008) que es mediante una identificación reducida a “tener” o “ser” el falo que se logra la sexuación del cuerpo y con esto la normalización cultural que como hombre o mujer marca lo que ha de ser realizable o no, teniendo como base el sexo.

Pese a lo anterior, ella misma argumenta que:

“Esto de ‘ser hombre’ o ‘ser mujer’ son cuestiones internamente inestables. Están siempre acosadas por la ambivalencia precisamente porque toda identificación tiene un costo, la pérdida de algún otro conjunto de identificaciones, la aproximación forzada a una norma que uno nunca elige... que nos elige, pero que nosotros ocupamos, invertimos y resignificamos, puesto que la norma nunca logra determinarnos por completo” (Butler 2008, p.186).

Se habla pues, de un cuerpo que es dado a la cultura, a ese ámbito que la feminista Marta Lamas (2008) explica como “un espacio simbólico definido por la imaginación y determinante en la construcción de la autoimagen de cada persona” (p. 54), esto orienta en la importancia de lo público del cuerpo, siendo en función de un reflejo que nos construimos, lo que se ve en la imagen del otro es lo que, de alguna manera, espero que se encuentre en la mía, son los otros los que dicen cómo debe ser el cuerpo, y en ese decir que simboliza, se configura una completud imaginaria. Dolto (2010) afirma que “la imagen del cuerpo es aquello en lo cual se inscriben las experiencias relacionales de la necesidad y del deseo, valorizantes y/o desvalorizantes...” (p. 33), esas sensaciones de valorizar o desvalorizar han de manifestarse, menciona la autora, como una simbolización en la variación de la percepción del esquema corporal. La mujer aprende cómo debe ser su cuerpo, y al verse amenazado dicho equilibrio, se pone en conflicto aquello corporal que parece compartido, pero también lo que se considera íntimo, asumido como propio, lo que en el abordaje de esta tesis se podría tratar como lo imaginario de la feminidad.

Cabe entonces cuestionarse ¿qué implica descubrir un cáncer? Las mujeres que han sido detectadas con este padecimiento han tenido que pasar primero por un proceso que implica necesariamente, tocarse o dejarse tocar, y en este actuar, la relación entre los cuerpos, sea con el cuerpo propio o sea con un cuerpo ajeno. Relacionarse con una misma, involucrará la experiencia de vivenciar el cuerpo de una forma distinta, reconocer ciertas zonas de éste, un cuerpo con el que se ha vivido siempre y que de momento puede parecer muy extraño, dado que se aprende a tocar un poco más allá de la piel, percibiendo el tejido del seno y algunos ganglios también, la mujer se instruye en lo que cotidianamente está ahí, de manera que cuando puede sentirse al tacto algo diferente, será inminente asistir al médico y a la realización de los estudios pertinentes.

Se hace necesario asistir a exploraciones clínicas realizadas por una persona experta, lo que requiere ser tocada y mirada por otro, situación que quizá causa cierta sensación de extrañamiento pues son unas manos desconocidas las que se aproximan más allá de lo permitido, las que en cierta medida lastiman e incomodan, que tocan aparentemente sin ninguna emoción, una parte que se encuentra llena de erotismo y atribuciones culturales. Es un cuerpo extraño el que toca, el que evalúa la salud de unos senos, independientemente de la belleza que exteriormente se pueda atribuir a ellos, en ese espacio los mitos de la belleza física no importan, no importa el tamaño, o el color, la textura o la firmeza, la belleza estará dada en función de la salud o la enfermedad.

3.- ¿Es desprendible la feminidad?

Al presenciar la imagen de las amazonas, mujeres descritas por la mitología griega como valerosas guerreras, que debían cortar su seno derecho en la niñez, para obtener un mejor manejo del arco y la lanza, surge la interrogante del ¿por qué escultores y pintores no recrearon la imagen como se describe en el mito? A cambio algunos logran cubrir solamente esa parte, o bien ni siquiera eso, un ejemplo lo tenemos en la imagen siguiente que muestra la escultura de una amazona, realizada por el escultor clásico griego Fidias, en el siglo V. a. C.



Fidias, siglo V a. C.

Entonces, ¿qué es lo que hace tan difícil poder representarse el cuerpo femenino de una forma diferente? No cabe en una misma o en uno mismo, la idea de la propia falta.

Lacan (2008) señala en el Seminario 16 que “tanto para el hombre como para la mujer toda la normatividad se organiza en torno de la transmisión de una falta” (p. 205), de acuerdo a la lógica Freudiana. Tener o no tener. Por lo tanto es importante no perder de vista que ese seno que cuesta trabajo representarse como inexistente, simbolizó también en algún momento el inicio del establecimiento de lazos sociales entre el bebé y la madre, y es calificado como el primer objeto parcial que ha significado una pérdida. No es poca la importancia que en el psicoanálisis se le ha dado a los senos. A partir de la maternidad, Freud (2006) señala en la parte III de *Conferencias de introducción al psicoanálisis* que:

El mamar del pecho materno pasa a ser el punto de partida de toda la vida sexual posterior, al cual la fantasía suele revertir en momentos de apremio.

Incluye el pecho materno como primer objeto de la pulsión sexual; no puedo darles una idea de la importancia de este primer objeto para todo hallazgo posterior de objeto, ni de los profundos efectos que, en sus mudanzas y sustituciones, sigue ejerciendo sobre los más distantes ámbitos de nuestra vida anímica (p. 287).

El pecho materno va cobrando diversas formas en esas sustituciones que no tendrán jamás la posibilidad de recuperar el objeto perdido. Cómo entonces pensar a la mujer sin senos, cuando esta imagen podría implicar entre sus efectos, voltear hacia la huella de la madre castrada y por ende la propia castración.



**Santa Ágata. Francisco de Zurbarán.
Museo Fabre, Montpellier.**

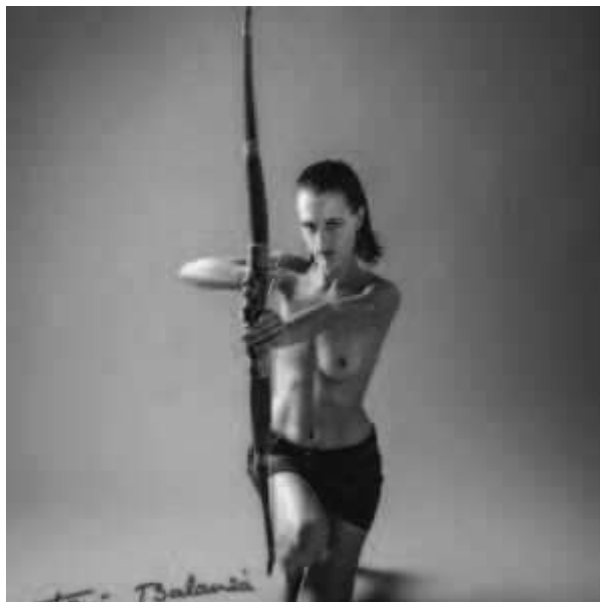
En la pintura, Santa Ágata exhibe sus senos en una charola. Le fueron mutilados, según cuenta su historia, debido a su firme decisión de permanecer virgen para Jesucristo, y oponerse a corresponder sexualmente al senador Quintianus de Catania, quien habiendo fallado en todos sus intentos por seducirla y aprovechándose de la persecución a los cristianos, ordenó que la torturaran y le

cortaran los senos, a lo que ella exclamó: "*Cruel tirano, ¿no te da vergüenza torturar en una mujer el mismo seno con el que de niño te alimentaste?*" fue finalmente arrojada al carbón incandescente hasta que murió. Santa Ágata nos muestra que no puede pasar desapercibida la fuerte relación establecida entre los senos y aquello llamado feminidad, así como con la madre. Por un lado, la frase con la que aparentemente se le recuerda, tiene una connotación que pareciera hacer de los senos, un instrumento universal para la función materna destinada a la alimentación del hijo o la hija, esto al evocar *al seno* de su propio cuerpo, como el mismo con el que Quintianus fue alimentado por su madre.

Por otro lado, no debe haber sido casual que Quintianus decidiera cortar precisamente los senos de Ágata, dado que al hacerlo cortaba también un representante de su ser mujer, una zona de destacado erotismo al que por cierto ella había renunciado en su relación con otros hombres. Pero al mismo tiempo, cortó con aquello que para Ágata, en su frase, se encontraba más vinculado con la maternidad, y al parecer es justamente en eso donde para ella, radica la crueldad y vileza. Resulta peculiar entonces hacer una asociación entre el objeto *a*, y los senos femeninos.

Por otro lado, se nos enseña desde el inicio cómo debe ser la estructuración de un cuerpo humano tanto para una mujer, como para un hombre, así que es probable que aquello que no corresponda con las características obligatorias que permitan entrar en un género o en otro, sencillamente no pueda llamarse humano. Butler (2008), explica que "...la versión de lo humano requiere morfologías ideales y la constricción de las normas corporales. (p.18)" ¿pero acaso la pérdida de un seno en una mujer, la libra de llamarse humana? ¿a qué nueva o diferente especie se pertenecería entonces? Esas formas ideales que nos atrapan en lo normal del cuerpo femenino y masculino son posiblemente responsables de la vergüenza a que se encuentra sometida la mujer que a causa de la enfermedad como el cáncer, debe perder un seno y enfrentarse en muchos momentos, especialmente después de la cirugía, a esa penosa sensación de ser "menos mujer".

Ante un corte queda siempre una huella, una cicatriz, que para algunas mujeres con cáncer de mama, puede significar una marca de guerra, una señal de que algo ha debido darse por perdido, puesto que la batalla que se da, puede requerir de la resignación de un seno, para salvar o continuar en lucha por la vida. Como una amazona, se han dejado mutilar para contribuir a que la quimioterapia o radioterapia, sus respectivas armas, logren controlar y aniquilar al cáncer.



**Amazona Bea Micó "Mujeres Mastectomizadas de Toni Balanzà".
Asociación Caminamos Juntas
Valencia, España**

Un seno es sacrificado, es ofrecido, ¿a quién? Tal vez a la muerte, en un intento de ceder algo, sólo una fracción de sí, que sin embargo representa al mismo tiempo, ya una muerte simbólica, la mujer que resigna un seno, muere un poco de todos modos, quizás sea posible ejemplificarlo con esta frase de la señora M que expresa: *"...fue toda una revolución en mi vida, creo que tuve una muerte espiritual"*; no es solamente un trozo de carne y grasa el que se remueve, es también un trozo de significación de sí misma. No sólo se trata del esquema, sino de la imagen, ambos pueden verse afectados. Entendiendo el esquema corporal como aquél que da soporte a la imagen del cuerpo, es "mediador organizado entre el (la) sujeto y el mundo" (Dolto, 2010, p. 17). Entiéndase la anatomía y fisiología

del organismo, de cuya integridad y/o lesiones, según señala la misma autora, “dependen nuestras experiencias de la realidad” (p. 18).

El esquema se interrelaciona con la imagen corporal, la cual tiene como característica ser propia para cada sujeto, además de inconsciente. La imagen, es lenguaje en movimiento, está relacionada con la historia de cada una/o, según las experiencias de necesidad y deseo, y como se menciona párrafos arriba, de valoración o desvaloración, Dolto (2010) lo aclara diciendo que las...

Sensaciones valorizantes o desvalorizantes se manifiestan como una simbolización de las variaciones de percepción del esquema corporal, y más particularmente de aquellas que inducen los encuentros interhumanos, entre las cuales el contacto y los decires de la madre son predominantes (p. 33).

Habiendo explicado estas diferencias, parece apropiado agregar el argumento que la señora M. da sobre su modelado. Ella realiza una figura humana de apariencia infantil, una niña sin muestras de caracteres sexuales secundarios, vestida con una falda y peinada de dos colitas, y comenta mientras acaricia y observa su obra:

El cáncer para mí fue una experiencia terrible, pensé que mi vida había acabado, me daba miedo mirarme al espejo, ya no me sentía mujer. Pero ahora siento que salió el sol de nuevo para mí, que es una segunda oportunidad y que puedo ayudar a otras mujeres que están pasando por este proceso. Me acerqué a Dios más de lo que lo había hecho antes.

La señora M. nos deja ver en el modelado, un poco, tanto de su esquema, como de la imagen corporal que la acompaña; aquello que ella misma describe como *ya no sentirse mujer*, da cuenta de lo imaginario de la feminidad, su figura infantil carece de todo aquél atributo concebido como parte de una mujer, y, no hay senos; una niña, refiere a la imagen inconsciente y de carácter regresivo, que la nueva realidad de su esquema corporal soporta. Habla además de una segunda oportunidad, después de haber atravesado por la experiencia terrible del cáncer y la mastectomía, a lo que como propia asociación me atrevo a pensar nuevamente

en la imagen de una niña como esa segunda posibilidad de un reencuentro con la feminidad. Cabe recordar que la señora M se encontraba en espera para la reconstrucción de mama, ¿será ese implante, el representante de ese reencuentro con una feminidad, que quizás se sigue asociando a los senos?

La señora J. por su parte, modela una mariposa y agrega unas extensiones en forma de espiral para dar a su obra la intensión de vuelo, y arguye que:

La experiencia fue de impacto, de no tener equilibrio. Pero también fue una experiencia de vida que me enseñó a valorarme como mujer. Que no soy un seno y que si me quitan uno, puedo ponerme otro. Este ser diminuto, ha pasado por todas las adversidades que se le puedan presentar en su vuelo, pero está llena de fortaleza que la ayuda a volar libre, a llegar a su meta. Tiene una conexión con la tierra, la cual siempre la conserva atenta a las adversidades.

Llama la atención que se represente como una mariposa, al parecer, aún en el desequilibrio que menciona, su imagen corporal parece asociarse, como ella misma lo menciona, con una idea de libertad, ¿libertad de qué? Parece que en ella no se encuentra la misma noción de la feminidad que parece afectar a la señora M en su imagen, y que la degrada hasta no sentirse mujer. Parece que la experiencia ha dado a la señora J, la posibilidad de revalorización, a su cuerpo, pero también a su imagen.

Es interesante el razonamiento acerca de los senos como objetos separables y sustituibles, recuerda lo que Lacan (1962-1963/2012), en el Seminario 10 a propósito de un comentario sobre los senos de Santa Ágata en la charola, diciendo que la angustia (refiriéndose a la castración),

Aparece en la separación. En efecto, lo vemos perfectamente, son objetos separables. No son separables por casualidad, como la pata de un saltamontes. Son separables porque tienen ya anatómicamente esa característica de ser algo adosado, porque están ahí enganchados (p. 180).

Si en efecto, como forma de protuberancias, un par de pechos tienen la apariencia anatómica de ser separables, no deja de crear impacto la noticia de la fuerte intervención en el cuerpo, teniendo además como raíz el cáncer. Pero parece que en la señora J. la angustia cobra inmediatamente un sentido dinámico donde la fantasía de sustitución del seno, hace de cierre.

La expresión: “*que no soy un seno*”, sugiere al pensamiento asociarse con el efecto de ser o tener, donde el tener se encuentra vinculado a lo masculino a partir del goce fálico y su relación con la castración; y el *ser*, ubicado del lado de lo femenino, desde una posición donde ella es precisamente quien puede tomar la forma del deseo de aquél. Si pensamos nuevamente en la importancia señalada en los senos a partir de una cultura atribuyéndoles significados de feminidad y maternidad, así como en el poder erótico que atrae las miradas e inspira al deseo masculino de algunos, quizás podríamos notar que la señora J *no es un seno*, es decir no parece instaurarse en esa misma lógica. Ella misma sugiere que su feminidad no es ahí donde se encuentra, su ser mujer no radica en esa zona del esquema corporal, no es precisamente el significante seno, lo que en ella teje su imagen y significado de feminidad.

Un último detalle que llama la atención sobre los relatos de las Amazonas de la mitología, es que aun cuando son reconocidas en su valor y audacia en el manejo de las armas, terminan vencidas por alguien que queda nombrado como un héroe griego. ¿Será que las Amazonas que ahora se describen, (es decir las mujeres que participan como informantes en esta tesis), como aquellas mujeres que intentan ganar su vida, rescatarse a sí mismas del cáncer, siguen siendo deslumbradas y atrapadas, por esa idea que es finalmente resultado de un discurso falocentrista, acerca de la imagen que una mujer debe tener? Esta idea asoma al recordar que ambas mujeres se encuentran en proceso de reconstrucción de mamas. La señora M. dice considerarlo como la oportunidad de recuperar su imagen completa; mientras que la señora J. señala que aunque no era algo tan importante para ella, sí la emociona pensar en que tendrá senos nuevos.

Y por supuesto no puede pasarse por alto la opinión de su cirujano plástico, quien argumenta que la importancia que para él tiene esa labor de reconstrucción de mamas, radica principalmente en que ellas *pueden recuperar su feminidad y con ella la confianza*. De dicha frase, quizás convenga destacar, el aparente valor que él como cirujano está asumiendo, pues no es cualquier cosa aquello de tener el poder de “regresarle la feminidad a una mujer”, sin embargo, él a través de su fundación lo posibilita.

Notemos entonces, en la manera tan natural de decirlo, que discursos como éste se reproducen todos los días, atribuyendo a las distintas zonas del cuerpo, un carácter propio de lo femenino o de lo masculino. En este caso, nos damos cuenta de la manera como se encuentra enlazada la idea de feminidad para este médico, con los senos. Pero también del tipo de slogan con el que opera, prometiendo remendar la herida narcisista que pudo haberse sucedido en la representación de feminidad que cada una tiene sobre sí. Universaliza la feminidad, -puesto que al parecer es asunto de lo mismo, lo que recuperaran ambas mujeres-, aseverando que con los implantes podrán recuperar la confianza, ¿qué confianza? Porque al parecer nos señala, que no tener uno o ambos senos es un motivo que debe dar vergüenza, puesto que se pierde la feminidad.

3.1 Maternidad y sacrificio: ¿se somete la feminidad?

Por otra parte, es importante pensar en el valor que puede ser dado a los senos en nuestra cultura, representando no sólo parte de la feminidad, sino de la maternidad, a la cual en algunos casos, es atribuido un peso de mayor importancia, pero que al parecer mantienen un vínculo importante. Lacan (1972-1973/2008), en el Seminario 20 señala que,

...la función de significante, de hombre y de mujer, no son más que significantes enteramente ligados al uso cursocorriente del lenguaje... la mujer no entra en función en la relación sexual sino como madre” (p. 47),

Y cuyo tapón del a será su hijo. Pero, señala Soler (2010) que aunque el hijo es un posible objeto a,

...pertenece a la dialéctica fálica del tener que no le es propia (...) un niño raras veces permite clausurar la cuestión del deseo... puede obturar en parte la falta fálica en la mujer, pero no es causa del deseo femenino que entra en juego en el cuerpo a cuerpo sexual (p. 51).

Cabe desde luego, la oportunidad de insistir en la diferencia existente entre la feminidad y la maternidad. Un par de senos no te hacen, siendo mujer, un ser destinado a la condición de madre.

Los senos ofrecen a las mujeres la posibilidad de nutrir a sus hijos/as los primeros meses de vida, además de ser una forma de relación con la/el bebé. De esta manera de acuerdo con Dolto (2010), los senos son un objeto parcial, por ser representativos de un ser vivo, además de que permiten que “el sujeto entre en relación mediatizada con él” (p. 34), es decir, a través de éstos, al dar a luz y ser el medio de alimentación y relación con el nuevo ser, la mujer puede ahora llamarse a sí misma madre y a aquél, al que alimenta, hijo/a, el/la cuál a su vez podrá situarse como hijo/a de esa mujer. Los senos, como objeto parcial, cobran con la lactancia, la importancia del inicio de una socialización con un objeto total, la madre, que abrirá paso al reconocimiento y diferenciación de otros. No es quizás en vano, que existan un gran número de imágenes de una mujer amamantando a un bebé, como representación de una madre. Pero qué sucedería si esa imagen fuera presentada con una mujer que carece de senos o al menos de uno, ¿dejaría de hacer de símbolo de una madre?

La psicoanalista Julia Kristeva (2000) comenta que pese a “las libertades que hemos adquirido gracias a la anticoncepción y a la fecundación artificial no impiden que el deseo de la maternidad sea y siga siendo la línea conductora de la experiencia femenina” (p.22), mujeres recibiendo un llamado que se considera natural a la orden de la concepción. Pero concebir no solamente es dar vida, sino pensar el destino de esa vida. ¿Quiero ser madre? puede tal vez, abrir otros

cuestionamientos que involucran tanto a la mujer (como madre), como al nuevo ser en tanto hijo. La misma autora refiere que las mujeres, gracias a la técnica, se encuentran plenamente capacitadas para poder decidir sobre la vida y preparadas para no ser solamente genitoras. Es posible que en este momento pudieran introducirse a discusión, diversos temas al respecto del aborto y la anticoncepción, pues bien, por el momento sólo resaltaré el enorme valor que se le ha otorgado a la vida en sí misma, como Kristeva (2000) menciona, “sin preguntas” (p.23), las mismas que pudieran dar pie a la construcción imaginaria de una historia para la vida que estaría por nacer.

Lo anterior hace pensar en tantas historias de ficción e incluso de la vida real, en las que se presentan experiencias donde al momento de dar a luz, se encuentran en peligro las vidas tanto del nuevo ser, como de la madre, y en donde la madre, pide se privilegie la vida del niño/a. Esto nos remite a la cuestión sobre ese amor y sacrificio maternal, puesto que la propia vida parece dejar de ser importante y se le atribuye un alto valor a la vida que comienza; sin embargo, ¿qué sería de la historia de esa criatura sin su madre? ¿por qué la madre puede permitirse abandonar a su hija/o, a su suerte? Vuelve nuevamente la noción del sacrificio, una mujer que es madre y que puede decidir dar la vida por sus hijos/as.

El sacrificio involucra una ofrenda que tiene por característica, el ser cedida con una implicación dolorosa. Algo que realmente cuesta trabajo dejar o hacer. El sacrificio se encuentra vinculado a lo sagrado, casi como las mujeres. Parece que al hablar de lo anterior, se encuentra de inmediato una correspondencia. Y aparecen aquellas que, como se ha mencionado ya, deben resignar una parte de su propio cuerpo, ceder ante la violenta noticia del padecimiento y además la mutilación, a fin de buscar conservar la vida. Este sacrificio, cobra aparentemente un sentido inmediato que no todas piensan demasiado, qué es finalmente una pequeña parte a cambio del todo que puede significar la existencia.

Pero la noción de sacrificio no puede aparentar tanta sencillez, si no, no sería una fase tan dolorosa para muchas mujeres- La señora M. comenta: “*a mí me afectó*

más en mi feminidad, porque yo ya había sido madre, ya había amamantado a mis hijos...me sentí mutilada, que ya no era mujer”. Insistiré entonces en que, con la cirugía, para alguna mujeres, se va un trozo de lo aprendido a llamar feminidad, y con ella su erotismo, una representación de belleza, de sensualidad que durante tanto tiempo ha estado acompañando a las mujeres, aunque no de igual manera.

Kristeva (2000) habla de cierta porosidad de las mujeres, refiriéndose a la realidad interior que no se somete al cuerpo, ni a aquello que lo reglamenta, si bien es cierto que parece sacrificarse un monto de algo más con el seno que se remueve, también es cierto que, eso que se cede, puede no ser todo y así parece también señalarlo la señora J. al hablar de su experiencia al enfrentarse al cáncer:

Para mí el cáncer y perder mi seno fue una experiencia de vida, aprendí que yo no era nada más esa parte de mi cuerpo, por eso nunca acepté que me vieran decaída. Sí me entristecía mucho y a veces no quería salir de la cama, así pase una semana, no quería que la gente viera que ya no tenía cabello. Te ven con mascada y todos suponen que tienes cáncer y te vas a morir.

Ellas siguen participando del erotismo que se encuentra en cada milímetro de piel, éste no queda completamente sometido, entendiéndolo como parte de la realidad interior, ésta “no se deja sacrificar fácilmente” (Kristeva, 2000, p. 26). Habrá algo que insista en atravesar el mismo cuerpo, las sensaciones que en él se producen no lo abandonan, en cambio tal vez sí, cuestionan. La señora J expresa sentir su feminidad: “*en todo lo que mi ser quiere proyectar*, está en cada milímetro de mi ser”.

Viene a la mente una escena de la película *Fuego*, donde una mujer ama de casa (representada por Kim Basinger) mutilada por haber padecido cáncer de mama, mantiene un encuentro sexual con su amante, ella no permite que él vea o toque aquella cicatriz, se avergüenza de esa zona, sin embargo él, le menciona que a él puede gustarle, lo que continua es el efecto de aquella demanda, ella le muestra su cicatriz y con lágrimas en los ojos se deja acariciar por el hombre. Se trata tal vez, de una resignificación de ese sitio donde se encontraban albergados

recuerdos dolorosos, ¿será quizás un reencuentro con el erotismo, sin privarse de un espacio que parece mínimo? Pero que entraña una enorme significación en el imaginario femenino. A propósito de esta escena podemos recordar nuevamente a la señora M quien comenta que la importancia de haber perdido su seno afectó más directamente a su feminidad, ella parece proyectar en sus senos esa relevancia. Su esposo ya no quería estar con ella, según comenta, fueron momentos duros en la intimidad, asunto del que se sentía responsable. Lo que por otro lado también hace pensar en una especie de responsabilidad que algunas mujeres suelen asumir para atraer sexualmente a su compañero, como si en sus cuerpos se encontrara la clave para encender y mantener el erotismo de éste. Pero no habrá que perder de vista que tanto la señora M. como su esposo perdieron algo distinto cada uno y una. Ella una porción de sí, un trozo de algo que acompañaba a su feminidad y él, algo propio de su fantasía.

4. El mal y las condenas del cáncer

Pensar en el mal, suele remitir a la idea del bien. Lo bueno se encuentra regularmente asociado a lo positivo, al orden, a la salud, a la abundancia, al amor, incluso a la fe y a otros aspectos que pueden tener implícitos un carácter religioso. Bien y mal, pese a su aparente polaridad, pueden encontrarse asociados, no existe el uno sin el otro, se encuentran engarzados en una continuidad a la que sin embargo se insiste en separar, cual agua y aceite. El mal se encuentra asociado a todo el desorden, la carencia, a lo negativo, a todo lo que pueda asociarse como parte de una maldición, entendiéndola como un mal que llega del exterior, provocando probablemente el caos o algo muy parecido a ello. La enfermedad, llega en algunas ocasiones a ser asumida como un mal, algo que pone de manifiesto un defecto, el desorden, un caos en el organismo. Al que además cuesta trabajo asumir como algo que se encuentra siendo parte de una/o misma/o.

Considero que el cáncer puede tomar ese estatuto de mal, una especie de maldición. En principio, el cáncer no siempre es visible ante la mirada de quien lo

padece, aún si llega a percibirse algo distinto; la comunicación de la enfermedad es dada por otro, alguien a quien se le atribuye el saber y el poder de enunciar lo que sucede en el cuerpo. El médico oncólogo confirma o descarta el diagnóstico, pero en sus palabras, regularmente usa el término de tumor (o tumoración) maligno o benigno. Él mismo otorga la cualidad de mal, y entonces, las palabras llegan hasta las pacientes como una maldición que acarreará una condena: “¿por qué a mí? si en mi familia no ha habido cáncer”, es la respuesta de la señora M al recibir la noticia; “¿pero por qué yo?” son las palabras emitidas por la señora J, ambas frases pueden cuestionar el haber sido elegidas por una exterioridad para ser las depositarias de ese mal.

Pero Sichère (1997) menciona que:

...la fe ordena la vida de todos sobre la base de un vigoroso discurso que permite al sujeto cristiano concebir el nacimiento, el sufrimiento, la muerte, el mal y la esperanza (p. 123).

Este mal, el cáncer de mama en esta tesis, enciende también la esperanza. Una que quizás cabe en un primer momento, en la expectativa al recibir el diagnóstico. Se tiene una noción de éste, sin embargo, no siempre se está completamente segura de lo que se puede escuchar. Debe existir entre este momento de la expectativa y el de conocer el diagnóstico un momento anclado a la angustia.

Lacan (1962-1963/2012) en el Seminario 10 comenta que:

La angustia es este corte que se abre y deja aparecer... lo inesperado, la visita, la noticia, lo que expresa tan bien el término presentimiento, que no debe entenderse simplemente como el presentimiento de algo, sino también como el *pre-sentimiento*, lo que está antes del nacimiento de un sentimiento (p.87).

Ambas mujeres participantes en esta tesis, comentan no sólo su experiencia, sino lo que han escuchado de otras experiencias, encontrando cómo se repite la

pregunta ¿por qué a mí?, señalando lo imprevisto de la noticia, pese a llevar un aparente conocimiento de la posibilidad de un cáncer, el diagnóstico cae en lo inesperado. Ese pre-sentimiento que señala Lacan, es el espacio de la angustia que de algún modo apunta a una certeza, la de ser diagnosticada con cáncer, pero es una noticia contra la que se lucha. “La angustia no es la duda, la angustia es la causa de la duda” (p. 87). ¿Cuál es esa certeza que según Lacan existe en la angustia? ¿Será tal vez, la noción de la muerte propia que se mira brevemente en estos casos?

Pero una vez que el mal ha tomado un nombre, llámese cáncer de mama, las pacientes también aguardan una solución, y en base a las posibilidades toman decisiones que someten al cuerpo. Cohen (2013) señala que “cada época enfrenta de forma particular el problema del mal”... (p.65), las plagas mencionadas en la biblia fueron consideradas un mal, una maldición sobre el pueblo, Sichère (1997) nos dice que la peste y las guerras han sido también consideradas males, de acuerdo al dispositivo simbólico que ha operado en el tiempo. ¿Puede pensarse en las enfermedades graves que pueden ser terminales como el cáncer y las crónico-degenerativas como males que azotan en nuestro tiempo?

Cohen (2013), menciona que la reflexión acerca del mal concebido en las mujeres que alguna vez llamaron brujas dejó “mucho que desear”, y que “el efecto de la ‘solución final’ es simplemente brutal” (p.65). El mal, nacido en los senos de quienes padecen cáncer de mama, también debe ser extraído y puede ser experimentado de manera violenta. Sichère (1997), argumenta que:

“Nadie cree que el mal sea una sustancia idéntica a la enfermedad, que pueden curar el hierro y los ungüentos... pero se cree que únicamente la violencia de un rito ostentativo puede responder a la violencia de una condenación”... (p.135)

A esto se suman las consecuencias que son vividas como impactos violentos para muchas de ellas: la caída del cabello es prácticamente inevitable, así que el uso de mascaradas o pelucas acompañan también a las pacientes atrayendo, como

menciona una de las informantes, las miradas de compasión de otras personas, que se atreven a pensar “*que morirás*”. Y es que pensar en la muerte del otro, resulta ofensivo cuando se trata de quien padece una enfermedad, nadie quiere morir y nadie tiene el derecho de asociarlas a la muerte. Freud (1915/1996), menciona que debemos a la naturaleza una muerte y hay que estar preparados para eso, sin embargo, nos dice que “en el fondo, nadie cree en su propia muerte” (p. 290), por lo tanto existe una tendencia a la negación de ésta que incluye no hablar al respecto, especialmente si quien parece estar condenado se encuentra presente, así que “el adulto cultivado no imaginará la muerte de otro ni siquiera en el pensamiento sin considerarse a sí mismo desalmado o malo” (pp. 290-291).

Ahora bien, ¿A qué condena el cáncer de mama? tal interrogante puede responderse únicamente por cada una de las mujeres que se encuentran padeciéndolo. Y al respecto la señora M. relata haberse encontrado muy sola, sin sentir el apoyo de su familia, entre ellos y ellas su esposo, se sintió abandonada, señalada, culpada, lo que de acuerdo a sus palabras, la sumió en una fuerte depresión, que la llevo al consumo excesivo de alcohol, “buscando falsas salidas”, mezclando alcohol y pastillas, asegura que su único deseo era permanecer dormida, no menciona la muerte, únicamente dormir. “*Es que el cáncer afectó mi imagen y autoestima, me daba miedo enfrentarme al mundo*”, señala. Estas manifestaciones de su intenso deseo por mantenerse dormida, recuerdan a Dolto (2010) quien respecto a la pulsión de muerte argumenta que:

Las pulsiones de muerte predominan durante el sueño profundo, las ausencias, el coma. No se trata de deseo de morir, sino de descansar.

Las pulsiones de muerte se caracterizan por carecer de representación residual de relaciones eróticas con el otro. Son propias de un cuerpo no alertable por el deseo. Las pulsiones de muerte incitan regularmente al sujeto a retirarse de toda imagen erótica, como en el sueño profundo... (p. 31).

La señora M. nos da quizás más vías para pensar en ese dominio cobrado por sus pulsiones de muerte, cuando ahora según ella superada la experiencia amarga, puede representarse aquel episodio de su vida, como una muerte espiritual, de la cual salió -menciona- gracias a su acercamiento a Dios. Es tal vez, el sólo acontecer de esa posibilidad, de darle un nombre a la experiencia que antes no podía sostener (en su miedo por enfrentarse al mundo), lo que nos permite pensar en una resignificación de la experiencia; además de aquello que manifiesta: *“siento que salió el sol de nuevo para mí, que es una segunda oportunidad y que puedo ayudar a otras mujeres que están pasando por este proceso”*.

La oscuridad de la experiencia parece no estar más, salió el sol, inviste nuevamente el exterior, se acerca a Dios con una espiritualidad que expresa no había conocido antes, se fortalecen sus pulsiones de vida en una segunda oportunidad que la hace además poder ayudar a otras mujeres.

“Soledad No Querida y Pérdida de Control” (Lessana, 2010, p. 10), son los dos síntomas del cáncer que aparecen descritos por Catherine Lord, en *L’été de Sa Calvitie, une improvisation du cancer*, donde relata su experiencia con el cáncer de mama, y que de alguna manera deja ver, cómo estos síntomas parecen venir junto con el diagnóstico. Lo hemos escuchado en la señora M. y también en la señora J., quien expresa haber pasado días en cama, sin desear salir, obedeciendo también a esa pérdida de interés por el exterior, ella no quería ver sufrir a su familia, así que prefería guardar silencio sobre lo que sentía, a lo que pronto comenta hallar la solución de fortalecerse, porque ella no era un seno, ni un par de senos, no era el cáncer, contrario a lo que Catherine Lord expresa de su experiencia al sentirse percibida por los y las otras: “Yo no tengo el cáncer, yo soy el cáncer. Yo soy el problema, la intrusa, una rama a podar” (p. 11). La condena puede hallarse en el propio diagnóstico de cáncer si se piensa, en la serie de consecuencias que acarrea la enfermedad.

Soledad no querida, dado que, pese al acompañamiento que pueda tenerse, seguirá siendo una experiencia que atraviese únicamente la subjetividad de aquella que la enfrenta.

El drama y la violencia que implica ser sometidas al tratamiento, así como al corte de la mama y al impacto con lo que la realidad golpea, quizás pueda reflejarse un poco en una frase emitida nuevamente por Catherine Lord en su libro *L'été de Sa Calvitie. Une improvisation du cancer*, libro retomado ahora por Larramendy (2008), en la revista Litoral de donde retomo un pequeño fragmento:

Cuando se tiene cáncer el mundo se hunde, luego uno se da cuenta de que lo puede reconstruir pero no lo quiere reconstruir exactamente de la misma manera (p. 53).

Puede observarse también en las mujeres que participan en esta tesis, cómo algo de su experiencia queda deshecho para volver a ser reconfigurado en un sol que sale nuevamente para la señora M. en una segunda oportunidad que ambas describen como la posibilidad de hacer algo por otras mujeres, o como para la señora J. quien menciona que el cáncer ha sido también:

Una experiencia de vida que sirvió para darle un sentido real y humano a mi existencia y me ha enseñado a valorar cada instante y objeto por mínimo que sea. A valorarme como mujer y a agradecer a mi familia su acompañamiento.

Parece que algo se reconstituye, tocando en parte lo real de la vida, tomando en cuenta que eso real y humano, nos convierte en mortales. Pero además, acompaña la figura de sus propios cuerpos, su manera de representarse: una mariposa, una niña.

Un ejemplo más es dado en otra obra titulada *A dialogue on love* de donde Viltard (2008) relata un poco acerca de la vergüenza, tema que retomaré párrafos abajo; por el momento selecciono una frase que nuevamente expresa lo violento de la

experiencia del cáncer, así como cierta sensación de fragmentación: “if I can fit de pieces of this self back together at all” (p. 27).

Si bien, estas frases dejan ver la brusquedad con que se enfrentan al padecimiento algunas mujeres, también sea posible notar que aquello que se recibe violentamente, puede resignificarse, pues hay la manifestación de no querer reconstruir de la misma manera; incluso cuando han tomado la decisión –como es el caso de las participantes- de reconstruir la mama, puesto que hablar de reconstrucción, implica de por si la novedad, algo distinto a lo que era. Algo sucede con la representación que han hecho de sí mismas. Y ésta modificación es quizás, la que las mueve a realizar nuevas acciones en favor de mujeres que se encuentran padeciendo la misma situación, solidarizándose con diversas causas, desde fundaciones enfocadas a brindar ayuda económica para diversos procedimientos, tales como acceso a hospitales, cirugías, estancias, etc., hasta la creación de diseños de ropa interior con las características del nuevo esquema corporal, e incluso exposiciones fotográficas donde se permite a las mujeres presentar su cuerpo, posibilitando quizás, una resignificación de éste.



5. Vergüenza: ocultamiento de la voz de la experiencia femenina

Suele repetirse el pronunciamiento de ser menos mujer después de la pérdida de uno o ambos senos, y con esto se alcanza a asomar también una implicación de vergüenza, si tomamos en cuenta que esta palabra se encuentra asociada a varios significantes como dignidad, timidez, miedo, exposición, pena, etc. Hace recordar, en cierto sentido, que algo no está completamente bien, en orden, que no hay suficiencia de algo o que algo ha sido bloqueado, roto tal vez. Lo que lleva a la irritación, pone por instantes breves frente a la realidad de una circunstancia que puede ser al mismo tiempo familiar y extraña. Algo que sucede en el cuerpo, por lo tanto es parte de la experiencia propia, pero al mismo tiempo es nuevo y además inesperado e indeseado.

Intentando aproximarnos, aquí un pequeño fragmento de E. Kosofski Sedgwick citado por Viltard (2008) en la revista Litoral, Kosofski refiere una experiencia tras la caída de las Torres Gemelas en 2001, señala que:

...viví, repetida de manera cotidiana una experiencia extraña...Al dar la vuelta en una calle que va hacía la quinta avenida, incluso al ir hacia el norte, me sentía obligada a mirar primero hacia el sur en dirección del World Trade Center, hoy desaparecido. Este inexplicable vistazo furtivo estaba asociado a un deseo consciente: que mi mirada hacia el sur fuera bloqueada fuera bloqueada nuevamente por el espectáculo familiar de las Torres Gemelas de antes del 11 de septiembre... pero evidentemente y por siempre, las torres ya no estarán más ahí. Entonces mientras me alejaba, lo que experimentaba era vergüenza... la vergüenza tenía que ver con la desdichada visibilidad de la ausencia de las torres.

Ella misma explica esta situación a partir de la interrupción de una identificación, lo que provoca la sensación de aislamiento y el deseo de reconstruir lo familiar. ¿La vergüenza pone entonces en evidencia una aproximación a cierta soledad, cuando queda obstaculizada la continuidad de la identidad asumida? ¿Será acaso que la vergüenza puede abrir un cuestionamiento que potencie el desafío que la pérdida

de un seno puede representar a la feminidad? ¿Ser menos mujer puede representar una discontinuidad en la identidad, al perder del horizonte las huellas que la tradición cultural vigente impone? La vergüenza, menciona Kosofski, está ligada al sentido de lo que uno es y lo agudiza.

La visibilidad de la ausencia, es algo a lo que se enfrenta también la mirada de aquellas/os que saben que en ese cuerpo falta algo, sin embargo, desvían la mirada intentando disimular, al tiempo que buscan discretamente el encuentro con esa parte, ¿qué buscan ahí, la confirmación de que es posible la falta o la negación de la misma?

“La representación de las mujeres sin pechos no existe” (p. 69), señala Larramendy (2008), lo que causa el sufrimiento de muchas mujeres, ¿cómo puede el cuerpo reconstruirse de otro modo? Se pregunta la autora a propósito del cáncer de mama, mientras relata cómo Gabriela Liffschitz se autorretrata, tras una mastectomía, intentando hacer algo con el cáncer y una falta de definición en la que ella se encontraba, siendo sus fotos “el pasaje de los efectos corporales de una mutilación a la elaboración estética de una mutación” (p.57).



Gabriela Liffschitz (2003)

Sin embargo, comenta Larramendy (2008), citando a David W. Foster, -quien escribe un ensayo sobre las imágenes de Gabriela- que aunque ella desafía los

códigos fotográficos de Playboy cuyas normas no permitirían que un cuerpo como el suyo fuera fotografiado:

El choque causado en el espectador por el descubrimiento de la devastación que el cáncer ha producido en su cuerpo, hace de ella una mujer cuyo cuerpo cae como imagen erótica, un cuerpo doblemente vergonzoso, por la enfermedad y por la intervención quirúrgica realizada para detener el avance de esta enfermedad (p. 63).

¿Qué señala lo doblemente vergonzoso? Al parecer, si deja de ser un cuerpo cuya imagen pueda representar erotismo ante los ojos espectadores, entonces se convierte en vergüenza, pero parece que ésta, no surge en este caso de ella misma, (que por el contrario, intenta recuperar-se como un cuerpo erotizado), sino de aquellas miradas que lejos de encontrarla como una mujer-erótica-femenina, la categorizan como un cuerpo devastado, una imagen de mujer destruida a causa del cáncer de mama. Pero estos efectos que aparecen en la idea de destrucción, nacen evidentemente de las ideologías totalizantes de género; si no aparece una representación de mujer sin senos, es porque no cabe en la cultura tal concepción, ni siquiera cuando se lanzan tales imágenes que pudieran abrir esa posibilidad, puesto que ellas quedan reducidas de todos modos a mujeres incompletas, enfermas, mutiladas.

Larrameny citando a Gabriela señala:

El equívoco consiste en pensar que la imagen anterior no es construida, y eso no es así... si no se reconoce que siempre hubo una construcción, cuando ésta se desvirtúa, falta la capacidad de volver a construir. No se trata de convertir en trascendente la experiencia de la caída de un modelo anatómico “completo”, sino de señalar que ese modelo anatómico “completo” es también una ficción (p.62).

Parece que en el cáncer por sí mismo, existe algo de vergonzoso cuyo efecto es contagiado a quienes rodean a la persona que lo padece, quizás como

consecuencia de la tendencia de aproximar, a quien lo sufre, a la muerte. Munro (2014) hace una comparación de lo vergonzoso del sexo con lo vergonzoso del cáncer, en un relato donde siendo adolescente, por palabras de su madre, se enteró, que fue expuesta en una cirugía a la extirpación de un tumor, del cual prefirió no saber si era maligno o benigno, y es que menciona:

El sexo era vergonzoso, pero sin duda encerraba algunas satisfacciones; desde luego nosotros las conocíamos, aunque nuestras madres no estuvieran al corriente. En cambio, la mera palabra cáncer evocaba una criatura oscura, putrefacta y hedionda... (p. 287)

Si, efectivamente ya hay algo penoso en el cáncer, (entendiéndolo como algo complicado, difícil), dado por las concepciones de aproximación a la muerte; la vergüenza, puede pensarse si sumamos la asunción que se hace del cuerpo como algo dado por la naturaleza, de una forma invariable para hombres y para mujeres, puesto que entonces, podemos pensar en que la pérdida de uno o ambos senos como una acción devastadora, gestada en una lucha con la muerte en la que, como se ha mencionado ya, se ha debido perder una parte que parece absolutamente constitutiva del sexo femenino.

Hay que recordar que, ante el modelo masculino de completud, la efigie femenina termina siendo una representación aparentemente atrofiada. Tal atrofia sugiere cierta inferioridad, por la que, reconocidos hombres de la historia, atribuyen menor inteligencia a las mujeres, por lo tanto incapacidad para realizar funciones de Estado y cualquier otra actividad que implique destreza intelectual, así que eso las hace, según ellos, más dependientes. Incapaces, dependientes, atrofiadas, sólo hechas para la reproducción y poseedoras de un sexo insaciable que requiere ser sometido y con él, la experiencia femenina. La vergüenza, al parecer se encuentra enlazada desde esa noción de atrofia que el discurso masculino se ha encargado de arrojar sobre el cuerpo de las mujeres; como “Aristóteles al señalar que sólo el hombre disponía de suficiente energía para desarrollar partes sexuales completas o Galeno que veía al genital femenino como un genital masculino invertido” (Sanyal, 2012, p. 8).

¿Por qué no reconocer la existencia de otro sexo? ¿Puede acaso pensarse en el temor a la castración como motor inicial de esta negación? Si todo ha sido pensado, tomando como figura central lo masculino y luego procurando adecuar lo femenino al respecto, ¿cómo puede hablarse de reconocer a las mujeres castradas desde el inicio? O bien, que ellas se reconocen de esta manera. Parece que al hablar de castración se lo hace a partir del reconocimiento del temor masculino ante la percepción de otro sexo, pero no precisamente sobre lo que falta, puesto que ahí no falta nada.

¿Cuánto se ha dejado hablar o se les ha escuchado a las niñas acerca de lo que pueden decir sobre su sexo, cómo lo experimentan, qué palabras le ponen? ¿Cuánto se les ha cedido la palabra para expresar a partir de sus propias deducciones lo que ven, sin pensarlas en función de un órgano masculino? Si acaso se objetara la necesidad de la dialéctica de los sexos para poder hablar de ellos, me gustaría entonces saber, por qué todo se ha explicado en torno a uno solamente, el masculino, estableciendo como única relación con el femenino su negación. Al respecto Sanyal (2012) señala que:

En rigor, deberíamos decir que el discurso occidental no está basado en la dualidad de los sexos sino en su unicidad, puesto que ha fijado un sexo, a saber el masculino, y únicamente ha construido el femenino en oposición a él. Con ello, la mujer era la portadora de la diferencia entre los sexos, la –poco valiosa- desviación de la norma y –puesto que un ser humano completo sin pene era inconcebible- la castrada (p.22).

La misma autora nos relata cómo se ha dado, a las partes genitales femeninas, nombres cuyos significados hacen referencia a la vergüenza, o bien son llamadas vergüenzas. La palabra *fica* por ejemplo, que designa en latín y griego antiguo al higo (fruto que en algunas versiones aparece como el fruto prohibido), también designaba a la vulva. De esta raíz surgen *ficken*, (en alemán follar), en inglés *fuck* y el adverbio *feige* (cobarde) que en alemán medio alto, nos dice, también significaba “lascivo”, “cachondo” y “desvergonzado”. Menciona la autora, que aún se conserva la palabra vergüenza para referirse, por ejemplo, en alemán, al

triángulo púbico que es llamado “*Schamdreieck*, literalmente triángulo de la vergüenza” (p.56). También “Isidoro de Sevilla (560-636) utilizó la palabra ‘*inhonesta*’ para aludir a los genitales femeninos: las formas que no se pueden nombrar de forma honorable. Y ‘*pudendum*’ (partes pudendas), aun en uso en el inglés, proviene del latín ‘*pudere*’ <<avergonzarse>>” (p. 56).

Sanyal refiere que *fotze* (coño), en el dialecto del sur de Alemania y en el Berlínés, “es todavía sinónimo de boca... Halt di fotz, significa <cállate> (literalmente cierra el coño)” (p.75). Ahora bien, Eva recibe “el fruto prohibido por Dios”, que según las interpretaciones es un higo o una manzana y cuya importancia también radica en su simbología de la vulva y el inicio del pecado original. Si intentamos hacer una asociación entre estos elementos, tenemos que Eva recibe la manzana (o higo), símbolo de la vulva, y con este hecho un acceso al conocimiento, sin embargo, se la señala como culpable de perder el paraíso y al mismo tiempo negando su sexo, ocultándolo, vedando a las mujeres explorarlo, signándolo como algo negativo y vergonzoso. Pero además hay una relación etimológica con la boca, orificio por el que el lenguaje es articulado y se posibilita dar cuenta de la experiencia. Podemos decir entonces, que existe, por asociación, un silenciamiento forzado a las mujeres, sobre nuestro sexo, y si no es posible nombrar aquello que es parte constitutiva de nuestro cuerpo, ¿cómo hablar entonces de nuestro propio goce?, hay un silenciamiento de la feminidad asociado a la vergüenza de permitirse hablar, porque se les hizo creer que la voz era solamente masculina, se condujo al sometimiento. Sin embargo, la feminidad no se deja someter por completo, busca sus propias formas de posicionarse, de expresarse, incluso a través de todo el cuerpo.

Ese intento de ocultar un saber sobre el propio sexo, bajo el acuse de la vergüenza de una falta, que no es tal, nos deja ver, cómo el asunto de la castración refiere quizás, más a una aproximación masculina, Lacan (1962-1963/2012) nos dice a propósito de la angustia y el deseo que:

Lo que en el caso de la mujer hay para dejar ver, es que hay, por supuesto.
Si no hay gran cosa, es angustiante, pero es siempre lo que hay, mientras

que para el hombre dejar ver su deseo es esencialmente dejar ver lo que no hay (p. 208).

En lo femenino se trata de lo que hay, no existe ninguna ausencia que ocultar. ¿Qué había por lo tanto, en el decir de las mujeres, que era tan necesario silenciar? ¿Qué amenazaba tanto en su voz, palabras y sexo a los hombres?

Sexualidad y cuerpo han sido equiparables a la vergüenza, el conocimiento a partir de la experiencia femenina también y por lo tanto ha sido condenada al silencio, un saber sobre el cuerpo, sobre su sexo, lo que la hace otra y no solamente el resultado de ser un hombre sin pene.

¿Qué es pues, ser menos mujer? ¿Será que esta sensación permita ser menos, sólo en el plano de la construcción femenina ideológica del falocentrismo? Si así fuera, sería posible pensar en que cabe la oportunidad de hacer de una, otra, a partir de la nueva imagen reflejada después de una mastectomía.

Conclusiones

Pensando en cómo iniciar este apartado, he decidido concluir del mismo modo como inicié la tesis: asociando ideas. Método que fue cobrando suma importancia, al trabajar con el diario de hallazgo, puesto que de este, se lograron desarrollar la mayoría de los temas de esta tesis. Lo primero que viene es el recuerdo de ésta que escribe, llegando a una de mis primeras asesorías y entonces, al mostrar mis notas a esa mujer que tanto admiro, me apena darme cuenta que están hechas sin ningún orden, algunas escritas de forma normal, otras de abajo hacia arriba, o en las orillas de la hoja, incluso en diagonal. Le digo a mi asesora: lo siento, soy un desastre. ¡Cómo voy a poner mis ideas en orden, si ni siquiera puedo escribir con orden! Y la respuesta fue, además de una sonrisa cálida y tranquilizadora, algo así como: ¡Pero Liz, eso es algo muy femenino!

Ahora, recordando esta anécdota, pienso en lo femenino y en lo que en muchas ocasiones se articula en el desarrollo de esta tesis, como justamente la resistencia de lo femenino al orden preestablecido de la ideología de género, a la norma que establece lo propiamente femenino y lo propiamente masculino. No es desorden, lo pienso hoy, es resistencia.

Y entonces habrá que comenzar por recordar el primer capítulo de esta tesis, cuyo propósito era indagar en la construcción de la feminidad. No pensarla como algo dado de manera natural, y donde justamente encontramos que ésta construcción, surge a partir de establecimientos culturales que norman, incluso desde antes del nacimiento, lo que como femenina o masculino, se ha de ser. Cada sexo ha de apropiarse o no, de su género. Pero lo femenino, se topa con el inconveniente de ser una construcción que parte de una ideología establecida a partir del discurso masculino, y si el pensamiento científico tiende a desarrollarse rodeando ese centro, no resulta tan extraño que tiempo después se haya iniciado una persecución tan ardiente sobre aquellas mujeres que por su cercanía con la naturaleza y sus elementos, además de tener conocimiento de su cuerpo, fueron

llamadas brujas, cercanas al diablo, atribuyéndoles poderes mágicos aparentemente temidos por los perseguidores.

Así que teniendo una calidad de desconocida, de ajena, de extraña se le relaciona con el engaño y la mentira; capaz de poder realizar actos malignos, por supuesto relacionados con todo aquello que como se ha mencionado ya en el desarrollo, se ha negado de las mujeres. Es decir, en primer lugar el reconocimiento de su sexo, y con esto la posibilidad de hablar de ello, de relatar su experiencia femenina de goce. Convirtiendo su cuerpo en algo sucio, vergonzoso que ha debido esconderse.

Parece entonces que la vergüenza es un término que acompaña a la feminidad, debiendo ocultarse para obtener un conocimiento sobre su cuerpo y sentirse expuesta si acaso intenta dar cuenta de él. ¿Qué del discurso femenino, puede haber sido tan amenazante para el sistema patriarcal? Que la obligó a callar y a someterse. Sin embargo encontramos también que es ella la posicionada en el lugar del lenguaje y quien da la posibilidad al niño/a de entrar en éste a través de la introducción del nombre del padre. ¿Posicionada en tanto ser como lenguaje, pero sin existir como un significante?

Aun así, nuevamente podemos encontrar la resistencia, ejemplificada por la histérica, que hace hablar su cuerpo. Incluso en las experiencias que se han relatado, hemos podido darnos cuenta de cómo los cuerpos no sólo dan datos clínicos de una patología como el cáncer de mama, sino que se encuentran contruidos por una historia que les acompaña y que tiene la característica de poderse recontar y por lo tanto de poder reescribirse en lo imaginario dando simbolizaciones distintas a las experiencias por las que el esquema corporal atraviesa y dejando otras huellas que permiten continuar transitando por la historia de la y del sujeto.

Gracias a los testimonios dados por la señora M y la señora J, se nos ha permitido una aproximación a la experiencia de la forma en que por ellas, fue vivida la feminidad a partir de la irrupción del cáncer de mama. No es posible hablar de una

generalidad, el psicoanálisis rescata justamente la importancia de la subjetividad, que en esta ocasión, nos fue compartida por ambas participantes, para enseñarnos cómo la aparición de la enfermedad vino a movilizar aquel orden tan bien establecido de lo que representa ser femenina.

Considero que un elemento importante que nos muestra lo anterior, son las palabras emitidas por la señora M: *“afectó mi imagen y autoestima, tanto que me daba miedo enfrentarme al mundo, sentí que ya no era mujer”*, frase que se repite constantemente en su discurso y puesto que, si dejó de sentirse mujer en cierto momento, se puede entender que antes sí lo era, es decir, antes del cáncer y de la remoción de la mama. Sin embargo, puede también argumentarse que no es precisamente el cáncer como enfermedad lo que logra desestabilizar la noción de feminidad tradicional, sino la afrenta de la realidad que la obliga a mirarse sin seno. No es solamente la enfermedad que debate las posibilidades de seguir viva, sino el hecho de perder un seno, lo que cuestiona si se sigue siendo mujer y además qué tan mujer.

Alguna vez, una joven relató la frustración de sentirse menos mujer al darse cuenta de que la mujer con la que su pareja le había sido infiel tenía pechos muy grandes: *“la vi en una foto y lo primero que le vi fueron los senos, y pensé es que ella es más mujer que yo”*; con este ejemplo también podemos abrirnos un poco más a la idea de la importancia que dicha parte anatómica puede tener para algunas mujeres en una cultura como la nuestra, donde la feminidad se va construyendo a través de la imagen fiel de un modelo corporal que se reproduce como objeto de venta. Un cuerpo idealizado donde ambos senos llegan a cobrar importancia erótica en la representación masculina de la feminidad.

Entonces, sin olvidar que representan un objeto parcial, y en tanto tal separable, los senos también pueden llevar a las mujeres a la noción de falta, que se asocia con ser más o menos y que nuevamente nos aproxima a la vergüenza, especialmente si pensamos en la manera como el cuerpo queda expuesto frente a la mirada de otros, y que en tanto portador del *a*, como semblante, las mujeres que pierden un seno, lo hacen también de su representación, por lo tanto, también

están expuestas a cuestionar tal reconocimiento, es decir el del semblante femenino, puesto que lo simbólico se ve trastocado revelando así el carácter contingente, que puede haber en las concepciones de feminidad al ser pensadas únicamente a partir del cuerpo.

Los mitos que la industria de la moda capitalista oferta, definiendo los estándares de belleza, crean verdades casi totalizadoras acerca de las características aceptables de los cuerpos tanto femeninos, como masculinos, pero especialmente dirigiéndose al ámbito femenino, sosteniéndose además en los discursos culturales de las morfologías ideales de hombres y mujeres. No hay cabida para formas anatómicas distintas, por lo tanto, no puede ser simple una resignificación del cuerpo mutilado. Hay que abrirle espacio para hablar, y respetar los silencios también. El proceso, al parecer implica atravesar por esas falsas salidas que describe la señora M, cada una verá las suyas, pero puede sentirlas falsas en tanto que no emitan respuestas que permitan asumir el nuevo esquema corporal.

Pero ¿qué tanto influyen estos medios que llegan a ser masivos, en eso que Lacan (1972-1973/2008) menciona como el mal-decir a la mujer? Puesto que si ella es colocada en una categoría *mujer* que pretenda reunir las características verdaderas que debe poseer, nos damos cuenta que no es posible decirla toda, pues no todas las mujeres las poseen y no todas serán portadoras de las mismas experiencias de verdad.

Si la mujer como el lugar de la verdad, se dice a medias, ¿qué es eso que no termina de decirse? No lo sabemos. Sin embargo, podemos darnos cuenta que constantemente se denuncia la imposibilidad del sistema de atraparla por completo en el lenguaje, sea en una palabra, frase o imagen.

Si bien, por su parte, la señora J, argumenta no haber padecido esa sensación de ser menos mujer, sí expresa la experiencia como la oportunidad de darle un *sentido real y humano a su existencia*, permitiéndole además valorarse como mujer, así puede decirse, que la experiencia no atraviesa de la misma forma a aquellas que padecen cáncer de mama, sin embargo, también puede notarse que

toca su propia noción de ser mujer, quizás ella no está en un seno (como lo argumenta), pero sí le inquieta, tanto que señala, adquirir su propia valoración a partir de perderlo.

Podemos decir finalmente, que sí hay un movimiento en el imaginario de lo que es la feminidad. Que la mastectomía las lleva a cuestionar la estructura tradicionalmente dada acerca de una mujer y a buscar darle significados distintos al nuevo esquema que se refleja en el espejo. Significados que permitan *salir y enfrentarse* nuevamente al mundo. Además que poder construirlos, no es ninguna tarea fácil, sobre todo si no existen modelos morfológicos que den la pauta para hacerlo. Quizás se hace necesario atravesar también por la vergüenza de observarse, de sentirse, menos, distinta. Pero en ese cruce, cabe la posibilidad de encontrar las palabras que acompañen a la feminidad que se busca reconstruir.

Es verdad, que reconstruir, puede leerse como una vuelta idéntica a lo que era, pero, y ellas lo saben también, eso ya no es posible. Y entonces se modela una niña, la feminidad en potencia de ser, y se modela también una mariposa en movimiento, que es asociada con la libertad, con nuevas metas, ¿qué tan carcelarias pueden ser algunas feminidades?

Lo anterior se comenta dado que, ambas participantes se encontraban en proceso de reconstrucción de mama. Pero aun así, la experiencia ya pasó por ellas, por sus cuerpos, por sus imaginarios. Ninguna de las dos, queda siendo la misma, ambas lo manifiestan. ¿Por qué buscan la reconstrucción de mamas? ¿Qué tanto las influye la cultura de lo aparentemente correcto y estético? ¿Qué tanto la opinión del cirujano plástico, quien insiste en que, el taller debe ir dirigido a convencerlas de que, con la reconstrucción de mama, se les regresa la oportunidad de recuperar su feminidad? Pero ellas saben que eso no pasará. Lo simbolizan modelando la representación inconsciente que tienen ahora; lo hablan, relatando la historia que acompaña a su modelado.

Discusión

El desarrollo de este trabajo se topó con algunos altibajos que vale la pena mencionar, puesto que ha dejado en evidencia algunas deficiencias del sector salud. Se buscó, en un primer momento, acceder a un hospital público, sin embargo tras varios encuentros, el hospital decide no aceptar la propuesta que se lleva. La razón es que mi propuesta ha sido recomendada por un director de otro hospital y dado que la relación entre ambos nosocomios no es muy buena, deciden que no apoyaran la propuesta de aquel.

¿Cómo pueden privilegiarse las rivalidades médicas, antes que abrir una oportunidad, que quizás podía resultar de apoyo para el tratamiento integral de las pacientes? Parece que nuestros hospitales, no están precisamente pensando en el compromiso que se establece con las y los pacientes que ingresan y ponen su estabilidad en sus manos. El asunto es que como profesionales de la salud, siguen dejando pasar la subjetividad de largo, no quiero generalizar, puesto que debo creer, que existe la solidaridad de algunas/os.

Sin embargo, parece evidente que los significantes que se engendran en estos sitios dan como resultado un mundo donde sólo tiene significado y por lo tanto lugar, la palabra que puede ser demostrable, la objetividad que parece tranquilizadora al manifestarse en la extirpación de un tumor por ejemplo, asunto que por cierto, resolvería para ellos lo más inmediato. Salvarían una vida, aparentemente, de las garras de la tan temida muerte. Pero en ¿qué condiciones seguirá presente esa vida? Eso ya no es asunto suyo, algunos lo manifiestan. Otros, siguiendo con espíritu de nobleza, dicen regalar segundas oportunidades para recuperar lo que se pierde con el seno: “la feminidad”, para continuar con la ficción de mundo perfecto, a partir de esquemas tradicionalmente perfectos.

Otro punto que me gustaría comentar, es que una de las razones por las que consideraba importante ingresar a una institución de salud pública, era la oportunidad de facilitar el contacto con mujeres indígenas, puesto que considero

que en ocasiones, son las menos visibilizadas en este tipo de situaciones. Ya que frecuentemente se habla de ellas, pero no se las deja hablar. Así que, esa voz, es parte de un elemento fundamental al hablar de la feminidad, que no podrá encontrarse en esta tesis.

Sin embargo, buscando disculparme por ello, considero que el camino que se fue tomando, lo fue marcando el mismo andar que tuvo que ir buscando rumbos para acceder a la palabra de las mujeres que aquí participan. Considerando además que la construcción femenina que ellas y yo misma hemos hecho, ha estado guiada a partir de concepciones ya colonizadas del ser mujer, que no corresponderían precisamente (o difícilmente podrían reconocerse), a nociones que pudieran considerarse más originarias.

Referencias

American Cancer Society (2012). *¿Qué es el cáncer?* Recuperado el 29 de Julio de 2012 de <http://www.cancer.org/espanol/cancer/cancerdeseno/resumen/resumen-sobre-el-cancer-de-seno-what-is-what-is-cancer>

Asociación Española Contra el Cáncer (AECC). Video e imagen extraída de <https://www.youtube.com/watch?v=bnOgklJEvYQ>

Balmes, F. (1953-1960). *Lo que Lacan dice del ser*. Buenos Aires: Amorrortu.

Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. España: Paidós.

Butler, J. (2006). *Cuerpos que importan*. España: Paidós.

Castellanos, R. (2012). *Mujer que sabe latín*. México: Fondo de Cultura Económica.

Cazotte, J. (1772/2005). *El diablo enamorado*. España: Siruela.

Cornaz, L. (2007). *El amorciencia*. Litoral, No. 39. México: epele.

Cohen, E. (2013). *Con el diablo en el cuerpo*. México: Taurus.

Darío, R. (1997). *Poemas selectos*. España: Edicomunicación.

Davidson, A. (2004). *La aparición de la sexualidad*. Alpha Decay.

Dolto, F. (2010). *La imagen inconsciente del cuerpo*. España: Paidós.

Dolto, F. (2009). *En el juego del deseo*. México: Siglo XXI

Espina, G (s/f). *Lo que Colette Soler, dice de las mujeres*. Versión electrónica, recuperado el 29 de Noviembre de 2012 en

[www.http://giocondaespina.com.ve/GIOCONDA/PDFs/Lo-que-Colette-Soler-dice-de-las-mujeres.pdf](http://giocondaespina.com.ve/GIOCONDA/PDFs/Lo-que-Colette-Soler-dice-de-las-mujeres.pdf)

Eco, U. (2010). *Historia de la belleza*. Barcelona: Debolsillo.

Entwistle, J. (2002). *El cuerpo y la moda. Una visión sociológica*. España: Paidós.

Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueños.

Freud, S. (1916-1917/1996). 20ª Conferencia. *La vida sexual de los seres humanos*. Obras completas, Vol. XVI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915/1996). *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. Obras completas, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1933/1996). *La feminidad. Obras Completas*. (Tomo 22). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1917 [1915]/2006). *Duelo y Melancolía*. Obras completas (Tomo 14). Buenos Aires: Amorrortu.

García, T. (2008). *La belleza frente al pecado: dos ópticas de representación del cuerpo femenino (1870-1918)*, en Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México. Julia Tuñón (Compiladora). El Colegio de México.

Graves, R. (2005). *Los mitos griegos 2*. España: El libro de bolsillo.

Hernández, A. y García, M. (2011). *Recursos psicológicos individuales y familiares en mujeres con cáncer de mama: Efectos de una intervención psicoeducativa*. Tesis para

obtener el grado de licenciatura. Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Morelia, Michoacán.

Ibañez, M. (s/f). *Campaña de prevención "tócate o te toca"*. Versión electrónica. Extraído de <https://www.youtube.com/watch?v=3vr6X3FZW XU>

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2011). *Estadísticas a propósito del día mundial contra el cáncer de mama*. Recuperado el 28 de Junio de 2012 en www.inegi.org.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa/contenidos/estadisticas/2

Irigaray, L. (2009). *Ese sexo que no es uno*. España: Akal.

Katz, J. (s/f). *La invención de la heterosexualidad*. Cap. 4-5. Ed. Me cayó el veinte.

Kristeva, J. y Clement, C. (2000). *Lo femenino y lo sagrado*. Universitat de Valencia.

Lacan, J. (1962-1963/2012). *La angustia*. Seminario 10. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1968-1969/2008). *De un Otro al otro*. Seminario 16. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1972-1973/2008). *Aun*. Seminario 20. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (s/f). *Posición del inconsciente en el congreso de Bonneval reanudada desde 1969 en 1964*. Versión electrónica.

Lacan, J. (2009). *Función y campo de la palabra*. Escritos I. México: Siglo XXI.

Lamas, M. (2008). *Cuerpo: diferencia sexual y género*. México: Taurus.

Larramendy, A. (2008). *Planeta cáncer y la parodia de las normas*. Litoral, No. 41. México: epele.

Lessana, M. (2008). *El drag-book de Catherine Lord*. Litoral, No. 41. México: epele.

Lipovetsky, G. (1999). *La tercera mujer*. Barcelona: Anagrama.

- Mérida, R. (2002). *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*. Barcelona: ICARIA (Versión electrónica). Recuperado el 30 de Julio de 2012 en http://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=HUrFp7v6mZ8C&oi=fnd&pg=PA55&dq=%C2%BFQu%C3%A9+es+la+feminidad%3F&ots=a_f1eRdB0Z&sig=R3UGf9jgY1SHh5XBZp81o3Y3ECM#v=onepage&q=%C2%BFQu%C3%A9%20es%20la%20feminidad%3F&f=false
- Montero, C. (2008). "Vieja a los treinta años". *El proceso de envejecimiento según algunas revistas mexicanas de fines del siglo XIX*, en Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México. Julia Tuñón (compiladora). El Colegio de México.
- Muñiz, E. (2011). *La cirugía cosmética: ¿un desafío a la naturaleza? Belleza y perfección como norma*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Munro, A. (2014). *Mi vida querida*. México: Lumen.
- Orozco, M., Huerta, A. y Quiroz, J. (s/f). *Algunos principios de investigación en psicoanálisis, andamiajes del saber y del sujeto*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Pacheco, L. (2010). *El sexo de la ciencia*. México: Universidad Autónoma de Nayarit.
- Pérez-Rincón, H. (1998). *El teatro de las histéricas. De como Charcot descubrió, entre otras cosas, que también había histéricos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rosales, A. (2006). *Género, Cuerpo y Sexualidad. Un estudio diacrónico desde Antropología Social. Concepciones relativas al género, el cuerpo y la sexualidad en culturas mayas y nahuas prehispánicas y coloniales, y en contextos étnicos minoritarios contemporáneos*. Tesis doctoral. División de Ciencias Sociales y

Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. México, D.F.

Sanyal, M. (2012). *Vulva. La revelación del sexo invisible*. Barcelona: Anagrama.

Senado de la República. LXII Legislatura. (2012). *Lucha contra el cáncer de mama*.

Versión electrónica Recuperado de
<https://www.youtube.com/watch?v=S43haEG2VOs>

Sexenio (3 de mayo de 2012). *Estudian estadísticas sobre el cáncer de mama*.

Recuperado el 4 de Julio de 2012 en
www.sexenio.com.mx/michoacán/articulo.php?id=4680

Sichère, B. (1997). *Historias del Mal*. España: gedisa.

Soler, C. (2010). *Lo que Lacan dijo de las mujeres. Estudio de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Tendlarz, S. (2000). *Cuando las mujeres escriben sobre las mujeres. A propósito de las posfreudianas y la sexualidad femenina*. En *Féminas*. Colección Orientación Lacaniana. Buenos Aires: Paidós.

Vega, A. (2009). *Situación actual del cáncer en México. Tómatelo a pecho*. Recuperado el 4 de Julio de 2012 de
<http://www.tomateloapecho.org.mx/Archivos%20web%20TAP/taller%20INSP/CaMA%20Arturo%20Vega%2011%20Ago.pdf>

Verhaeghe, P. (1999). *¿Existe la mujer? De la histérica de Freud a lo femenino en Lacan*. Buenos Aires: Paidós.

Viltard, M. (2008). *La conflagración de la vergüenza*. Litoral, No. 41. México: epele.

Wilkinson, S. (2008). *Mujeres feministas en lucha contra el cáncer de mama: lo personal y lo político.* Anuario de Psicología, vol. 39 (1). pp. 23-39.